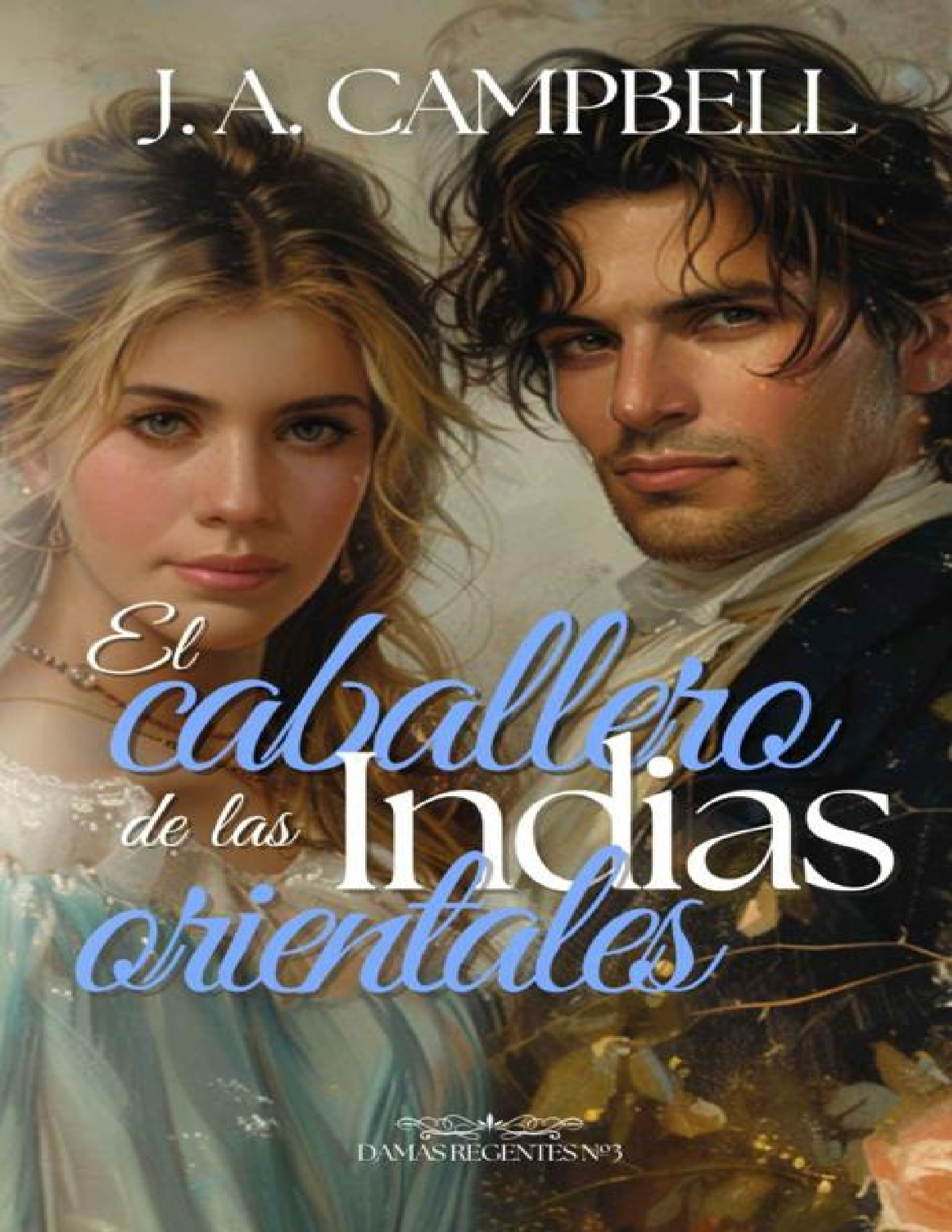


The background of the cover is a detailed oil painting of a young man and woman. The woman, on the left, has long, wavy blonde hair and is wearing a light blue dress with a white lace collar and a pearl necklace. The man, on the right, has dark, wavy hair and a light beard, wearing a dark jacket over a white shirt with a high collar. They are both looking towards the viewer with soft expressions. The overall style is romantic and classic.

J. A. CAMPBELL

El
caballero
de las **Indias**
orientales


DAMAS REGENTES Nº3

Derechos de autor ©2024 J. A. Campbell

Primera edición: octubre 2024

ISBN: 9798340616241

Sello: Independently Published

©Del texto: J. A. Campbell

©Maquetación y diseño: J. A. Campbell

©Imagen de cubierta: J. A. Campbell

Todos los derechos reservados. Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 45).

Copyright ©2024 por J. A. Campbell

Para todas las amantes de la Regencia.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

LAS SOMBRAS DEL ESCÁNDALO

CAPÍTULO 2

EL REGRESO DEL CABALLERO DE LAS INDIAS

CAPÍTULO 3

UN ENCUENTRO INESPERADO

CAPÍTULO 4

PASEO EN HYDE PARK

CAPÍTULO 5

RUMORES Y ADVERTENCIAS

CAPÍTULO 6

ENCUENTRO EN LA LIBRERÍA

CAPÍTULO 7

MIRADAS EN LA CENA

CAPÍTULO 8

ENTRE LA ATRACCIÓN Y EL MIEDO

CAPÍTULO 9

UN ENCUENTRO EN EL JARDÍN

CAPÍTULO 10

UN PASEO INAPROPIADO

CAPÍTULO 11

REPUTACIÓN Y VERDADES NO DICHAS

CAPÍTULO 12

SUEÑOS Y DESEOS SILENCIADOS

CAPÍTULO 13

LA TENTACIÓN DE LO PROHIBIDO

CAPÍTULO 14

UN BAILE INVOLVIDABLE

CAPÍTULO 15

REVELACIONES Y RESOLUCIONES

CAPÍTULO 16

CONFESIONES EN LA PENUMBRA

CAPÍTULO 17

LA RESISTENCIA DESMORONADA

CAPÍTULO 18

UN ENCUENTRO PROHIBIDO

CAPÍTULO 19

DUDAS Y DECLARACIONES

CAPÍTULO 20

EL PRECIO DE LA PROXIMIDAD

CAPÍTULO 21

CONFESIONES EN LA TORMENTA

CAPÍTULO 22

LAS SUTILEZAS DEL CORAZÓN

CAPÍTULO 23

UN OBSEQUIO DEL LEJANO ORIENTE

CAPÍTULO 24

SOMBRA Y DUDAS

CAPÍTULO 25

EL VALOR DE UNA CONFESIÓN

CAPÍTULO 26

REVELACIONES AMARGAS

CAPÍTULO 27

UN ENCUENTRO DE VOLUNTADES

CAPÍTULO 28

LA CONFRONTACIÓN INELUDIBLE

CAPÍTULO 29

UNA PROPUESTA INESPERADA

CAPÍTULO 30

UN NUEVO COMIENZO

CAPÍTULO 31

NUEVOS HORIZONTES Y SUEÑOS COMPARTIDOS

CAPÍTULO 32

UN LUGAR ENTRE IGUALES

CAPÍTULO 33

EL REGRESO TRIUNFAL

CAPÍTULO 34

EL REGRESO DE ISABELLA

CAPÍTULO 35

UN ENFRENTAMIENTO FINAL

EPÍLOGO

UN NUEVO COMIENZO

AGRADECIMIENTOS

OTROS LIBROS DE LA SERIE DAMAS REGENTES

CAPÍTULO 1

Las Sombras del Escándalo

El sol de la tarde se deslizaba lentamente sobre los tejados de Londres, bañando la ciudad con un resplandor dorado que parecía contradecir la penumbra que se cernía sobre la mansión Whitmore. A través de las ventanas del salón principal, los rayos cálidos entraban tímidamente, iluminando los retratos ancestrales que colgaban en las paredes, y revelando la belleza melancólica de una casa que había conocido días mejores. Era una mansión elegante, con grandes cortinas de terciopelo y muebles de madera oscura, pero ahora, todo en ella parecía opacado por una sombra que no era física, sino social. Una sombra que pesaba sobre cada uno de sus habitantes, en particular, sobre la joven que se hallaba sentada junto a la ventana, mirando hacia el jardín sin realmente verlo.

Isabella Whitmore, de veintidós años, se encontraba absorta en sus pensamientos, sus ojos de un cálido color avellana perdidos en un punto indefinido más allá del cristal. Su cabello rubio, recogido con delicadeza, caía en suaves ondas sobre sus hombros, enmarcando un rostro de pálida hermosura. Pero los encantos físicos de Isabella eran eclipsados por la expresión de tristeza que la acompañaba desde hacía meses. La joven que alguna vez fue el orgullo de sus padres y el objeto de envidia de muchas damas de la alta sociedad, ahora vivía en un constante estado de aislamiento y vergüenza. La causa de su desgracia no era un secreto, aunque los detalles más oscuros de la misma se comentaban solo en susurros, en esquinas discretas y detrás de abanicos elaborados.

Sir Charles Standish, el caballero que una vez prometió amarla y honrarla, había resultado ser un villano disfrazado de cortesano. En un acto de insensata confianza, Isabella había creído en sus promesas y se había entregado a él antes de lo debido, segura de que su amor mutuo sería suficiente para desafiar las convenciones. Pero el mismo hombre que le había jurado amor eterno fue también el que, sin piedad, la difamó y la repudió, asegurando que su falta de virtud la hacía indigna de ser su esposa. Charles había escapado de la situación sin un rasguño, protegido por su linaje y su nombre, mientras que Isabella y su familia quedaron marcados por el escándalo.

Los Whitmore, que alguna vez fueron recibidos en los más distinguidos salones de Londres, ahora se encontraban relegados a los márgenes. Las invitaciones cesaron, los saludos en los paseos se volvieron cada vez más escasos, y los murmullos se volvieron insoportables. Penelope Whitmore, la madre de Isabella, solía ser una presencia constante en los eventos sociales, siempre rodeada de admiradores que la respetaban por su elegancia y aguda

inteligencia. Ahora, asistía a las reuniones con una sonrisa forzada y una mirada vigilante, intentando, en vano, proteger lo poco que quedaba del honor de su familia.

Isabella desvió la mirada de la ventana cuando escuchó la puerta abrirse lentamente. Su madre entró en la habitación con pasos ligeros, su expresión serena, aunque sus ojos delataban la preocupación que llevaba por dentro. Penelope se detuvo a un lado del salón, observando a su hija con una mezcla de ternura y desesperanza.

—Isabella, querida —dijo Penelope, con una voz suave pero teñida de un dolor apenas contenido—, es un día precioso. Tal vez deberías salir a tomar un poco de aire fresco.

Isabella la miró con una sonrisa débil. Sabía que su madre solo deseaba lo mejor para ella, pero la idea de enfrentarse nuevamente a las calles de Londres, donde cada esquina parecía estar llena de miradas acusadoras, le resultaba insoportable.

—Prefiero quedarme aquí, madre —respondió Isabella, intentando mantener un tono ligero—. No creo que la compañía de los paseantes me sea de gran consuelo.

Penelope suspiró, acercándose para sentarse junto a su hija. Tomó la mano de Isabella entre las suyas, dándole un apretón reconfortante.

—No deberías dejar que estos... rumores te definan, querida. Las personas hablan, pero no conocen la verdad. No conocen a la mujer que eres.

Isabella apartó la mirada, luchando contra la amargura que se alzaba en su pecho. Las palabras de su madre eran amables, pero no podían borrar lo que había sucedido. La alta sociedad no perdonaba con facilidad, especialmente a una mujer joven que había sido tan pública y brutalmente deshonrada. Isabella había aceptado, con el tiempo, que su reputación nunca se recuperaría por completo, y aunque intentaba llevar la situación con dignidad, la herida estaba siempre presente, latiendo con cada susurro y cada mirada de desprecio.

—Madre, sé que solo quieres lo mejor para mí —dijo finalmente, apretando los labios en una fina línea—, pero debo enfrentar lo que he hecho. No tiene sentido pretender que puedo simplemente seguir como si nada hubiera ocurrido.

Penelope la observó con tristeza, viendo en Isabella no solo a su hija, sino también a la joven que había sido, tan llena de promesas y sueños. El golpe de la traición de Charles había sido devastador, no solo para Isabella, sino también para la familia Whitmore, que había apostado todo en ese matrimonio, creyendo que su hija se uniría a una de las familias más influyentes de Londres.

—El tiempo curará estas heridas, Isabella —insistió Penelope, tratando de infundir algo de esperanza—. Puede que no sea hoy, ni mañana, pero algún día, la gente olvidará y tú tendrás la oportunidad de comenzar de nuevo.

Isabella deseaba creer esas palabras, pero el escepticismo la envolvía como un manto. Era difícil imaginar un futuro en el que no fuera juzgada por un error del pasado, un error que,

aunque había nacido del amor y la confianza, había terminado por convertirse en su ruina. Se preguntaba constantemente cómo había sido tan ingenua, cómo había permitido que un hombre como Charles Standish la convenciera de entregarle no solo su cuerpo, sino también su corazón.

—Quizás, madre —concedió Isabella, sin demasiado convencimiento—. Pero hasta entonces, debo aprender a vivir con lo que he hecho y con lo que soy.

La conversación quedó suspendida en un silencio incómodo, uno que Penelope no supo cómo romper. Isabella se volvió hacia la ventana una vez más, su mente divagando en recuerdos que preferiría olvidar, mientras su madre permanecía a su lado, un bastión de fortaleza en medio de una tormenta implacable.

En la distancia, el sonido de las campanas de una iglesia anunciaba la hora, marcando el paso del tiempo con una precisión indiferente. Para los Whitmore, cada día se sentía como un desafío constante, un recordatorio de lo frágil que podía ser la reputación y de lo rápido que podía desmoronarse todo lo que alguna vez consideraron seguro.

En ese momento, Isabella se prometió a sí misma que, aunque su vida hubiera sido marcada por la traición y el escándalo, no permitiría que esos momentos definieran por completo quién era. Sabía que el camino por delante sería difícil, pero también entendía que, de alguna manera, debía encontrar la fuerza para seguir adelante, para reconstruir su vida a pesar de todo lo que había perdido.

Y así, mientras el sol comenzaba a descender, arrojando sombras alargadas sobre la ciudad, Isabella se aferró a la pequeña chispa de esperanza que aún ardía dentro de ella, aunque fuera apenas un destello en un mar de incertidumbre.

CAPÍTULO 2

El Regreso del Caballero de las Indias

La llegada de Lord Sebastian Ashbourne a Londres se había convertido en el tema de conversación más candente de la temporada. Había regresado de las Indias orientales envuelto en un aura de misterio y con una fortuna que pocos podían igualar. Su nombre se murmuraba en los salones de baile y en los jardines de las mansiones más ilustres de la ciudad, y su figura enigmática pronto se convirtió en el objeto de la curiosidad de todas las familias de la alta sociedad. Nadie parecía saber exactamente de dónde provenía su riqueza, y aunque las especulaciones eran abundantes, Lord Ashbourne mantenía un silencio impenetrable sobre los verdaderos detalles de su pasado.

Sebastian había arribado al puerto de Londres con una elegancia que no dejaba dudas sobre su linaje aristocrático, pero también con una oscuridad en su mirada que resultaba desconcertante para muchos. De cabello negro como la noche, siempre perfectamente peinado hacia atrás, y con unos ojos grises y fríos que parecían ver más de lo que dejaban entrever, Sebastian destacaba no solo por su atractivo físico, sino por la presencia magnética que emanaba sin esfuerzo. Su figura alta y atlética, envuelta en trajes impecables que acentuaban su porte aristocrático, captaba todas las miradas al entrar en cualquier estancia, y el brillo de su mirada sugería secretos que pocas damas se atrevían a imaginar.

Los rumores sobre su vida en las Indias orientales eran tan variados como intrigantes. Algunos decían que había amasado su fortuna a través del comercio de especias y piedras preciosas, mientras que otros susurraban que sus riquezas estaban manchadas por negocios turbios y alianzas con hombres peligrosos. Pero, en lugar de alejar a las familias de él, estos rumores solo intensificaban el interés de las madres ansiosas de encontrar un buen partido para sus hijas. Después de todo, la fortuna de Lord Ashbourne era real, y su título, aunque rodeado de misterio, era suficiente para abrirle las puertas de la sociedad londinense.

Una tarde soleada, en el jardín de la opulenta mansión de Lady Pembroke, donde se celebraba una de las primeras fiestas de la temporada, Sebastian hizo su entrada. Las conversaciones cesaron momentáneamente al verlo aparecer en la terraza, como si su presencia tuviera el poder de silenciar el bullicio de la multitud. Se movía con una seguridad innata, una especie de despreocupación estudiada que lo hacía aún más atractivo. Las damas lo observaban con admiración disimulada, y los caballeros, aunque incómodos por la atención que recibía, no podían negar que su figura proyectaba una mezcla de poder y peligro que los intimidaba.

Lady Pembroke, una anfitriona siempre atenta a las oportunidades, se apresuró a acercarse a él, su abanico de encaje agitándose con nerviosismo.

—Lord Ashbourne, ¡qué placer tenerlo entre nosotros! —exclamó con una sonrisa que trataba de equilibrar la cortesía y la curiosidad—. Londres no ha dejado de hablar de su regreso.

Sebastian inclinó la cabeza con una sonrisa cortés, pero distante, una expresión que dominaba a la perfección.

—El placer es mío, Lady Pembroke. Después de tanto tiempo en el extranjero, es reconfortante encontrarme de nuevo en la sociedad de Londres.

Mientras hablaban, varias madres comenzaron a acercarse discretamente, empujando a sus hijas hacia el campo de visión del recién llegado, con la esperanza de captar su atención. Sebastian, aunque consciente del escrutinio, mantenía su postura relajada y sus ojos grises exploraban el lugar con curiosidad calculada. Se detenían en cada rostro por un momento, como si evaluara cuidadosamente a cada persona, sin comprometerse con una sola mirada más allá de lo necesario.

Entre las damas presentes, todas vestidas con sus mejores galas y exhibiendo sonrisas que escondían tanto los deseos de brillar como las ansiedades por agradar, Sebastian no encontró nada que despertara su interés más allá de lo superficial. Había visto este tipo de juegos antes: la constante competencia por el mejor partido, los susurros disfrazados de cumplidos, y las miradas fugaces que prometían más de lo que la moral permitía. En sus años en las Indias orientales, había aprendido a leer a las personas con una precisión inquietante, y ahora, de vuelta en Londres, ese talento parecía no haber perdido su filo.

Mientras el gentío seguía aumentando, Sebastian se detuvo en el borde del jardín, observando las flores con un desinterés que no era más que un acto. Sus pensamientos, sin embargo, no estaban tan lejos de los presentes como podía parecer. No había regresado a Londres solo por la nostalgia o el deseo de encontrar una esposa, sino por razones mucho más complejas y peligrosas. Había asuntos que resolver, nombres que recordar y deudas que cobrar, y todo eso se escondía bajo su comportamiento cortés y su actitud despreocupada.

De repente, una figura femenina captó su atención. Isabella Whitmore, quien se mantenía apartada del bullicio, apoyada en la barandilla de la terraza con la mirada perdida en el horizonte. No se había percatado de su presencia hasta ese momento, y la forma en que se mantenía al margen de la sociedad contrastaba notablemente con el resto de las jóvenes que lo rodeaban. Había algo en su postura, en la tristeza velada de sus ojos avellana, que lo intrigó de inmediato.

Sebastian había oído sobre el escándalo de los Whitmore; la noticia del deshonor de Isabella había llegado hasta las Indias, como uno de esos chismes que cruzan océanos con

una velocidad increíble. Ella era la joven repudiada, la que se había entregado a un hombre que no había cumplido sus promesas, la que vivía ahora en el margen de la sociedad, en el borde de lo aceptable. Y, sin embargo, había en su figura una dignidad que desafiaba todo lo que se decía de ella. Isabella no se escondía, no pedía disculpas, y eso era más de lo que muchas otras en su situación habrían hecho.

Sebastian decidió que tenía que conocerla, no por curiosidad frívola, sino porque veía en ella un reflejo de sus propios secretos y errores. Había llegado a Londres para enfrentarse a sus fantasmas, y de alguna manera, presentía que Isabella Whitmore era una pieza inesperada en ese intrincado juego. Su mirada volvió a encontrar la de ella por un breve instante, y en esos segundos, sintió una chispa de reconocimiento, como si ambos compartieran una carga que los demás no podían ver.

Los murmullos a su alrededor continuaron, y los intentos de atraer su atención no cesaron. Sin embargo, mientras la tarde avanzaba, Sebastian se mantuvo distante, observando, calculando, y sobre todo, planeando su próximo movimiento en un Londres que lo recibía con admiración pero también con desconfianza. Había mucho que descubrir, y sabía que su regreso no sería sencillo. Pero Lord Sebastian Ashbourne no era un hombre que se dejara intimidar fácilmente; había sobrevivido a peligros mucho mayores que los que esta sociedad podía ofrecer, y estaba dispuesto a usar cada uno de sus talentos para conseguir lo que había venido a buscar.

Y aunque los secretos de las Indias orientales seguían siendo suyos, Londres pronto descubriría que Lord Ashbourne no era simplemente otro caballero adinerado en busca de compañía, sino un hombre con un propósito y una determinación que no conocían límites. Y eso, pensó con una sonrisa apenas perceptible, era solo el comienzo.

CAPÍTULO 3

Un Encuentro Inesperado

La sala de baile de la mansión de los Fitzroy resplandecía con el fulgor de los candelabros y los destellos de los vestidos de las damas, que se movían como un río de colores a lo largo del salón. La música de los violines llenaba el aire con una vibración ligera y festiva, una melodía que invitaba a la alegría y a la ligereza del espíritu, pero para Isabella Whitmore, la atmósfera no era más que una máscara que ocultaba el verdadero rostro de la alta sociedad londinense: una red de intrigas, juicios y desprecios apenas disimulados.

Isabella había acudido al evento acompañando a su madre, Penelope, quien insistía en que su hija debía hacer acto de presencia de vez en cuando, para evitar que los rumores de su reclusión dieran aún más de qué hablar. Aunque Isabella no se sentía particularmente ansiosa por asistir, había aceptado por consideración a los sentimientos de su madre, que aún luchaba por mantener un pie en la buena sociedad, a pesar de la sombra que pendía sobre la familia. Vestida con un elegante vestido de seda color crema, sencillo pero decoroso, Isabella se movía entre las sombras del salón, evitando la pista de baile y las miradas curiosas que parecían seguirla en cada rincón.

Los murmullos y las miradas de soslayo eran un recordatorio constante de su situación. Isabella, quien solía ser una de las jóvenes más buscadas en estos eventos, ahora se encontraba relegada a los márgenes, una presencia incómoda que los anfitriones soportaban más por cortesía que por genuino interés. Se mantenía cerca de las columnas que bordeaban el salón, observando desde la distancia las risas, los gestos estudiados y las conversaciones triviales que marcaban el ritmo de la noche. Sabía que cualquier intento de integrarse en la multitud solo serviría para alimentar el morbo de quienes esperaban verla cometer algún nuevo error.

Fue en uno de esos momentos, mientras fingía interesarse en un grupo de damas que hablaban sobre las últimas modas, que Isabella notó a Lord Sebastian Ashbourne al otro lado del salón. Aunque nunca se habían cruzado formalmente, el caballero era inconfundible. Su figura alta y esbelta, su cabello negro como la medianoche y sus penetrantes ojos grises lo hacían destacar entre los demás como una sombra que se movía entre las luces. Había algo en su porte, en la manera en que se desplazaba con una mezcla de elegancia y despreocupación, que lo hacía parecer más un observador que un participante. Isabella había escuchado de él en múltiples ocasiones, susurrado como un misterio en los rincones de los salones londinenses. Su regreso de las Indias orientales, cargado de riqueza y rumores oscuros, lo

había convertido en un personaje fascinante y, a la vez, temido.

Sebastian se encontraba conversando con un grupo de caballeros, pero sus ojos se apartaron de la charla al captar la figura de Isabella. Desde su llegada, había sido testigo del juego constante de la alta sociedad, de los rostros que se adornaban con sonrisas forzadas y de los silencios que decían más que las palabras. Pero en Isabella, Sebastian percibió algo distinto: una quietud, una resignación digna que lo intrigó desde el primer momento. Mientras que otras jóvenes se pavoneaban con la esperanza de atraer su atención, Isabella parecía haber renunciado a la idea de ser vista, y precisamente esa actitud fue la que capturó la atención de Sebastian.

Sebastian observó a Isabella con una curiosidad que no lograba disimular. La forma en que ella se mantenía apartada, sin buscar ni rechazar abiertamente la compañía de los demás, lo llevó a preguntarse qué secretos guardaba tras esos ojos avellana que, aunque apagados por la tristeza, conservaban una chispa de fuerza. Decidió que quería conocerla, no por la curiosidad superficial que motivaba a muchos, sino porque en ella veía algo que reconocía en sí mismo: un alma marcada por el desencanto y la necesidad de redención.

Isabella, que había estado evitando cualquier encuentro directo, sintió la mirada de Sebastian sobre ella como un peso tangible. Se volvió levemente y lo encontró observándola, con una intensidad que la hizo estremecerse. No era la mirada típica de compasión o juicio que estaba acostumbrada a recibir; había en esos ojos grises una mezcla de interés y reconocimiento, como si él pudiera ver más allá de la fachada que ella mantenía con tanto esfuerzo.

El cruce de miradas duró solo unos instantes, pero fue suficiente para desestabilizar a Isabella. No estaba acostumbrada a ser objeto de atención, y menos de alguien como Lord Ashbourne, cuya reputación lo precedía como un hombre difícil de comprender y aún más difícil de ignorar. Decidida a no dar pie a ningún malentendido, Isabella apartó la mirada y se dirigió hacia un rincón más apartado del salón, donde esperaba encontrar algo de paz.

Sin embargo, Sebastian no era de los que se amedrentaban fácilmente. Con pasos decididos, se acercó a Isabella, inclinando la cabeza en un saludo cortés pero lleno de una intención clara.

—Señorita Whitmore, —dijo con una voz profunda y calmada, cargada de un matiz que oscilaba entre la amabilidad y la intriga—, me temo que esta velada no sería completa sin tener la oportunidad de presentarme. Soy Lord Sebastian Ashbourne.

Isabella, sorprendida por su acercamiento, se giró lentamente y lo observó con una mezcla de cautela y desconcierto. El sonido de su nombre en sus labios resonó como un recordatorio de que, a pesar de todo, seguía siendo parte de ese mundo, aunque fuera como una figura desdibujada en el margen.

—Lord Ashbourne —respondió ella, inclinando la cabeza con elegancia—, es un honor conocerlo. Aunque debo confesar que no esperaba semejante distinción.

Sebastian sonrió levemente, reconociendo la ironía en sus palabras. Había algo en la manera de hablar de Isabella, en su tono que mantenía la compostura y la sutileza, que lo fascinó aún más.

—Las distinciones son a menudo más caprichosas de lo que nos gusta admitir, —contestó él, sus ojos grises brillando con un destello travieso—. Y a veces, uno se siente más atraído por aquello que no sigue las convenciones establecidas.

Isabella se ruborizó, sintiendo que sus palabras, aunque inocentes, llevaban un peso que no era fácil de descifrar. Había una conexión instantánea, una especie de entendimiento silencioso que surgió entre ellos, y aunque Isabella intentó resistirse a la sensación, supo en ese instante que el encuentro con Sebastian no sería uno más. Había algo en él que despertaba sus sentidos, una mezcla de peligro y promesa que no podía ignorar.

Los dos permanecieron en silencio por un momento, rodeados por la multitud pero, al mismo tiempo, aislados en una burbuja de complicidad que ninguno de los dos había buscado pero que, sin duda, ambos deseaban explorar. Sebastian, sin apartar la mirada, extendió su mano en un gesto que invitaba a algo más que una simple cortesía.

—¿Me concedería este baile, señorita Whitmore?

Isabella vaciló. Sabía lo que significaría aceptar esa invitación, las miradas que atraerían y los susurros que provocaría. Pero en ese instante, con los ojos grises de Sebastian fijos en los suyos, sintió que, tal vez, la posibilidad de un nuevo comienzo, aunque incierta, valía más que el temor a ser juzgada.

Con un suspiro apenas perceptible, Isabella extendió su mano, dejando que Sebastian la guiara hacia la pista de baile. Y mientras los primeros acordes de la música resonaban a su alrededor, Isabella comprendió que, aunque sus caminos se hubieran cruzado por azar, el vínculo que comenzaba a formarse entre ellos no era menos real por ello.

CAPÍTULO 4

Paseo en Hyde Park

El sol de la mañana bañaba Hyde Park con una luz suave y dorada, iluminando las copas de los árboles y reflejándose en el lago Serpentine, donde algunas parejas paseaban en barcas y los patos nadaban plácidamente. Las familias, los caballeros y las damas de la alta sociedad se mezclaban en un paisaje idílico que parecía diseñado para olvidar cualquier pena o preocupación. Sin embargo, para Isabella Whitmore, aquel parque, tan lleno de vida y color, era también un escenario de constante vigilancia y juicio.

Isabella caminaba por los senderos de grava, acompañada solo por la discreta figura de su doncella, Jane, que mantenía una respetuosa distancia. Llevaba un vestido de paseo azul claro que resaltaba sus ojos avellana y un sombrero de ala ancha adornado con flores, que protegía su delicado rostro de los rayos del sol. A pesar de la aparente calma del entorno, Isabella no podía dejar de sentirse incómoda; no había un solo rincón de Londres donde pudiera sentirse realmente libre, y Hyde Park no era una excepción.

Mientras avanzaba, Isabella intentaba despejar su mente de los pensamientos que la atormentaban desde la velada en la mansión Fitzroy. La mirada de Lord Sebastian Ashbourne seguía rondando en su memoria, como una presencia constante y perturbadora. Había algo en él, algo que escapaba a toda lógica, que la atraía y la inquietaba a partes iguales. Isabella sabía que no debía permitirse tales distracciones, no después de todo lo que había pasado, pero las palabras y la presencia de Sebastian eran un recordatorio tentador de que, tal vez, no todo estaba perdido.

Perdida en sus pensamientos, Isabella no se dio cuenta de la figura que se acercaba por el sendero hasta que estuvo demasiado cerca. Lord Sebastian Ashbourne, con su porte erguido y su caminar relajado, apareció ante ella como una sombra inesperada en medio del día. Vestía con la elegancia que lo caracterizaba, un conjunto oscuro que contrastaba con la luz brillante del parque y que acentuaba el intenso color gris de sus ojos. En cuanto la vio, su expresión se transformó en una sonrisa indescifrable, una mezcla de cortesía y picardía que hizo que el corazón de Isabella diera un vuelco involuntario.

—Señorita Whitmore —dijo Sebastian, inclinándose levemente en un saludo que era tanto formal como íntimo—. No esperaba encontrarla aquí tan temprano. Parece que el buen tiempo ha sacado a todos a pasear.

Isabella se detuvo, sorprendida por su presencia y, más aún, por la familiaridad con la que le hablaba. Se esforzó por mantener la compostura y sonrió con discreción, aunque su mente

estaba trabajando frenéticamente para mantener el control de la situación.

—Lord Ashbourne —respondió ella, devolviendo el saludo con una inclinación de cabeza—. Me temo que hoy es uno de esos días en los que Hyde Park parece el centro del mundo. Aunque, debo confesar, a veces prefiero la tranquilidad de un paseo solitario.

Sebastian alzó una ceja, un gesto que en él parecía casi un cumplido. Había en su mirada una intensidad que podía resultar abrumadora, y aunque Isabella intentaba no mostrarlo, cada palabra de él resonaba en sus oídos con un peso que no era fácil de ignorar.

—¿Solitario? —replicó él, con un tono ligeramente divertido—. Me cuesta imaginar que una joven como usted, con tanto que ofrecer, pueda preferir la soledad a la compañía. Aunque entiendo que, en ciertos círculos, la compañía puede ser más un peso que un placer.

Isabella sintió que sus mejillas se calentaban ante la insinuación. Las palabras de Sebastian estaban cargadas de un doble sentido que no pasaba desapercibido, y ella no sabía si sentirse halagada o molesta por ello. Él no la trataba con la compasión de quienes se apiadaban de su situación, sino con un interés genuino que la descolocaba.

—A veces, la soledad es un refugio —dijo ella, manteniendo un tono sereno—. Y otras veces, es simplemente inevitable.

Sebastian sonrió, disfrutando del desafío implícito en su respuesta. Había algo en Isabella que lo fascinaba, una mezcla de vulnerabilidad y fortaleza que no era común en las damas de la sociedad que él conocía. En sus viajes, había aprendido a valorar a las personas no por sus circunstancias, sino por la manera en que enfrentaban las adversidades, y en Isabella veía una valentía silenciosa que lo invitaba a descubrir más.

—Me parece, señorita Whitmore, que usted ha aprendido a encontrar fortaleza en la soledad —comentó él, acercándose un poco más—. Pero, ¿no sería más llevadero todo esto con una compañía adecuada? Alguien que no se deje llevar por lo que otros susurran.

Isabella lo miró fijamente, con una mezcla de recelo y algo más que no podía definir. La cercanía de Sebastian era a la vez reconfortante y peligrosa, y sus palabras, aunque dichas en un tono casual, eran como flechas dirigidas directamente a sus miedos más profundos. Sabía que él jugaba un juego, uno en el que era maestro, y que ella debía ser cautelosa.

—No siempre se tiene el lujo de escoger la compañía, Lord Ashbourne —replicó Isabella con suavidad—. A veces, nos vemos obligados a aceptar lo que nos toca, o a caminar solos.

Sebastian rio suavemente, un sonido que resonó en el tranquilo sendero como una melodía de provocación.

—Ah, pero eso solo es cierto si uno no se atreve a desafiar las reglas. —Sus ojos grises brillaron con una luz astuta, como si estuviera midiendo cada reacción de Isabella—. Londres puede ser un lugar lleno de límites y normas, pero también de oportunidades para quienes saben dónde buscar.

Isabella desvió la mirada, sintiéndose repentinamente expuesta bajo la intensidad de su atención. Sabía que no debía permitir que sus palabras la afectaran, pero había algo en la manera en que él la desafiaba, que despertaba una parte de ella que había estado dormida desde hacía mucho tiempo. Una parte que anhelaba algo más que la resignación y la culpa.

—Usted parece conocer bien esos caminos alternativos, Lord Ashbourne —dijo finalmente, con una sonrisa que intentaba ser cortés pero que traicionaba una pequeña chispa de curiosidad—. Aunque me pregunto, ¿con qué propósito los recorre?

Sebastian la observó por un momento, como si estuviera decidiendo cuánto revelar.

—Tal vez busco lo mismo que usted, señorita Whitmore. Un sentido, un propósito. O quizás, simplemente, una buena compañía en medio de tanta soledad.

Isabella sintió que sus palabras la envolvían como una promesa velada, una invitación a un mundo que ella no estaba segura de querer explorar. Sin embargo, no podía negar la atracción que comenzaba a sentir hacia aquel hombre que, sin pretenderlo, la había hecho sentir viva de nuevo.

Mientras continuaban caminando, las palabras se volvieron menos importantes que las miradas, y aunque ambos intentaban mantener las distancias que la sociedad dictaba, la conexión entre ellos se hacía cada vez más palpable. Isabella sabía que debía ser prudente, pero en aquel paseo, bajo el cielo de Londres y la atenta mirada de Lord Ashbourne, la idea de dejarse llevar por lo desconocido comenzó a parecerle menos aterradora.

Isabella se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, no estaba segura de querer caminar sola.

CAPÍTULO 5

Rumores y Advertencias

La mansión Whitmore, usualmente tranquila y recogida, estaba envuelta en un inusual bullicio aquel día. Penelope Whitmore había decidido recibir a algunas de sus antiguas amigas para una discreta merienda, con la esperanza de mantener vivas las conexiones sociales que lentamente se habían ido desmoronando desde el escándalo de Isabella. Los murmullos y risitas contenidas resonaban en el salón, mientras las damas intercambiaban noticias y chismes con la misma ligereza que el té y los pastelillos que se servían.

Isabella, sentada junto a su madre, fingía interés en la conversación, aunque sus pensamientos estaban lejos de aquellas trivialidades. Desde su encuentro con Lord Sebastian Ashbourne en Hyde Park, no había podido apartar la sensación de inquietud que la envolvía cada vez que pensaba en él. Sebastian era, sin lugar a dudas, una figura fascinante y peligrosa, y las insinuaciones en sus palabras habían despertado en Isabella emociones que ella misma se había esforzado por enterrar. Sin embargo, los comentarios que había escuchado aquella tarde, susurrados con un tono entre fascinación y temor, añadían una nueva capa de complejidad a sus pensamientos.

—Dicen que Lord Ashbourne hizo su fortuna en las Indias orientales de maneras poco ortodoxas —comentó Lady Morton, una de las invitadas, con un tono que combinaba asombro y desaprobación—. Comercio de especias y joyas, sí, pero también se habla de contrabando y de negocios con hombres poco respetables.

Isabella sintió un escalofrío al escuchar aquellas palabras, aunque mantuvo su expresión serena. No era la primera vez que oía tales rumores, pero el hecho de escucharlos ahora, en su propia casa y en boca de una dama que disfrutaba desenterrando secretos ajenos, le otorgaba una realidad inquietante. Sebastian no era solo un hombre de misterios, sino también de posibles peligros, y aunque una parte de ella se sentía intrigada por descubrir la verdad, otra parte sabía que debía mantenerse al margen.

—Es un hombre muy atractivo, sin duda —añadió Lady Pembroke, que era conocida por su debilidad por los escándalos ajenos—, pero con ese tipo de caballeros nunca se sabe. Regresan a Londres cargados de riquezas y secretos que prefieren mantener bien guardados.

Penelope, que hasta entonces había permanecido en silencio, se volvió hacia Isabella con una mirada cargada de advertencia. Aunque intentaba mantener una fachada despreocupada, no pudo evitar lanzar una rápida mirada a su hija, consciente de que Isabella había cruzado su camino con Lord Ashbourne más de una vez. Sabía que su hija era vulnerable a los encantos

de un hombre así, y la sola idea de un nuevo escándalo era algo que Penelope no estaba dispuesta a soportar.

—La buena sociedad nunca deja de hablar —dijo Penelope con un tono cortante, intentando desviar la conversación—. Pero no todo lo que se dice merece ser escuchado.

Isabella sonrió con una leve inclinación de cabeza, agradecida por la intervención de su madre, pero no podía ignorar las palabras de las damas. Los rumores sobre Sebastian eran como piezas de un rompecabezas oscuro que ella no podía evitar querer completar. Después de la merienda, mientras las damas se despedían y el salón se vaciaba, Isabella se retiró discretamente a la pequeña biblioteca de la mansión, un refugio donde solía encontrar un respiro de la constante presión social.

Penelope, sin embargo, no tardó en seguirla. Había observado a su hija durante toda la tarde, y aunque Isabella no había dicho una palabra sobre Lord Ashbourne, la madre percibía la tensión que se escondía detrás de sus gestos comedidos. Entró en la biblioteca y cerró la puerta suavemente, dejando a Isabella con el libro que fingía leer.

—Isabella, querida —comenzó Penelope, su voz teñida de una mezcla de preocupación y firmeza—, no puedo ignorar lo que he visto hoy. Sé que Lord Ashbourne ha captado tu atención, pero debes recordar lo que está en juego.

Isabella levantó la vista, sorprendida por la franqueza de su madre. Había esperado que Penelope ignorara sus preocupaciones, como solía hacer en ocasiones así, pero la severidad en su tono revelaba cuánto la inquietaba la situación.

—Madre, solo hemos intercambiado unas pocas palabras —dijo Isabella, intentando sonar despreocupada—. No hay nada de qué preocuparse.

Penelope se acercó y tomó asiento junto a su hija, su expresión suavizándose aunque su mensaje permanecía firme.

—Sé que no deseas preocuparme, Isabella, pero los rumores sobre Lord Ashbourne no son meras habladurías sin fundamento. Es un hombre rodeado de misterio y, aunque pueda parecer encantador, no podemos permitirnos otro escándalo. La reputación de nuestra familia ya está lo suficientemente comprometida.

Isabella bajó la mirada, sintiendo el peso de las palabras de su madre. Sabía que Penelope tenía razón; su familia había sufrido mucho desde el escándalo con Charles, y la última cosa que necesitaban era verse envueltos en otro embrollo que los empujara aún más al ostracismo. Pero al mismo tiempo, algo dentro de ella se rebelaba contra la idea de vivir bajo un constante estado de temor y conformidad. Sentía que Sebastian era más que los rumores que lo rodeaban, y aunque las advertencias eran sensatas, no podía evitar sentirse atraída por la posibilidad de descubrir la verdad por sí misma.

—Madre, entiendo tus preocupaciones —dijo finalmente, eligiendo sus palabras con

cuidado—, pero no puedo vivir siempre temiendo lo que la gente diga. No quiero cometer los mismos errores que cometí antes, pero tampoco quiero pasar mi vida huyendo de cualquier cosa que se salga de lo establecido.

Penelope suspiró, conmovida por la sinceridad de su hija, pero también determinada a protegerla. Había visto a Isabella pasar por demasiado y no podía soportar la idea de verla caer de nuevo.

—Lo sé, querida. Pero debes ser prudente. No todos los hombres que parecen intrigantes tienen intenciones nobles. Sebastian Ashbourne podría ser un hombre peligroso, y no solo para tu reputación. No quiero que te veas envuelta en algo que no puedas controlar.

Isabella asintió, aunque en su corazón sabía que sus sentimientos hacia Sebastian ya se estaban volviendo difíciles de ignorar. Había una chispa en él, algo que resonaba con su propia lucha interna, y aunque su madre tenía razón al aconsejarle distancia, Isabella no podía evitar sentirse empujada hacia la tormenta que Sebastian representaba.

—Prometo ser cuidadosa, madre —respondió, apretando suavemente la mano de Penelope—. No quiero causar más problemas, te lo aseguro.

Penelope le devolvió la sonrisa, aunque en sus ojos permanecía la sombra de la preocupación. Ambas sabían que las palabras de Isabella, por sinceras que fueran, no podían garantizar que los caminos de su hija y Sebastian no se cruzaran nuevamente.

Cuando Penelope salió de la biblioteca, Isabella se quedó sola con sus pensamientos. Se sentó junto a la ventana y observó el jardín, donde los rayos del sol comenzaban a desvanecerse. Era un reflejo de su propia vida, pensó: un lugar hermoso pero lleno de sombras, de caminos inciertos y de decisiones que aún no había tomado. Mientras observaba, no pudo evitar preguntarse si Sebastian Ashbourne era una de esas sombras que debía evitar o una luz que, aunque peligrosa, valía la pena seguir.

En la penumbra de la biblioteca, Isabella se prometió que, a pesar de los temores de su madre y de los rumores que corrían por Londres, no dejaría que el miedo dictara sus elecciones. Después de todo, ya había perdido demasiado, y la vida, aunque complicada, no debía vivirse solo desde la seguridad de los márgenes.

CAPÍTULO 6

Encuentro en la Librería

El aire de la librería tenía un aroma especial, una mezcla de papel antiguo y cuero que siempre había resultado reconfortante para Isabella. La librería Hatchard's, situada en Piccadilly, era uno de los pocos lugares en Londres donde se sentía verdaderamente en paz, lejos de las miradas críticas y los murmullos de la alta sociedad. Allí, entre estantes abarrotados de volúmenes encuadernados en cuero, podía olvidar, al menos por un rato, la sombra que pendía sobre su reputación.

Aquella mañana, el cielo de Londres estaba cubierto por una capa gris, pero Isabella apenas lo notaba. Con su vestido sencillo de muselina azul y un sombrero de ala ancha que ocultaba parcialmente su rostro, había decidido pasar la mañana buscando alguna nueva lectura que pudiera acompañarla en las largas tardes solitarias en la mansión Whitmore. Aunque su madre había estado algo preocupada por sus últimas salidas, Isabella necesitaba ese respiro, ese momento de anonimato en la librería que le permitía evadir su realidad.

Con un libro en la mano, un volumen de poesía que había llamado su atención, Isabella se desplazó hacia el rincón más tranquilo de la tienda. Los clientes iban y venían, susurrando comentarios sobre las ediciones disponibles, pero ella estaba absorta en los versos cuando sintió una presencia cercana. Al principio, pensó que sería algún cliente ocasional que buscaba un libro en la misma estantería, pero entonces una voz profunda y familiar rompió el silencio.

—Parece que compartimos gustos literarios, señorita Whitmore.

El libro casi se le cayó de las manos. Isabella levantó la vista de golpe, y allí, apenas a unos pasos de distancia, estaba Lord Sebastian Ashbourne, con su porte impecable y su expresión a medio camino entre la cortesía y algo más indescifrable. Vestido con un abrigo oscuro que acentuaba su estatura imponente y el brillo acerado de sus ojos grises, Sebastian la miraba con esa mezcla de curiosidad y provocación que ya había aprendido a identificar.

Isabella, aunque sorprendida, no podía evitar preguntarse si este encuentro había sido planeado. Desde su paseo en Hyde Park, había tenido la incómoda sensación de que Sebastian estaba buscando nuevas excusas para coincidir con ella. Y ahora, en la tranquila librería, lejos del bullicio de los salones, no podía ignorar la posibilidad de que él la hubiera seguido. Con una mezcla de inquietud y una chispa de desafío en sus ojos, decidió no retroceder.

—Parece que tenemos más en común de lo que pensé, Lord Ashbourne —respondió ella,

con una calma que ocultaba la aceleración de su pulso—. Aunque debo decir que no esperaba encontrarlo en una librería tan modesta como esta.

Sebastian sonrió levemente, divertido por su intento de mantener la compostura. Había algo en Isabella que lo intrigaba profundamente. No era solo su belleza o su historia, aunque ambas eran elementos que no podía ignorar. Era su resistencia, su dignidad frente a la adversidad, y la forma en que, a pesar de todo, mantenía una cierta distancia que lo desafiaba a acercarse aún más.

—Modesta, quizás, pero llena de tesoros ocultos —dijo él, con los ojos fijos en los suyos—. A veces, los lugares menos ostentosos son los que guardan las mejores sorpresas.

Isabella sintió el peso de sus palabras como una insinuación que no podía ignorar. Había algo en la forma en que él la miraba, en la sutil sugerencia de sus comentarios, que la hacía sentir incómoda y, al mismo tiempo, fascinada. Era un juego peligroso, lo sabía, pero no podía evitar sentirse atraída por esa tensión no declarada que flotaba entre ellos.

—Entonces, ¿es usted aficionado a las sorpresas, Lord Ashbourne? —preguntó ella, alzando una ceja con suavidad, intentando mantenerse firme en la conversación—. Creí que un hombre de su experiencia preferiría las certezas.

Sebastian dio un paso más cerca, lo suficiente para que la distancia entre ellos se redujera notablemente, pero sin invadir su espacio de manera brusca. Sus ojos grises la estudiaron con detenimiento antes de responder.

—Digamos que, en mi vida, he aprendido a valorar ambos aspectos. Las certezas pueden ser útiles, pero son las sorpresas las que hacen que valga la pena vivir —respondió él, su voz baja y envolvente.

Isabella sintió un leve rubor en sus mejillas, y aunque intentó desviar la mirada hacia los libros, no pudo evitar sentirse atrapada por la intensidad de su atención. Había algo en la cercanía de Sebastian que despertaba emociones que ella preferiría no sentir, una mezcla de atracción y recelo que la mantenía en vilo.

—Me temo que las sorpresas no siempre son bienvenidas —dijo ella finalmente, su tono más frío de lo que realmente sentía—. Algunas, al menos, tienen un precio demasiado alto.

Sebastian la observó con detenimiento, comprendiendo perfectamente el significado oculto en sus palabras. Sabía que Isabella había sido traicionada por alguien en quien confiaba, y aunque no conocía todos los detalles, entendía el escepticismo que ella sentía hacia cualquier tipo de novedad o aventura. Pero eso no lo desalentaba. De hecho, lo intrigaba aún más.

—Cierto, algunas lo tienen —respondió él, inclinando la cabeza levemente—. Pero otras... otras pueden ser el comienzo de algo que nunca imaginamos. El truco está en saber cuáles merecen la pena.

Isabella cerró el libro que sostenía, usándolo como una barrera simbólica entre ellos, aunque sabía que no sería suficiente para detener la fuerza que Sebastian proyectaba. Su madre tenía razón al advertirle que debía mantenerse lejos de él, pero algo en su interior se rebelaba ante esa idea. No era solo que se sintiera atraída por él, sino que, de alguna manera, creía que ambos compartían una lucha interna que pocos comprenderían.

—¿Y usted, Lord Ashbourne? —preguntó ella, con un tono que buscaba cambiar el rumbo de la conversación—. ¿Está buscando algún tesoro oculto en particular en esta librería?

Sebastian sonrió de nuevo, esta vez con una chispa de auténtico interés.

—Puede que lo esté —respondió, inclinándose ligeramente hacia ella—. O puede que ya lo haya encontrado.

Isabella sintió que el aire se volvía más denso entre ellos, y por un momento, las palabras parecieron innecesarias. El coqueteo era evidente, pero también lo era el conflicto interno que ambos parecían estar librando. Isabella sabía que debía alejarse, que la relación con Sebastian solo podía traer más complicaciones a su vida, pero el magnetismo que él ejercía era difícil de resistir.

Finalmente, con una suave inclinación de cabeza, Isabella dio un paso atrás, rompiendo el hechizo momentáneo que se había formado entre ellos.

—Le deseo suerte en su búsqueda, Lord Ashbourne —dijo ella, con una sonrisa que intentaba mantener la distancia adecuada—. Pero me temo que debo continuar con la mía.

Sebastian no la detuvo, aunque sus ojos la siguieron mientras se alejaba. Sabía que este no sería el último encuentro entre ellos. Isabella Whitmore era una enigma que deseaba resolver, y aunque ella intentara resistirse, él estaba decidido a seguir encontrando excusas para acercarse a ella.

Mientras Isabella salía de la librería, su corazón aun latiendo con fuerza, supo que, a pesar de sus mejores esfuerzos, había algo inevitable en su atracción hacia Sebastian Ashbourne. Y aunque la lógica le decía que debía mantener la distancia, una parte de ella comenzaba a cuestionar si realmente quería hacerlo.

CAPÍTULO 7

Miradas en la Cena

La velada en la mansión de los Worthington era uno de esos eventos sociales que, aunque modestos en comparación con los grandes bailes de la temporada, siempre lograban reunir a un selecto grupo de invitados que apreciaban la buena compañía y las conversaciones amenas. El salón de cenas, adornado con candelabros de cristal y vajilla de porcelana, estaba impregnado de un aire cálido y elegante que invitaba a los comensales a relajarse y disfrutar de la noche. Sin embargo, para Isabella Whitmore, la cena estaba lejos de ser un simple encuentro social.

Desde el momento en que entró en la sala, acompañada por sus padres, Isabella había sentido una tensión en el aire. La mirada de Sebastian Ashbourne, sentado al otro lado de la mesa, la había seguido desde que puso un pie en la estancia. Aunque él se encontraba enfrascado en una conversación animada con el anfitrión, sus ojos grises no dejaban de posarse sobre ella de forma intermitente, como si la estuviera estudiando a través del bullicio de la cena.

Isabella, consciente de cada una de sus miradas, hizo todo lo posible por ignorar la sensación de inquietud que se instalaba en su pecho. Se sentó entre su madre y Lady Pembroke, fingiendo interés en la charla que giraba en torno a los últimos chismes de la sociedad londinense, aunque su mente estaba dividida entre las conversaciones triviales y la presencia ineludible de Sebastian. Él no hacía ningún esfuerzo por ocultar su atención, y sus miradas, lejos de ser intrusivas, parecían querer descifrar cada pensamiento y sentimiento que Isabella intentaba ocultar.

—Dicen que Lady Marchmont ha mandado traer un vestido directamente de París para el próximo baile —comentó Lady Pembroke, con un tono de deleite malicioso—. Aunque, conociéndola, seguro será tan ostentoso que parecerá más una cortina de teatro que un traje de gala.

Isabella sonrió por cortesía, pero su mente estaba lejos de los vestidos de París. Cada vez que se aventuraba a alzar la vista, allí estaba Sebastian, su expresión relajada y sus ojos fijos en ella con una intensidad que le resultaba a la vez desconcertante y tentadoramente seductora. Isabella sentía que estaba en medio de un juego silencioso, uno en el que las reglas no estaban claras, pero cuyo desenlace podía significar más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Mientras los criados servían el primer plato, un delicado consomé perfumado con hierbas, Isabella se concentró en mantener la compostura. Se repetía a sí misma que debía ignorarlo,

que no podía dejarse llevar por los impulsos ni por esa atracción incontrolable que crecía con cada segundo que pasaba bajo su escrutinio. Pero la realidad era que la presencia de Sebastian era como un imán del que no podía desprenderse. Cada uno de sus gestos, cada sutil movimiento de su mano o curva de sus labios, parecían diseñados para atraerla y desarmarla al mismo tiempo.

Sebastian, por su parte, disfrutaba de la situación con un interés que no lograba ocultar del todo. Había algo en Isabella que lo intrigaba más de lo que hubiera esperado, algo que iba más allá del simple escándalo que la rodeaba. Era la forma en que ella luchaba contra sí misma, esa mezcla de vulnerabilidad y orgullo que se reflejaba en cada uno de sus movimientos. Él podía ver la batalla interna que libraba, y aunque sabía que probablemente estaba yendo demasiado lejos, no podía evitar querer empujar esos límites.

Cuando los criados comenzaron a servir el segundo plato, un delicado pescado acompañado de verduras al vapor, Sebastian aprovechó un momento en que la conversación a su alrededor se volvía más animada para inclinarse ligeramente hacia Isabella. Su voz, baja y suave, la alcanzó como un susurro íntimo en medio del bullicio.

—Espero que esté disfrutando de la cena, señorita Whitmore —dijo, sin apartar la vista de ella.

Isabella se tensó, sorprendida por la cercanía de su voz. Levantó la vista y lo encontró mirándola directamente, su expresión serena pero sus ojos grises brillando con un desafío apenas velado. Era una simple pregunta, pero cargada con un peso que ambos comprendían.

—Es una cena encantadora, Lord Ashbourne —respondió ella, manteniendo un tono educado mientras intentaba controlar el temblor en su voz—. Los Worthington siempre saben cómo recibir a sus invitados.

Sebastian sonrió, pero no desvió la mirada. Había algo en esa interacción que lo divertía, una especie de juego implícito en el que cada palabra tenía un doble significado.

—Sin duda —contestó él, con una ligera inclinación de cabeza—. Aunque, debo admitir, la compañía es lo que realmente hace especial una velada como esta.

Isabella sintió que su corazón se aceleraba, aunque intentó no mostrarlo. Había algo en la forma en que él hablaba, en la manera en que cada frase parecía una invitación encubierta, que la hacía sentir desarmada. Podía percibir la sutil provocación en sus palabras, y aunque sabía que debía mantenerse firme, cada vez le costaba más resistirse.

—Supongo que la buena compañía es cuestión de perspectiva, Lord Ashbourne —dijo Isabella, tratando de sonar indiferente—. Lo que algunos consideran agradable, otros pueden encontrarlo... incómodo.

Sebastian la observó con una sonrisa que revelaba tanto diversión como un interés genuino. Había algo en la manera en que Isabella intentaba defenderse, en cómo mantenía su

compostura a pesar de la evidente incomodidad, que lo atraía irremediablemente. Estaba jugando con fuego, y lo sabía, pero esa chispa de resistencia en ella lo empujaba a acercarse aún más.

—Supongo que todo depende de la naturaleza de la compañía —dijo finalmente, bajando la voz lo suficiente para que solo ella pudiera oírlo—. A veces, la incomodidad es simplemente el primer paso hacia algo... inesperado.

Isabella sintió un escalofrío recorrerle la espalda, y por un instante, no supo si era de miedo o de pura atracción. Estaba siendo arrastrada hacia un juego que no entendía del todo, pero del que no quería salir. La cercanía de Sebastian, la manera en que sus palabras parecían desnudarse de toda pretensión para revelar algo más profundo, la atrapaban en un bucle del que no podía escapar.

Decidida a no dejarse vencer, Isabella mantuvo su mirada firme en la de él, aunque sus manos temblaban levemente sobre la mesa.

—Quizá, Lord Ashbourne, algunas sorpresas es mejor dejarlas sin descubrir —dijo, con una sonrisa que intentaba parecer desafiante, aunque en su interior sentía el torbellino de emociones descontroladas.

Sebastian inclinó la cabeza, como aceptando su respuesta, pero sin apartar su atención de ella. Sabía que estaba jugando un juego peligroso, pero no podía evitarlo. Isabella era un enigma que lo fascinaba, y cada momento que pasaban juntos lo acercaba más a querer descubrir todos sus secretos.

La cena continuó, los invitados seguían conversando y riendo, pero para Isabella y Sebastian, el resto de la noche se volvió un telón de fondo. Las miradas que intercambiaron, las palabras susurradas y los silencios cargados de significados no dichos, los envolvieron en una danza privada que solo ellos comprendían.

Y aunque ambos sabían que estaban cruzando líneas que no debían, ninguno parecía dispuesto a dar marcha atrás. En ese pequeño rincón del salón de los Worthington, rodeados de risas y copas de vino, la atracción que los unía se hacía cada vez más fuerte, y la promesa de algo inesperado comenzaba a tomar forma entre ellos, como un secreto que ninguno podía ya ignorar.

CAPÍTULO 8

Entre la Atracción y el Miedo

La vida de Londres continuaba su frenético ritmo de bailes, cenas y reuniones, pero para Isabella Whitmore, cada evento se convertía en una oportunidad para descubrir más sobre el hombre que, sin pretenderlo, había comenzado a ocupar sus pensamientos. Sebastian Ashbourne seguía siendo un misterio fascinante y peligroso, un enigma envuelto en secretos que no dejaban de intrigarla. A pesar de sus esfuerzos por mantener la distancia, sus caminos parecían entrelazarse de manera inevitable, como si el destino se empeñara en reunirlos una y otra vez.

Fue durante una tranquila tarde de finales de primavera cuando Isabella se encontró con Lady Pembroke en una pequeña tertulia organizada en la casa de los Lytton. El ambiente era relajado y las conversaciones giraban en torno a los últimos rumores sobre la alta sociedad, pero Isabella, aunque intentaba participar, se mantenía absorta en sus propios pensamientos. Lady Pembroke, con su aguda habilidad para detectar cualquier desvío de la norma, no tardó en captar la atención de Isabella y, tras unos breves intercambios de cortesía, se lanzó a hablar de lo que más la apasionaba: los secretos de la gente.

—¿Has oído hablar de las hazañas de Lord Ashbourne en las Indias orientales, querida? —preguntó Lady Pembroke con una sonrisa que denotaba más curiosidad que simple interés—. No me sorprende que su regreso a Londres haya causado tanto revuelo. Dicen que tuvo tratos con hombres de dudosa reputación y que no todo lo que obtuvo lo consiguió de manera... digamos, legítima.

Isabella sintió un leve nudo en el estómago, pero disimuló su incomodidad. Se había acostumbrado a las habladurías de la sociedad, pero escuchar comentarios sobre Sebastian en esos términos despertaba en ella una mezcla de preocupación y una inexplicable necesidad de saber más.

—He oído que fue bastante exitoso en el comercio de especias y piedras preciosas —respondió Isabella, intentando mantener la conversación en un tono neutral—. Es lógico que un hombre con su experiencia haya tenido que lidiar con todo tipo de personajes.

Lady Pembroke la observó con una mirada astuta, como si pudiera ver más allá de las palabras de Isabella. Había en sus ojos un destello de conocimiento, una comprensión tácita de los juegos de la alta sociedad.

—Oh, querida, no solo se trataba de comercio. Se dice que también estuvo involucrado en asuntos mucho más oscuros. Contrabando, acuerdos con capitanes sin escrúpulos... incluso

se rumorea que tuvo tratos con piratas en los mares del sur. Lord Ashbourne no es precisamente un caballero ordinario.

Isabella sintió que sus pensamientos comenzaban a girar en un torbellino de confusión. Cada palabra que Lady Pembroke pronunciaba añadía una nueva capa a la imagen que tenía de Sebastian, convirtiéndolo en una figura aún más compleja y difícil de descifrar. Era cierto que había algo en él que la atraía, una fuerza que parecía irresistible, pero también había una sombra, una oscuridad que la advertía de no adentrarse demasiado en un territorio desconocido.

Durante los días siguientes, Isabella no pudo evitar pensar en todo lo que había escuchado. Cada vez que recordaba las palabras de Lady Pembroke, sentía un escalofrío que recorría su espalda. A pesar de los riesgos, la atracción que sentía hacia Sebastian se hacía más intensa, y cada encuentro, cada mirada intercambiada, alimentaba un deseo que no podía ignorar. Sin embargo, también estaba el miedo: el miedo de involucrarse con un hombre cuya vida estaba tan marcada por los secretos y el misterio.

Una tarde, mientras paseaba por los jardines de la mansión Whitmore, Isabella se encontró nuevamente con Sebastian. Estaba apoyado contra una de las estatuas de mármol del jardín, como si hubiese estado esperando su llegada. Vestía un elegante abrigo oscuro que resaltaba sus rasgos marcados y su figura esbelta, y sus ojos grises brillaban con una intensidad que siempre la dejaba desarmada.

—Señorita Whitmore, parece que nuestras coincidencias se están volviendo una costumbre —dijo Sebastian con una sonrisa que denotaba tanto familiaridad como un desafío velado.

Isabella, aunque sorprendida, se mantuvo serena. Había estado pensando en él más de lo que debería, y tenerlo allí, tan cerca, era tanto un alivio como una provocación.

—Lord Ashbourne, no me sorprende encontrarlo aquí —respondió ella, con un tono calmado—. Parece que siempre encuentra una manera de estar en el lugar adecuado.

Sebastian rio suavemente, un sonido bajo que resonó en la tranquilidad del jardín.

—¿El lugar adecuado, o simplemente el lugar donde menos se me espera? —replicó él, dando un paso hacia ella—. A veces, lo inesperado es lo que más vale la pena.

Isabella sintió cómo su corazón se aceleraba al escucharlo, y, aunque intentó mantener la compostura, no podía negar el efecto que él tenía sobre ella. Decidió que era el momento de confrontar sus dudas, de preguntarle directamente sobre todo lo que había oído.

—Dicen muchas cosas sobre usted, Lord Ashbourne. Cosas que, en otros tiempos, no me habría atrevido a escuchar sin juzgar. Se habla de contrabando, de tratos con piratas y de riquezas obtenidas de maneras poco honrosas. —Isabella lo miró fijamente, con una mezcla de desafío y vulnerabilidad en su voz—. ¿Por qué debería confiar en usted?

Sebastian la miró en silencio durante unos momentos, como si estuviera midiendo cada palabra antes de hablar. Había una verdad en sus ojos que Isabella no podía identificar del todo, pero que lo hacía parecer más humano y menos un mito envuelto en rumores.

—La vida en las Indias orientales es diferente a todo lo que puedas imaginar, Isabella —dijo finalmente, su tono suave y reflexivo—. Se toma lo que se puede y se hace lo que se debe para sobrevivir. No niego que hice cosas de las que no estoy orgulloso, pero tampoco me arrepiento de ellas. Todo lo que he hecho ha sido por necesidad, no por avaricia.

Isabella escuchó atentamente, sintiendo cómo cada palabra resonaba en ella con un peso que iba más allá de los simples chismes. Sebastian no se defendía ni trataba de excusar sus acciones; simplemente las reconocía como parte de lo que era. Y en ese acto de sinceridad, Isabella vio un atisbo de la complejidad del hombre que tenía delante.

—No es fácil ser honesto sobre el pasado —continuó él, acercándose un poco más—. Pero no vine aquí para engañarte, Isabella. Sé que tengo mis sombras, y no espero que las ignores. Solo quiero que sepas que, a pesar de todo, mi interés en ti es genuino.

Isabella sintió que sus defensas se debilitaban ante la franqueza de Sebastian. Sabía que había peligros en acercarse a él, pero también sabía que la vida sin riesgo era una vida incompleta. Por un momento, se permitió dejar de lado los temores, sintiendo que, quizás, Sebastian era más que su pasado.

—Tal vez, Lord Ashbourne, somos más parecidos de lo que creemos —dijo ella, con una leve sonrisa que mezclaba aceptación y desafío—. Ambos cargamos con nuestros propios secretos, y ambos buscamos algo que nos permita dejar atrás lo que fuimos.

Sebastian asintió, reconociendo la verdad en sus palabras. Había encontrado en Isabella una conexión que no esperaba, y aunque sabía que el camino entre ellos no sería fácil, estaba dispuesto a recorrerlo.

Mientras el sol se ponía sobre los jardines de la mansión Whitmore, Isabella y Sebastian permanecieron juntos, dos almas marcadas por el pasado pero unidas por un presente lleno de posibilidades. Era un momento frágil, una tregua entre el miedo y la atracción, y aunque ninguno sabía a dónde los llevaría, ambos sentían que valía la pena descubrirlo.

CAPÍTULO 9

Un Encuentro en el Jardín

La mansión Ashford estaba engalanada con luces y decoraciones florales para celebrar la gran fiesta de la temporada. La música, proveniente de un cuarteto de cuerdas que tocaba en el salón principal, se deslizaba por las ventanas abiertas y envolvía los jardines en una melodía suave y envolvente. Las risas y las conversaciones de los invitados flotaban en el aire, entremezclándose con el aroma de las rosas y jazmines que adornaban los senderos. La alta sociedad londinense estaba presente en todo su esplendor, y los jardines, iluminados por farolillos, se habían convertido en un refugio temporal para aquellos que buscaban un respiro del bullicio interior.

Isabella Whitmore, sin embargo, no se sentía en sintonía con la alegría general. Había acudido a la fiesta acompañada por su madre, quien insistía en que debía hacer acto de presencia para no seguir siendo vista como una paria social. Vestida con un elegante vestido de gasa color marfil, Isabella se movía entre los arbustos y setos del jardín, alejándose poco a poco del gentío que llenaba la mansión. Quería un momento de paz, un espacio donde pudiera respirar sin sentir la presión constante de las miradas y los comentarios velados.

Caminó hasta un rincón apartado del jardín, un pequeño claro rodeado de árboles que la separaba del resto de la fiesta. Allí, sentada en un banco de piedra y rodeada de flores silvestres, Isabella intentó calmar sus pensamientos. La noche era cálida, y la brisa suave acariciaba su rostro, brindándole un breve consuelo. Sin embargo, su tranquilidad duró poco, pues un ruido de pasos sobre la grava interrumpió el silencio. Isabella levantó la vista y, a través de la penumbra, reconoció la figura de Sebastian Ashbourne acercándose con su habitual porte despreocupado.

Sebastian se detuvo a unos pasos de ella, su silueta destacándose bajo la tenue luz de los farolillos. Vestía un impecable traje oscuro, y sus ojos grises parecían brillar aún más en la semioscuridad del jardín. Había algo en su presencia que siempre lograba desestabilizar a Isabella; la atracción innegable que sentía por él estaba teñida de un peligro que la mantenía en constante alerta.

—Señorita Whitmore, parece que tenemos una habilidad especial para encontrarnos en los lugares más insospechados —dijo Sebastian con una sonrisa que, aunque amistosa, llevaba un matiz de desafío.

Isabella se incorporó lentamente, intentando mantener la compostura. A pesar de su deseo de alejarse, había algo magnético en Sebastian que la empujaba a permanecer en su

cercanía. No estaba segura de si era su voz profunda, su manera de moverse con una elegancia natural, o la chispa de complicidad que siempre parecía flotar entre ellos.

—Lord Ashbourne, me temo que es usted quien tiene una inclinación por aparecer donde menos se le espera —respondió Isabella, con un tono que intentaba ser firme, aunque la leve sonrisa en sus labios delataba su incomodidad—. No me diga que también ha venido a disfrutar de la tranquilidad del jardín.

Sebastian rio suavemente, un sonido bajo y cálido que resonó en la intimidad del lugar.

—Lo cierto es que prefiero la compañía de las estrellas y el aire libre a las conversaciones sofocantes de los salones. Pero debo confesar que, esta vez, no es el jardín lo que me ha traído hasta aquí.

Isabella sintió que el corazón le latía con fuerza al escuchar esas palabras. Sabía a qué se refería, pero se negaba a admitirlo abiertamente. Había estado luchando contra esa atracción desde el momento en que lo conoció, y cada encuentro no hacía más que intensificar sus emociones. A pesar de los rumores, del miedo a lo desconocido, había algo en Sebastian que despertaba en ella un deseo de vivir y sentir que no había experimentado en mucho tiempo.

—Debe ser usted muy afortunado, Lord Ashbourne, para poder elegir siempre el lugar y la compañía que más le agrada —dijo Isabella, intentando desviar la conversación—. No todos tenemos ese lujo.

Sebastian se acercó un paso más, su mirada fija en la de ella, como si intentara leer cada pensamiento que Isabella intentaba esconder.

—No creo que sea cuestión de suerte, señorita Whitmore. A veces, simplemente hay que tomar lo que se desea, aunque las circunstancias no sean las ideales.

Isabella sintió cómo la tensión aumentaba entre ellos, envolviéndolos como una niebla invisible. El espacio que los separaba se volvía más estrecho, y aunque su mente le decía que debía retroceder, su cuerpo parecía traicionarla. Podía sentir el calor de la proximidad de Sebastian, el suave susurro de su respiración, y esa mezcla de peligro y deseo que flotaba en el aire.

—No siempre es tan sencillo, Lord Ashbourne —murmuró ella, bajando la mirada para evitar el magnetismo de sus ojos grises—. A veces, lo que se desea no es lo correcto, ni lo prudente.

Sebastian alzó la mano y, con una delicadeza inesperada, rozó la barbilla de Isabella, obligándola a levantar la cabeza y mirarlo de frente. El gesto, aunque inocente, estaba cargado de una intimidad que la dejó sin aliento. Era como si el mundo entero se hubiera desvanecido a su alrededor, y solo quedaran ellos dos, enfrentándose a la atracción que no podían seguir ignorando.

—¿Y quién decide lo que es correcto, Isabella? —preguntó Sebastian en un susurro, su voz

impregnada de una intensidad que la hizo temblar—. La vida está llena de normas y expectativas que no siempre nos sirven. A veces, lo único que importa es lo que uno siente en este preciso momento.

Isabella cerró los ojos por un instante, intentando recuperar el control de sus emociones. Había luchado tanto por mantenerse al margen, por no dejarse llevar por un impulso que sabía peligroso, pero en ese rincón apartado del jardín, con Sebastian tan cerca que podía sentir su calor, la resistencia se volvía una tarea casi imposible.

—Sebastian, esto no puede... —empezó a decir, pero sus palabras se apagaron antes de poder completarlas.

Sebastian, que parecía tan atrapado en el momento como ella, inclinó ligeramente su rostro hacia el de Isabella, deteniéndose a solo un suspiro de distancia. Sus labios se quedaron a medio camino, como una promesa no cumplida, y la tensión entre ellos se volvió insoportable. Isabella sentía el latido de su corazón resonar en sus oídos, y aunque todo en su interior la empujaba a cerrar esa distancia, sabía que un solo paso en falso podría cambiarlo todo.

—No tienes que decir nada —murmuró él, sus ojos grises fijos en los de ella, cargados de una mezcla de deseo y autocontrol—. A veces, basta con sentir.

Isabella se quedó inmóvil, atrapada en la contradicción de lo que debía hacer y lo que realmente deseaba. Podía ver en los ojos de Sebastian el mismo conflicto, la lucha por contenerse y al mismo tiempo entregarse a lo que los unía. Pero antes de que cualquiera de los dos pudiera ceder, el sonido de pasos y risas cercanas rompió el hechizo.

Ambos retrocedieron abruptamente, como si el contacto hubiera sido demasiado, demasiado rápido, demasiado real. Isabella se llevó una mano al pecho, intentando calmar el ritmo frenético de su corazón, mientras Sebastian recuperaba la compostura con una sonrisa apenas perceptible.

—Tal vez, la próxima vez, encontraremos un lugar más apartado —dijo él en voz baja, antes de alejarse lentamente, dejando a Isabella en el jardín con un torbellino de emociones que no podía controlar.

Isabella lo observó marcharse, su mente aún revuelta por lo que casi había sucedido. Sabía que no podía seguir jugando con fuego, pero una parte de ella ya había cruzado la línea que separaba la prudencia del deseo. Y aunque el miedo seguía presente, había algo innegable en lo que sentía por Sebastian, algo que la empujaba, una y otra vez, hacia él.

CAPÍTULO 10

Un Paseo Inapropiado

El sol de la tarde se filtraba entre las nubes, bañando Londres con una luz dorada que parecía suavizar las aristas de la ciudad y transformar cada esquina en un rincón encantado. Las calles estaban repletas de carruajes, y los transeúntes paseaban a lo largo del río Támesis, disfrutando del clima templado. Isabella Whitmore, sin embargo, no se encontraba en uno de esos paseos despreocupados. La invitación de Lord Sebastian Ashbourne había sido inesperada, y desde el momento en que recibió la nota, un torbellino de emociones la había invadido.

Sebastian la había invitado a dar un paseo en su carruaje, un gesto que para cualquier joven decente de la alta sociedad londinense resultaría, cuando menos, altamente inapropiado. No era costumbre que un caballero y una dama soltera se encontraran en semejante intimidad, y mucho menos que se aventuraran juntos por las calles de la ciudad sin un chaperón que garantizara su decoro. Pero, a pesar de sus reservas, Isabella no había podido resistirse a la tentación. Había algo en la voz escrita de Sebastian, algo en sus palabras que la impulsaba a aceptar, a desafiar las normas por una vez en su vida.

Cuando el carruaje de Sebastian se detuvo frente a la mansión Whitmore, Isabella se sintió dividida entre la emoción y la culpa. Vestía un sencillo vestido de paseo en tono lavanda, y su cabello estaba recogido con delicadeza bajo un pequeño sombrero adornado con cintas. Jane, su doncella, había intentado persuadirla de no ir, recordándole las reglas tácitas que regían sus vidas, pero Isabella, determinada y ansiosa por ver a Sebastian, había desestimado las advertencias.

Sebastian la esperaba de pie junto al carruaje, con un elegante abrigo oscuro que acentuaba su figura esbelta y distinguida. Cuando la vio, una sonrisa leve se dibujó en sus labios, un gesto que parecía tanto un saludo como una invitación silenciosa a dejar de lado los convencionalismos. Isabella se acercó, intentando mantener una expresión serena, pero el latido acelerado de su corazón traicionaba su aparente calma.

—Señorita Whitmore —dijo Sebastian, inclinándose ligeramente en señal de respeto—. Me alegra ver que ha aceptado mi invitación. No pretendía ser tan atrevido, pero a veces la ocasión merece cierto atrevimiento.

Isabella asintió, aunque las dudas aún danzaban en su mente. No podía evitar preguntarse si aquel paseo era un error, si se estaba dejando llevar por una atracción que podía costarle su ya maltrecha reputación. Pero al mirar a Sebastian, a sus ojos grises que la observaban con

una mezcla de ternura y picardía, todas sus preocupaciones parecían desvanecerse, al menos por un momento.

—Debo confesar, Lord Ashbourne, que he tenido mis reservas —respondió ella, subiendo al carruaje con la ayuda de su mano—. Pero he llegado a la conclusión de que, a veces, es necesario salir de los límites establecidos para ver las cosas desde una nueva perspectiva.

Sebastian rio suavemente, tomando asiento a su lado mientras el carruaje se ponía en marcha. El traqueteo de las ruedas sobre los adoquines y el sonido lejano de los vendedores ambulantes se mezclaban en un telón de fondo que parecía ajeno al pequeño mundo que ambos compartían dentro del carruaje. A medida que avanzaban, Isabella se permitió relajarse, dejando que la conversación fluyera con una naturalidad que no esperaba.

—Me temo que la sociedad tiene una manera particular de imponer límites que no siempre son justos —comentó Sebastian, apoyando un brazo en el respaldo del asiento—. Se espera que sigamos reglas que, en muchos casos, no hacen más que restringir nuestra libertad.

Isabella lo miró, captando en sus palabras una verdad que resonaba con sus propios sentimientos. Desde el escándalo que la había marcado, había sentido el peso de esas restricciones con una fuerza devastadora. Las miradas de desaprobación, los comentarios susurrados a sus espaldas, todo aquello que había perdido por un simple error de juicio. Y ahora, en compañía de Sebastian, sentía que, por primera vez, podía hablar sin temer ser juzgada.

—Es fácil hablar de libertad cuando uno no está encadenado por las expectativas de los demás —dijo Isabella, con un tono que denotaba más sinceridad de la que pretendía mostrar—. Pero no todos tienen el lujo de desentenderse de lo que la sociedad espera de ellos.

Sebastian la observó con una expresión seria, como si sus palabras hubieran tocado algo profundo dentro de él. Había algo en Isabella, una mezcla de valentía y vulnerabilidad, que lo conmovía de una manera inesperada. Sabía que su vida estaba marcada por decisiones cuestionables, por secretos que lo perseguían desde su tiempo en las Indias orientales, pero en Isabella veía un reflejo de su propia lucha, una lucha por encontrar su lugar en un mundo que no siempre era justo.

—Entiendo lo que dices, Isabella —dijo Sebastian, suavizando el tono de su voz—. No quiero pretender que no me importa lo que piensen de mí, porque mentiría. Pero también he aprendido que, a veces, la única manera de ser fiel a uno mismo es arriesgarse a desafiar lo que se espera.

Isabella lo escuchó atentamente, sintiendo una conexión que iba más allá de las palabras. Era un sentimiento extraño, esta mezcla de atracción y comprensión mutua, como si ambos compartieran un secreto que ninguno estaba dispuesto a revelar del todo. Mientras el carruaje continuaba su recorrido, Isabella se dio cuenta de que, a pesar de sus temores, no se

arrepentía de haber aceptado la invitación de Sebastian.

—Prometamos, entonces, que este paseo será solo un respiro de la realidad —dijo ella finalmente, con una sonrisa suave pero decidida—. No dejaremos que vaya más allá de los límites de la decencia, por mucho que el mundo exterior quiera imponernos sus normas.

Sebastian asintió, reconociendo la firmeza en su voz. Había algo deliciosamente irónico en aquel acuerdo tácito de mantener la distancia cuando, en el fondo, ambos sabían que cada momento que pasaban juntos los acercaba más a cruzar esas líneas invisibles.

—Es un trato justo, señorita Whitmore —dijo él, devolviéndole la sonrisa—. Un respiro de la realidad, y nada más.

Mientras el carruaje se desplazaba por las calles de Londres, los dos se sumieron en una conversación animada que oscilaba entre bromas ligeras y confidencias veladas. Hablaban de viajes, de libros, de las bellezas de las Indias orientales y de los pequeños placeres que hacían la vida más llevadera. Para Isabella, era como si aquel pequeño espacio en el carruaje se hubiera transformado en un mundo aparte, uno donde no existían los rumores ni las obligaciones sociales.

Sin embargo, a medida que el paseo continuaba, Isabella no podía ignorar la creciente sensación de intimidad que se desarrollaba entre ellos. Sebastian, con su cercanía y su mirada intensa, la hacía sentir viva de una manera que no experimentaba desde hacía mucho tiempo. Pero también sabía que esa misma cercanía era un recordatorio constante de los límites que se habían impuesto, y de lo fácil que sería romperlos.

Finalmente, el carruaje se detuvo frente a la entrada de la mansión Whitmore. Las luces del atardecer teñían todo de un tono dorado. Sebastian ayudó a Isabella a bajar, y ambos se quedaron en silencio por un momento, contemplándose el uno a la otra como si intentaran capturar ese instante de calma.

—Gracias por acompañarme, Isabella —dijo Sebastian, su voz teñida de sinceridad—. Este paseo ha sido un recordatorio de que, a veces, lo más sencillo es lo más valioso.

Isabella lo miró, conmovida por la honestidad de sus palabras. Sabía que lo que compartían era frágil y complicado, pero también sabía que, por un momento, había encontrado en él algo que no podía explicar. Con una última sonrisa, ambos se despidieron, prometiendo, al menos por ese día, mantener sus sentimientos en los límites de la decencia.

Mientras Isabella subía la escalinata de la mansión, sintió que, aunque su corazón seguía dividido entre la atracción y la razón, aquel paseo había sido más que un simple respiro. Había sido un atisbo de algo que aún no podía nombrar, pero que, sin duda, estaba cambiando su vida.

CAPÍTULO 11

Reputación y Verdades No Dichas

El parque St. James se extendía con sus senderos serpenteantes y árboles frondosos que brindaban sombra a los paseantes. Era un lugar de escape para la alta sociedad londinense, donde damas y caballeros se reunían para pasear y conversar, lejos de las estrictas formalidades de los salones. Isabella Whitmore caminaba junto a Sebastian Ashbourne, ambos inmersos en una conversación que, desde el primer momento, se había teñido de una intensidad inusual. Los murmullos de otros paseantes apenas llegaban a sus oídos, pues sus pensamientos estaban completamente absorbidos el uno en el otro.

Isabella llevaba un vestido de muselina verde que realzaba el brillo de sus ojos avellana, y su cabello estaba recogido con una sencillez que destacaba la suavidad de sus facciones. A su lado, Sebastian, con su figura alta y elegante, caminaba a un ritmo lento, sus manos detrás de la espalda y su mirada fija en el camino frente a ellos, aunque de vez en cuando se desviaba hacia Isabella con un brillo que delataba su interés.

Habían empezado a hablar de temas triviales, pero la conversación pronto había tomado un giro más personal, una exploración de sus propias experiencias y pensamientos que los alejaba de la superficialidad común. Isabella, sintiendo la libertad de estar alejada de las miradas curiosas, se permitió expresar algunas de sus inquietudes, aquellas que habitualmente guardaba solo para sí misma.

—Es difícil vivir bajo la constante sombra de una reputación arruinada —dijo Isabella, con una sinceridad que la sorprendió incluso a ella misma—. La sociedad te juzga por un solo error, y parece que ningún acto, por noble que sea, puede enmendarlo.

Sebastian la escuchó con atención, sus ojos grises centelleando con una mezcla de comprensión y una tristeza que no lograba ocultar del todo. Sabía bien lo que significaba cargar con un pasado que la sociedad se empeñaba en recordar, y aunque sus propios errores eran diferentes, podía sentir la verdad en las palabras de Isabella.

—La reputación es una cárcel invisible —respondió él, su voz suave pero firme—. Nos encierra en moldes que no hemos elegido y nos obliga a vivir según reglas que otros han dictado. Pero la verdad, Isabella, es algo mucho más complejo. A veces, la verdad que nos liberaría es la misma que la sociedad se empeña en silenciar.

Isabella lo miró, confundida por la intensidad de sus palabras. Había algo en la manera en que Sebastian hablaba que sugería un conocimiento profundo de lo que significaba estar atrapado, no solo por las expectativas de los demás, sino también por sus propios secretos. En

cada frase, percibía un eco de sus propias luchas, pero también un desafío implícito a cuestionar lo que había dado por sentado.

—¿Cree usted que la verdad siempre debería decirse? —preguntó Isabella, sintiendo que estaba entrando en un terreno delicado—. Hay cosas que, aunque ciertas, solo causan más daño si se revelan. A veces, me pregunto si es mejor mantenerlas ocultas.

Sebastian se detuvo, girándose ligeramente hacia ella, sus ojos grises fijos en los de Isabella con una intensidad que la hizo estremecer. La brisa movía suavemente los rizos oscuros que caían sobre su frente, y su expresión era seria, casi desafiante.

—La verdad tiene un poder que asusta, Isabella —dijo él, sus palabras cargadas de un peso que no podía disimular—. Pero también tiene la capacidad de liberarnos, de romper esas cadenas invisibles de las que hablábamos. No sugiero que la verdad sea fácil de aceptar, pero vivir una vida de engaños, incluso los que nos contamos a nosotros mismos, es mucho peor.

Isabella sintió un nudo en la garganta al escuchar su respuesta. Había una sinceridad brutal en lo que Sebastian decía, una franqueza que no estaba acostumbrada a encontrar en los hombres que conocía. Sus palabras despertaban en ella una mezcla de emociones: admiración, miedo y una atracción que no podía controlar. Se sentía expuesta, como si él pudiera ver más allá de sus defensas y tocar algo en su interior que la asustaba y fascinaba al mismo tiempo.

—¿Y cuál es su verdad, Lord Ashbourne? —preguntó ella, con un tono que intentaba ser casual, pero que no podía esconder del todo la vulnerabilidad que sentía—. Usted habla de verdades y cadenas, pero me pregunto qué es lo que realmente guarda en su interior.

Sebastian la observó en silencio durante unos instantes, como si estuviera considerando hasta qué punto podía permitirse ser honesto. Había tantas cosas que deseaba decirle, tantas verdades que llevaba ocultas y que lo habían seguido desde las Indias orientales, como sombras que no podía sacudirse. Pero también sabía que algunas verdades podían cambiarlo todo, y no estaba seguro de querer arrastrar a Isabella a la oscuridad que lo envolvía.

—Mi verdad es complicada, Isabella —dijo finalmente, su voz teñida de una suave melancolía—. Y no estoy seguro de que sea el momento adecuado para compartirla. Pero sí puedo decirte esto: nunca querría que tú llevaras una carga que no te corresponde. La verdad, a veces, es un peso que uno debe cargar solo.

El tono de sus palabras, la cercanía de su figura, todo contribuía a la atmósfera densa que los envolvía. Isabella se quedó en silencio, procesando lo que él había dicho y la forma en que sus palabras parecían dirigirse no solo a ella, sino también a sí mismo. Sin darse cuenta, ambos habían seguido caminando hasta quedar junto a un pequeño estanque rodeado de árboles, un rincón apartado donde la luz del sol se filtraba a través del follaje, proyectando sombras y destellos sobre el agua.

Sebastian, como movido por un impulso que no podía controlar, alzó la mano y rozó

ligeramente la de Isabella. Fue un gesto breve, apenas un contacto, pero lo suficiente para que Isabella sintiera un escalofrío recorrerle el cuerpo, un estremecimiento que combinaba deseo y sorpresa. La calidez de su piel contra la suya la hizo consciente de la cercanía física y emocional que estaban compartiendo, y aunque sus mentes se rebelaban contra el momento, sus cuerpos parecían tener sus propias intenciones.

—Perdóname —susurró Sebastian, retirando la mano con una expresión de conflicto en su rostro—. No quería... No debí...

Isabella lo miró, y por un instante, las palabras parecieron innecesarias. Podía ver en sus ojos la misma lucha que ella misma sentía, esa batalla interna entre lo que sabían que estaba bien y lo que sus corazones les pedían. Era un momento frágil, una línea que ambos sabían que no debían cruzar, pero que parecía cada vez más difícil de mantener.

—No tiene que disculparse, Sebastian —dijo ella, con una voz apenas audible—. A veces, no podemos evitar lo que sentimos, aunque nos lo imponamos.

Ambos se quedaron en silencio, las palabras colgando entre ellos como un juramento no declarado. Isabella sabía que lo que estaba ocurriendo entre ellos iba más allá de una simple atracción; era una conexión que desafiaba las normas y las expectativas, algo que ni el peso de la reputación ni los secretos de sus pasados podían detener.

Finalmente, se dieron la vuelta y comenzaron a caminar de regreso, sus manos manteniendo la distancia que sus corazones no podían respetar. Habían prometido mantenerse dentro de los límites de la decencia, pero los límites se volvían más borrosos con cada encuentro, y aunque ambos intentaban aferrarse a lo correcto, el deseo latente que los unía era un recordatorio constante de que las verdades no siempre se podían reprimir.

Y mientras el sol continuaba su descenso, Isabella y Sebastian se alejaron del estanque, conscientes de que, aunque la lucha no había terminado, cada día que pasaban juntos los acercaba más a un desenlace inevitable.

Capítulo 12

Sueños y Deseos Silenciados

La inquietud que Isabella Whitmore sentía se había convertido en una constante compañera desde su último encuentro con Sebastian Ashbourne. En las noches, su mente se llenaba de imágenes vívidas, sueños en los que se encontraba a solas con él, en lugares alejados de las restricciones sociales, donde las reglas y las miradas inquisidoras no tenían cabida. Soñaba con jardines secretos, con paseos bajo la luz de la luna y con caricias que nunca se atrevería a admitir en la realidad. En esos sueños, sus dedos rozaban los rizos oscuros de Sebastian, y sus labios se acercaban, tentadores, a los de él, pero siempre se despertaba antes de que el contacto se consumara, dejándola con una sensación de pérdida que la perseguía hasta el día siguiente.

Los días se volvían largos y tediosos para Isabella, incapaz de concentrarse en las tareas diarias o en las triviales conversaciones sociales que ahora le resultaban insoportablemente banales. Había algo más que quería, algo más que anhelaba, pero que sabía que no podía tener. Sus pensamientos giraban en torno a Sebastian, y aunque intentaba desviar su atención, cualquier detalle, cualquier palabra, la traía de vuelta a él, a esos ojos grises que la miraban con una intensidad que parecía penetrar sus defensas más cuidadosamente construidas.

Durante una de esas noches en las que el sueño se le negaba, Isabella se sentó junto a la ventana de su habitación, contemplando la luna llena que iluminaba los tejados de Londres con una luz plateada y fría. Se envolvió en su chal, tratando de calmar el torbellino de emociones que la invadía. Pensaba en cómo su vida había cambiado desde que Sebastian había irrumpido en ella, desafiando todo lo que creía saber sobre sí misma y sobre el mundo que la rodeaba.

Cada encuentro con él era como una batalla contra sus propios deseos, una lucha constante por mantener la compostura y no dejarse arrastrar por la atracción palpable que existía entre ambos. Sus sueños la traicionaban, revelando lo que su conciencia intentaba negar. Y aunque sabía que estaba mal, que su reputación ya era frágil y que cualquier escándalo adicional podría destruirla por completo, no podía evitar el deseo que ardía silenciosamente en su interior.

Mientras tanto, Sebastian no se encontraba mucho mejor. El caballero que había navegado los mares y enfrentado los peligros de las Indias orientales se veía, ahora, atrapado en una red de sentimientos que no había previsto. Isabella Whitmore era diferente de cualquier otra mujer que hubiera conocido; no se conformaba con sonreír y asentir, no buscaba

impresionarlo con falsos halagos ni pretendía ser alguien que no era. Había una valentía y una franqueza en ella que lo desarmaban, que lo hacían querer estar cerca y protegerla, aunque sabía que esa misma cercanía era un riesgo que no deberían tomar.

Sebastian recordaba cada una de sus conversaciones, las miradas furtivas y los silencios compartidos, como si fueran piezas de un rompecabezas que no lograba completar. Cada gesto de Isabella, cada palabra dicha con sinceridad, lo atraía más y más hacia un abismo que, aunque fascinante, sabía que podía arrastrarlos a ambos a un punto de no retorno. Sentía la lucha en ella, la misma que lo consumía a él, y aunque trataba de mantenerse al margen, se encontraba pensando en ella en los momentos más inesperados.

Una tarde, mientras revisaba los informes de sus negocios en las Indias orientales, Sebastian se sorprendió a sí mismo mirando por la ventana de su estudio, su mente divagando hacia la imagen de Isabella. La veía en su mente, tal como la había visto la última vez, sentada en aquel banco del parque, su figura envuelta en un halo de melancolía y fuerza. La claridad con la que recordaba cada detalle de su rostro, cada matiz de su voz, lo desconcertaba. Había cruzado medio mundo y conocido a personas de todo tipo, pero ninguna había logrado perturbar su mente como lo hacía ella.

Esa noche, Sebastian decidió dar un paseo por la ciudad, con la esperanza de despejar sus pensamientos. Caminó sin rumbo fijo, sus pasos resonando sobre las calles empedradas, mientras la brisa fresca de la noche lo envolvía. Pero, en lugar de calmarse, se encontró más inquieto que nunca. Había algo en la cercanía de Isabella que lo empujaba a querer más, a descubrir todas las capas de la mujer que se escondía tras esa fachada de serenidad y dolor.

Sebastian se detuvo en un pequeño puente que cruzaba el río, contemplando el reflejo de la luna sobre el agua. Sabía que estaba jugando un juego peligroso, que la atracción que sentía por Isabella no podía acabar en nada bueno, pero la idea de alejarse de ella le parecía insostenible. Había una conexión entre ambos que no podía ignorar, una conexión que no se basaba solo en la atracción física, sino en algo más profundo, algo que los unía a pesar de las diferencias y los secretos.

De vuelta en su mansión, Sebastian se reclinó en su sillón favorito, tratando de concentrarse en cualquier cosa que no fuera Isabella. Tomó un libro, uno de sus favoritos, pero los versos le parecieron vacíos, carentes de la emoción que ella le provocaba. Era como si nada, salvo la presencia de Isabella, pudiera satisfacer ese anhelo que lo carcomía. Había conocido muchas mujeres, había vivido aventuras que pocos hombres podían imaginar, pero todo eso se desvanecía frente a la verdad simple y aterradora de lo que sentía por ella.

Esa misma noche, Isabella se encontraba en su habitación, intentando encontrar refugio en la lectura, pero su mente no dejaba de divagar hacia Sebastian. Las palabras impresas se volvieron borrosas, y en su lugar, apareció la imagen de él, su sonrisa suave y sus ojos que

parecían ver más allá de su fachada cuidadosamente construida. Cerró el libro de golpe, frustrada consigo misma, y se llevó una mano al pecho, como si intentara contener el latido desbocado de su corazón.

—No puedo seguir así —se susurró a sí misma, consciente de la batalla interna que libraba.

Sebastian, en su estudio, dejó caer el libro que había intentado leer y se llevó una mano a la frente, su mente aún absorta en los recuerdos de Isabella. Sabía que tenía que ser fuerte, que debía mantener la distancia y no permitir que el deseo tomara el control, pero cada vez que pensaba en ella, en sus ojos llenos de lucha y dignidad, se sentía más perdido que nunca.

Para ambos, la noche se convirtió en un enemigo silencioso, un recordatorio constante de lo que no podían tener. Isabella y Sebastian, aunque separados, compartían el mismo anhelo, el mismo deseo prohibido que los mantenía despiertos y atormentados. Y aunque ninguno de los dos estaba dispuesto a admitirlo del todo, sabían que estaban caminando por un sendero del que ya no había vuelta atrás.

Mientras la ciudad de Londres dormía bajo la luz de la luna, dos almas inquietas permanecían despiertas, unidas por sueños y pensamientos que no se atrevían a decir en voz alta. Era un juego de voluntades, de atracción y resistencia, y aunque ambos luchaban por mantener la compostura, sabían que el momento en que uno de los dos cediera, no habría nada que pudiera detener lo inevitable.

CAPÍTULO 13

La Tentación de lo Prohibido

La biblioteca de Lord Ashbourne era un refugio de calma y saberes, un lugar apartado del bullicio de Londres donde los ecos del pasado y los secretos de tierras lejanas quedaban atrapados en las páginas de libros antiguos. La estancia, iluminada solo por la suave luz del sol que se filtraba a través de las altas ventanas, estaba repleta de estanterías de madera oscura que se alzaban hasta el techo, repletas de volúmenes encuadernados en cuero que contaban historias de exploraciones, batallas y descubrimientos. Era un espacio íntimo, que reflejaba el carácter reservado y misterioso de su dueño, y que, en ese momento, parecía hecho para guardar los pensamientos no dichos y los deseos silenciados de quienes lo habitaban.

Isabella Whitmore se encontraba en medio de aquel paraíso de conocimiento, su mirada recorriendo con avidez los títulos exóticos que parecían prometer mundos lejanos. Estaba fascinada, no solo por los libros, sino también por el hecho de encontrarse allí, sola con Sebastian, en un lugar tan privado, un espacio que pocos habían tenido el privilegio de visitar. Sentía el corazón palpar con fuerza en su pecho, consciente de que su presencia en esa biblioteca era más que un simple acto de cortesía; era una rendija abierta a la intimidad de Sebastian, una puerta a las partes de su vida que él mantenía cuidadosamente escondidas.

Sebastian, quien estaba de pie junto a un escritorio situado en el centro de la sala, observaba a Isabella con una mezcla de admiración y cautela. Había invitado a Isabella con el pretexto de mostrarle algunos documentos de las Indias orientales, registros que narraban los negocios que había conducido en esos rincones del mundo, pero en realidad, la motivación era mucho más personal. Quería compartir con ella algo de sí mismo, algo que no solía mostrar a nadie, como si de alguna manera, al revelarles esos fragmentos de su pasado, pudiera acercarla un poco más a su realidad.

—Aquí tienes, Isabella —dijo Sebastian, extendiendo un pergamino antiguo que mostraba un mapa de las rutas comerciales que él había recorrido. Sus dedos rozaron los de ella cuando le entregó el documento, un contacto breve pero cargado de una electricidad que ambos fingieron no sentir—. Estos son algunos de los registros de mis viajes. Como puedes ver, no siempre fueron fáciles, pero cada línea y cada anotación cuentan una parte de la historia que me trajo de vuelta a Inglaterra.

Isabella tomó el pergamino con cuidado, tratando de concentrarse en los intrincados detalles del mapa, pero la cercanía de Sebastian la distraía de una manera que la hacía sentirse vulnerable. Podía percibir el calor de su cuerpo junto al suyo, y el aroma a especias y madera

que lo rodeaba la envolvía en una atmósfera que parecía pertenecer a otro tiempo, a otro lugar, lejos de las restricciones de Londres.

—Es increíble imaginar todo lo que has vivido, Lord Ashbourne —murmuró Isabella, sus ojos fijos en el mapa pero sus pensamientos muy lejos de los trazos de tinta—. Debes tener mil historias que contar, y sin embargo, pareces guardar todas las más interesantes para ti.

Sebastian sonrió, un gesto que mostraba tanto satisfacción como una cierta melancolía. Había en Isabella una curiosidad que lo desarmaba, un interés genuino que iba más allá de la fortuna o el prestigio que su nombre traía consigo. Ella lo veía como era, un hombre con un pasado complicado y secretos que pesaban, y a pesar de todo, no lo juzgaba.

—Hay cosas que es mejor mantener en silencio, Isabella —dijo él suavemente, su voz resonando con un eco que llenaba la estancia—. No porque sean vergonzosas, sino porque algunas historias, cuando se cuentan, pierden parte de lo que las hace especiales.

Isabella levantó la vista, y por un momento, sus ojos se encontraron con los de Sebastian, creando una conexión que parecía atravesar todas las barreras que ambos se habían impuesto. La proximidad entre ellos, la intimidad de la biblioteca y la tensión que se había acumulado durante tantos encuentros no resueltos creaban una atmósfera cargada de deseo. Los latidos de su corazón se aceleraron, y aunque trató de apartar la mirada, no pudo evitar sentirse atraída hacia él como una polilla hacia la llama.

Sebastian dio un paso más cerca, como si las palabras que quería decirle estuvieran atrapadas en el aire que los separaba. La observó detenidamente, viendo no solo a la joven de la sociedad que todos conocían, sino también a la mujer valiente y franca que se atrevía a desafiar lo que se esperaba de ella. Sus dedos rozaron nuevamente los de Isabella, y esta vez, el toque fue más prolongado, un gesto que no necesitaba palabras para expresar lo que ambos estaban sintiendo.

—Isabella... —susurró, su voz teñida de una mezcla de deseo y autocontrol—. No sabes cuánto admiro tu valentía, tu franqueza. En un mundo donde todos se esconden tras máscaras, tú eres una rara excepción.

Isabella sintió un escalofrío recorrerle la piel, y en ese instante, se dio cuenta de lo cerca que estaban de cruzar una línea peligrosa. Sebastian estaba tan cerca que podía sentir su aliento, y la tentación de acercarse un poco más, de borrar la distancia que los separaba, era casi insoportable. No era solo la atracción física lo que la movía; era la conexión profunda y silenciosa que habían ido construyendo en cada mirada, en cada conversación no terminada.

—No deberíamos... —murmuró Isabella, su voz temblorosa y cargada de la lucha interna que libraba—. No es correcto...

Pero incluso mientras lo decía, sus ojos no se apartaban de los de Sebastian, y ambos sabían que lo que compartían iba más allá de lo correcto o lo permitido. Era algo más

profundo, más intenso, una verdad que, aunque no pudiera decirse en voz alta, estaba escrita en cada gesto, en cada susurro contenido.

Sebastian se inclinó hacia ella, y por un momento que pareció eterno, sus rostros quedaron a solo un suspiro de distancia. Isabella sintió que el mundo se detenía, que todos los libros y documentos de la biblioteca se desvanecían, dejándolos a ellos dos solos, atrapados en un momento de tensión incontrolable. Podía sentir el calor de su piel, la proximidad de sus labios, y aunque todo en su mente le decía que debía apartarse, su cuerpo se negaba a obedecer.

Finalmente, Sebastian se detuvo, retrocediendo apenas lo suficiente para romper el contacto sin romper la conexión. Había una tormenta en sus ojos grises, una lucha visible entre el deseo y la razón, y aunque ambos sabían que habían estado a punto de cruzar una frontera, también entendían que no podían permitirse seguir adelante.

—No te preocupes, Isabella —dijo Sebastian, con una sonrisa triste pero sincera—. Prometí que respetaríamos los límites, y lo cumpliré. Pero no pienses ni por un momento que no te deseo más de lo que debería.

Isabella lo miró, sintiendo una mezcla de alivio y desazón. Sabía que lo correcto era mantener las distancias, pero en lo más profundo de su ser, no podía negar lo que realmente anhelaba. Se apartó con un leve asentimiento, su corazón aun latiendo con fuerza, y mientras abandonaba la biblioteca, una parte de ella sabía que, aunque el beso no se había consumado, el deseo seguía tan vivo como siempre.

CAPÍTULO 14

Un Baile Inolvidable

La gran sala de baile de la mansión Fairmont estaba resplandeciente, iluminada por candelabros dorados que proyectaban su luz sobre los muros decorados con frescos y elegantes cortinajes de terciopelo rojo. Las notas de un vals flotaban en el aire, interpretadas por una orquesta magistral que marcaba el ritmo para las parejas que se movían con gracia sobre el brillante suelo de mármol. Los colores de los vestidos de las damas y los uniformes oscuros de los caballeros se entremezclaban, creando un espectáculo visual que fascinaba a los presentes.

Isabella Whitmore se encontraba en un rincón del salón, observando cómo la sociedad londinense se entregaba al placer del baile y la conversación. Vestía un vestido de seda azul celeste, adornado con delicados bordados de hilo de plata que brillaban a la luz de las velas. Su cabello, recogido en un elegante moño con algunos rizos sueltos que enmarcaban su rostro, la hacía lucir más radiante que nunca, aunque su expresión delataba una mezcla de nerviosismo y expectación.

Desde su posición, podía ver a Sebastian Ashbourne, quien estaba conversando con un grupo de caballeros en el extremo opuesto de la sala. Vestido con un elegante traje negro y una levita a juego, Sebastian destacaba entre la multitud, no solo por su imponente presencia, sino también por la manera en que sus ojos grises seguían invariablemente la figura de Isabella. Era imposible ignorar la conexión palpable que existía entre ellos, una conexión que había crecido con cada encuentro, cada conversación robada y cada momento compartido en la intimidad de la biblioteca.

Los susurros en la pista de baile no se hicieron esperar. Las damas cuchicheaban detrás de sus abanicos, mientras los caballeros intercambiaban miradas curiosas. Desde que Sebastian había regresado de las Indias orientales, se había convertido en uno de los solteros más codiciados de la temporada, y ver cómo sus ojos seguían insistentemente a Isabella, la joven cuyo escándalo aún era recordado en ciertos círculos, no pasaba desapercibido.

Isabella intentó concentrarse en la conversación insípida de las damas que la rodeaban, pero no pudo evitar que su atención se desviara hacia Sebastian. Sus miradas se encontraron brevemente a través del salón, y en ese instante, Isabella sintió un latido de reconocimiento que la atravesó de pies a cabeza. Había algo electrizante en la manera en que él la miraba, algo que la hacía sentir viva y al mismo tiempo aterrada.

Finalmente, como si una fuerza invisible lo empujara, Sebastian se apartó de su grupo de

amigos y cruzó el salón con pasos decididos. Cada movimiento suyo irradiaba seguridad y determinación, y aunque intentaba mantener un aire de formalidad, sus ojos no ocultaban la intensidad de sus emociones. Se detuvo frente a Isabella y, con una leve inclinación, extendió su mano hacia ella.

—Señorita Whitmore, ¿me concede este baile? —dijo Sebastian, su voz suave pero firme, cargada de una mezcla de desafío y cortesía que hizo que todos los presentes contuvieran el aliento.

Isabella lo miró, consciente de las miradas que se clavaban en ellos, de los rumores que seguramente comenzarían a circular. Pero en ese momento, nada de eso importaba. Lo único que sentía era la mano extendida de Sebastian y la promesa implícita en sus palabras. Con un leve asentimiento, colocó su mano sobre la suya, y la conexión que sintió en ese breve contacto fue como una chispa que encendió algo dentro de ella.

La orquesta comenzó a tocar un vals suave y melodioso mientras Sebastian guiaba a Isabella hacia el centro de la pista. Los primeros acordes resonaron en el salón, y ambos se movieron al compás de la música, sus cuerpos sincronizados en una danza que parecía orquestada por un entendimiento tácito. Sebastian la sostenía con firmeza pero con una delicadeza que la hizo sentir segura, y mientras giraban entre las otras parejas, Isabella sintió que el mundo se reducía a ese momento compartido.

La tensión entre ellos era casi insoportable. Los roces accidentales de sus manos, la proximidad de sus cuerpos y la intensidad de sus miradas hacían que cada giro y cada paso estuvieran cargados de un significado que iba más allá de la mera cortesía. Isabella podía sentir el calor de la mano de Sebastian en su cintura, y cada vez que sus ojos se encontraban, era como si todas las promesas y advertencias que se habían hecho se desvanecieran en el aire.

—¿Por qué nos hacemos esto? —susurró Isabella mientras giraban, su voz apenas audible sobre la música, pero lo suficientemente clara para que Sebastian la escuchara.

Sebastian la observó, su mirada fija en la de ella, y por un momento pareció dudar, como si estuviera luchando con las palabras que quería decir. Podía sentir la lucha interna de Isabella, una lucha que él mismo compartía, y sabía que lo que sentían era algo más que una atracción pasajera.

—Porque no podemos evitarlo —respondió él finalmente, su voz baja y cargada de una honestidad que lo sorprendió incluso a él mismo—. Nos prometimos mantener la distancia, Isabella, pero algunas promesas son más difíciles de cumplir que otras.

Isabella sintió un escalofrío recorrerle la espalda al escuchar esas palabras. Sabía que Sebastian tenía razón; cada vez que estaban cerca, la atracción que sentía por él se volvía más fuerte, más difícil de ignorar. Habían intentado mantenerse dentro de los límites de la

decencia, pero era evidente que esos límites se volvían más borrosos con cada momento que compartían.

Mientras el vals continuaba, Isabella y Sebastian se perdieron en la danza, moviéndose como si el resto del mundo no existiera. Los roces de sus manos, los susurros furtivos y la cercanía de sus cuerpos creaban una atmósfera de tensión y deseo que ninguno de los dos podía contener del todo. A medida que la música los envolvía, Isabella se dio cuenta de que, por mucho que intentara resistirse, sus sentimientos por Sebastian eran más fuertes que cualquier promesa que se hubiera hecho a sí misma.

Finalmente, la música llegó a su fin, y ambos se detuvieron, respirando con dificultad, como si hubieran corrido una maratón en lugar de haber bailado un vals. Isabella se apartó ligeramente, consciente de las miradas que los seguían, pero no pudo evitar que sus dedos permanecieran entrelazados con los de Sebastian durante un segundo más de lo necesario.

—Gracias por el baile, Lord Ashbourne —dijo Isabella, intentando recuperar la compostura mientras soltaba su mano con relucencia.

Sebastian inclinó la cabeza, pero en su mirada había algo más que simple cortesía. Era como si aquel baile hubiera sido más que un simple intercambio de pasos, como si ambos hubieran compartido un momento de verdad que iba más allá de lo que estaban dispuestos a admitir.

—El placer ha sido mío, señorita Whitmore —respondió él, su voz tan baja que solo ella pudo escucharlo—. Aunque debo advertirle que no será fácil olvidarlo.

Isabella se quedó en silencio, asintiendo ligeramente mientras sentía el peso de sus palabras. Sabía que Sebastian tenía razón; lo que había ocurrido en esa pista de baile no era algo que pudiera borrarse con facilidad. Habían prometido mantener la distancia, pero la tensión que los unía era más fuerte que cualquier acuerdo tácito, y aunque ambos sabían que lo correcto sería alejarse, cada día que pasaban juntos los acercaba más a lo inevitable.

Con una última mirada, Isabella se despidió de Sebastian y se alejó entre la multitud, su corazón aun latiendo desbocado por la intensidad del baile. Sabía que lo que sentía por él estaba fuera de los límites de lo permitido, pero no podía evitar desear más, no podía evitar soñar con un futuro en el que esos momentos robados pudieran convertirse en algo real.

Mientras la orquesta comenzaba una nueva melodía, Isabella y Sebastian se quedaron cada uno en su lado del salón, separados por la distancia física, pero unidos por una atracción que ninguna promesa ni ninguna norma social podría romper del todo.

CAPÍTULO 15

Revelaciones y Resoluciones

Sebastian Ashbourne se encontraba en su estudio, la luz de la mañana filtrándose a través de los ventanales altos y reflejándose en los mapas y documentos extendidos sobre su escritorio. La investigación que había comenzado de manera casual, casi por curiosidad, se había convertido en algo mucho más personal desde el momento en que Isabella Whitmore había entrado en su vida. Sebastian sabía que no debía involucrarse tanto, que la distancia era la opción sensata, pero cada día que pasaba lo convencía más de que no podía permitir que el pasado de Isabella continuara acechándola.

La figura de Sir Charles Standish había emergido una y otra vez en su búsqueda de información. Las conexiones y redes de contactos de Sebastian le habían proporcionado un acceso a los entresijos del pasado de Sir Charles que pocos conocían. Descubrir la verdadera naturaleza de las acciones del antiguo prometido de Isabella no solo lo indignó, sino que también despertó en él un sentido de protección que no había experimentado en mucho tiempo.

Sebastian pasó las páginas de un informe que había recibido esa mañana, sus ojos recorriendo las líneas con creciente desaprobación. Los detalles eran claros: Sir Charles Standish no solo había difamado a Isabella tras el final de su compromiso, sino que había manipulado la situación para protegerse a sí mismo y a su reputación, mientras dejaba a Isabella como la villana de una historia que él mismo había orquestado. Había rumores de deudas de juego, malas inversiones y un comportamiento inapropiado con otras jóvenes de la alta sociedad, todos problemas que Sir Charles había intentado encubrir usando a Isabella como chivo expiatorio.

Sebastian apretó los puños, sintiendo la ira arremolinarse en su interior. Con cada nueva revelación, se hacía más evidente que Charles había sido el verdadero traidor, y la forma en que había abandonado a Isabella, dejando que las habladurías la destrozaran, solo confirmaba el carácter ruin del hombre. Isabella no merecía lo que había sufrido, y Sebastian estaba decidido a hacer todo lo que estuviera en su poder para protegerla de futuras humillaciones.

Ese mismo día, mientras los rayos del sol comenzaban a descender hacia el horizonte, Sebastian decidió dar un paseo por los jardines de su propiedad, con la esperanza de calmar la tormenta de emociones que lo asolaban. El aire fresco y el aroma de las flores en plena floración lo ayudaron a reflexionar sobre los siguientes pasos a seguir. No podía simplemente enfrentar a Charles sin provocar un escándalo mayor; tenía que ser inteligente, encontrar una

manera de exponer la verdad sin arrastrar a Isabella a una nueva ola de rumores.

Mientras recorría los senderos cubiertos de grava, sus pensamientos volvían una y otra vez a la noche del baile, a la sensación de tener a Isabella entre sus brazos y a la promesa no dicha de que estaría allí para ella. Cada día que pasaba junto a ella, sus sentimientos se intensificaban, y la necesidad de protegerla se entrelazaba con un deseo profundo de que ella pudiera finalmente encontrar la paz que tanto merecía.

Más tarde, esa misma tarde, Sebastian decidió visitar a uno de sus contactos, un hombre de negocios discreto que había tratado con Charles en varias ocasiones. En una taberna apartada, alejada del bullicio de la alta sociedad, Sebastian se sentó frente a su informante, un hombre de aspecto ordinario pero con una capacidad asombrosa para descubrir los secretos de los demás. Tras un par de tragos y algunas conversaciones evasivas, Sebastian logró que su contacto soltara la lengua.

—No es de sorprender que te interese Charles Standish —dijo el hombre, su voz baja y cautelosa—. Siempre ha tenido un don para meterse en problemas y arrastrar a otros con él. Pero lo que hizo con la señorita Whitmore... eso fue algo más que un simple escándalo de sociedad.

Sebastian asintió, animándolo a continuar. Sabía que había más en la historia, y necesitaba cada detalle para tomar una decisión sobre cómo proceder.

—Charles estaba hundido en deudas y malas compañías —continuó el hombre—. Apostaba y perdía grandes sumas, y la familia de la señorita Whitmore era una salida fácil para él. Cuando ella lo descubrió, y él sintió que su fortuna se evaporaba, no dudó en dejarla en la estacada y culparla de todo. Los rumores que él mismo difundió fueron su única forma de salvar su propio pellejo.

Las palabras golpearon a Sebastian con la fuerza de un golpe físico. Sabía que Charles era despreciable, pero escuchar la magnitud de su traición confirmaba que no solo había sido cruel, sino calculador y egoísta. La historia que se había contado a la alta sociedad era una mentira fabricada, y Sebastian no podía permitir que Isabella siguiera sufriendo las consecuencias de un engaño tan vil.

De vuelta en su mansión, Sebastian se sentó frente al escritorio, sus pensamientos girando en torno a cómo proteger a Isabella de nuevas humillaciones. No podía actuar precipitadamente, pero tampoco podía quedarse de brazos cruzados. Sabía que exponer a Charles públicamente era una opción peligrosa, una que podría traer más dolor a Isabella si no se manejaba con cuidado.

Sebastian se levantó y caminó hacia la ventana, mirando el cielo teñido de tonos naranjas y rosas por el atardecer. Pensó en Isabella, en su franqueza, su valentía y en cómo, a pesar de todo, seguía enfrentándose a la sociedad con la cabeza en alto. Había algo en ella que lo

conmovía profundamente, algo que lo impulsaba a querer protegerla, no solo de Charles, sino de todos los juicios injustos que la rodeaban.

Finalmente, decidió que la mejor forma de actuar era sutilmente. Empezaría a acercarse a los contactos adecuados, a plantar pequeñas semillas de duda sobre la integridad de Charles, a mover los hilos sin que nadie se diera cuenta de su intervención. No necesitaba una confrontación pública, solo debía asegurarse de que la verdad comenzara a salir a la luz, lo suficiente como para que Isabella pudiera liberarse del peso de su pasado.

Esa noche, mientras la luna llena se elevaba en el cielo, Sebastian tomó una decisión irrevocable: protegería a Isabella a toda costa. No solo porque sentía que era lo correcto, sino porque sus sentimientos por ella se habían convertido en algo más que mera atracción. Era una conexión que no podía ignorar, una responsabilidad que aceptaba con gusto.

Al día siguiente, Sebastian envió un mensaje a Isabella, invitándola a una reunión en un lugar discreto, lejos de las miradas indiscretas. Sabía que debía contarle parte de lo que había descubierto, no para preocuparla, sino para que supiera que no estaba sola en su lucha. Era hora de que Isabella conociera la verdadera magnitud de la traición que había sufrido y que comprendiera que, sin importar lo que ocurriera, Sebastian estaría allí para apoyarla.

Y mientras el carruaje de Isabella se aproximaba a su destino, ambos sabían, en lo más profundo de sus corazones, que lo que compartían estaba lejos de ser una simple coincidencia. Era una unión forjada por la verdad y el deseo de protegerse mutuamente, un lazo que, aunque naciera de circunstancias difíciles, tenía el poder de transformarlos a ambos de maneras que ninguno de los dos había previsto.

CAPÍTULO 16

Confesiones en la Penumbra

El carruaje de Isabella se detuvo frente a un discreto café en una tranquila calle de Londres, lejos del bullicio de los salones y del escrutinio de la alta sociedad. La tarde estaba nublada, y una suave llovizna comenzaba a caer, salpicando los adoquines y creando un sonido rítmico que acompañaba los pensamientos inquietos de Isabella. Había recibido la invitación de Sebastian esa misma mañana, y aunque su mente le decía que debía rechazar cualquier encuentro privado con él, su corazón se había negado a obedecer.

Cuando Isabella entró en el café, fue recibida por un ambiente cálido y acogedor. La chimenea crepitaba suavemente en una esquina, y las mesas de madera oscura estaban ocupadas por unos pocos clientes que parecían absortos en sus propias conversaciones. Sebastian la esperaba en un reservado, su figura alta y elegante destacando incluso en ese entorno informal. Vestía un traje oscuro y sobrio, pero su expresión era mucho menos formal que de costumbre, mostrando una mezcla de ansiedad y ternura que Isabella no había visto antes.

—Gracias por venir —dijo Sebastian, levantándose al verla y ofreciéndole una sonrisa que no logró ocultar del todo su nerviosismo—. Sabía que este no es el lugar más convencional, pero quería hablar contigo lejos de las miradas indiscretas.

Isabella se sentó frente a él, sus manos jugueteando con los guantes que acababa de quitarse, mientras intentaba ocultar su propia agitación. Había algo en el tono de la voz de Sebastian, una sinceridad que no había sentido tan claramente en ninguno de sus encuentros anteriores. Desde el primer momento en que lo había visto, había intuido que Sebastian llevaba consigo más de lo que mostraba, pero no esperaba que ese día, en ese café apartado, compartirían verdades que ambos habían mantenido ocultas durante demasiado tiempo.

—No es fácil para mí estar aquí —comenzó Isabella, rompiendo el silencio con una voz que delataba la lucha interna que libraba—. Sé que no debería aceptar tus invitaciones, y sé que la gente no lo vería con buenos ojos... pero hay algo en ti, Sebastian, que me hace querer bajar la guardia, aunque solo sea por un momento.

Sebastian la miró con una mezcla de admiración y tristeza. Sabía que Isabella no hablaba de manera ligera; cada palabra que pronunciaba venía acompañada de las cicatrices de su pasado y de las reservas que aún mantenía. Se inclinó un poco hacia adelante, apoyando sus codos en la mesa y manteniendo sus ojos fijos en los de ella, como si cada palabra que fuera a decir fuese un puente frágil que no debía romperse.

—Isabella, sé más de lo que imaginas sobre tu pasado —dijo él con cuidado, su voz baja y medida—. He investigado a Sir Charles, y he descubierto cosas que no puedo ignorar. Lo que él hizo... no tiene justificación. No mereces cargar con esa culpa, ni dejar que sus mentiras sigan arruinando tu vida.

Isabella sintió un nudo en la garganta al escuchar esas palabras. Había sido un largo y doloroso camino desde la traición de Charles, y aunque había intentado seguir adelante, las marcas de ese engaño aún estaban presentes en su vida cotidiana. Desvió la mirada, incómoda ante la sinceridad de Sebastian y el hecho de que alguien más conociera los detalles de su humillación.

—Charles me prometió el cielo —confesó Isabella, susurrando como si temiera que el peso de sus recuerdos pudiera hacerla tambalear—. Prometió amor eterno, una vida juntos, y yo, siendo joven e ingenua, creí cada palabra. Cuando me entregué a él, lo hice con la certeza de que seríamos marido y mujer, de que nada podría separarnos... pero pronto descubrí que solo era una promesa vacía.

Isabella hizo una pausa, sus ojos avellana nublados por el dolor de los recuerdos. Sebastian la escuchó en silencio, sin interrumpirla, permitiéndole desahogarse sin juicios ni reproches. Ella continuó, su voz temblorosa pero firme, decidida a no permitir que su historia la definiera más.

—Cuando sus problemas financieros se volvieron insostenibles, Charles me dejó sin dudar —dijo Isabella, apretando los puños sobre la mesa—. Y para salvar su reputación, me pintó como una joven impura, como alguien que no merecía el respeto de la sociedad. Lo que más me duele no es solo la traición, sino el hecho de que nadie cuestionó su versión, y yo quedé marcada como la culpable.

Sebastian sintió una furia contenida arremolinarse en su interior, una indignación no solo por lo que Charles le había hecho a Isabella, sino por la facilidad con la que la sociedad había aceptado las mentiras sin cuestionarlas. Sabía lo difícil que debía ser para ella contarle aquello, abrirse de esa manera, y se sintió más decidido que nunca a protegerla.

—Lamento profundamente lo que has pasado, Isabella —dijo Sebastian, su voz cargada de empatía y afecto—. No puedo cambiar lo que ocurrió, pero te prometo que no dejaré que te sigan hiriendo. Charles es un hombre despreciable, y aunque no puedo borrar lo que hizo, haré todo lo posible para que su verdad salga a la luz.

Isabella lo miró, sintiendo una mezcla de alivio y temor. Había compartido su historia con muy pocas personas, y saber que Sebastian no solo la escuchaba, sino que también estaba dispuesto a luchar por ella, la llenaba de una esperanza que no había sentido en mucho tiempo.

—¿Y tú, Sebastian? —preguntó finalmente, sus ojos fijos en los de él, buscando respuestas

que no se atrevía a formular del todo—. Todos sabemos algo de tu fortuna en las Indias orientales, pero hay un misterio que te rodea. No tienes que contármelo, pero quiero que sepas que no importa lo que hayas hecho. Yo... te veré siempre como el hombre que está frente a mí ahora.

Sebastian suspiró, consciente de que la confianza que Isabella le ofrecía era un regalo que no debía tomar a la ligera. Había cosas de su pasado que aún no estaba listo para revelar, secretos oscuros que no quería cargar sobre los hombros de Isabella, pero sentía que debía darle al menos una parte de la verdad.

—Mis negocios en las Indias orientales fueron mucho más complicados de lo que la gente piensa —admitió Sebastian, su mirada volviéndose distante mientras recordaba los años en tierras lejanas—. Hice fortuna, sí, pero no todo fue limpio. Hubo acuerdos turbios, decisiones que tomé en momentos de desesperación y que, aunque no me enorgullecen, me enseñaron a sobrevivir en un mundo donde no siempre puedes elegir entre el bien y el mal.

Isabella sintió una mezcla de sorpresa y comprensión. No esperaba que Sebastian fuera perfecto, ni quería que lo fuera. Lo que le importaba era la persona en la que se había convertido, el hombre que, a pesar de su pasado, estaba allí, frente a ella, dispuesto a protegerla.

—Todos llevamos cicatrices, Sebastian —dijo ella suavemente, extendiendo su mano y rozando ligeramente la de él—. Pero eso no define quiénes somos, ni quiénes podemos llegar a ser.

Sebastian miró la mano de Isabella sobre la suya, sintiendo una calidez que se extendía más allá del simple contacto físico. Era una promesa tácita, un entendimiento profundo de que, a pesar de sus pasados complicados, habían encontrado en el otro un refugio, una posibilidad de redención que ninguno de los dos se había atrevido a buscar antes.

Y mientras la lluvia seguía cayendo suavemente sobre las ventanas del café, Isabella y Sebastian comprendieron que, aunque no podían borrar lo que habían vivido, juntos podían enfrentar lo que viniera. En ese momento, más allá de las palabras, más allá de las confesiones, sintieron que habían encontrado algo más que una simple compañía: habían encontrado una razón para seguir luchando.

CAPÍTULO 17

La Resistencia Desmoronada

Los días que siguieron a la conversación en el café estuvieron marcados por una agitación constante en el ánimo de Isabella Whitmore. Cada palabra compartida con Sebastian resonaba en su mente como un eco persistente, y aunque sabía que lo correcto era mantener la distancia, no podía evitar sentirse atraída por la sinceridad y la intensidad que él le había mostrado. Sin embargo, el peso de su pasado y las miradas siempre juzgadoras de la alta sociedad londinense la empujaban a tomar una decisión difícil: debía evitar a Sebastian a toda costa.

La tarea, sin embargo, resultó ser mucho más complicada de lo que había anticipado. A pesar de sus esfuerzos por rehuir los eventos en los que él pudiera estar presente, parecía que el destino se empeñaba en cruzar sus caminos. Isabella se convirtió en una experta en evadir su mirada en los salones de baile y en mantenerse en las esquinas más alejadas de los jardines, con la esperanza de que la distancia mitigara la tormenta de emociones que él provocaba en su interior.

Pero Sebastian Ashbourne no era un hombre que se rindiera fácilmente. Con cada encuentro fortuito, con cada breve conversación en los pasillos de las reuniones sociales, su determinación de proteger a Isabella y de no permitir que su conexión se desvaneciera crecía más fuerte. Había en su actitud una mezcla de desafío y ternura, un deseo silencioso de estar cerca de ella, aunque solo fuera para compartir unos pocos momentos robados.

Una tarde, mientras Isabella paseaba por el mercado de Covent Garden acompañada de su madre, Sebastian apareció inesperadamente entre los puestos de flores. Lucía tan fuera de lugar en ese ambiente como un lobo entre corderos, su figura alta y oscura contrastando con los colores vibrantes de los ramos que se ofrecían a los transeúntes. Cuando sus ojos grises se encontraron con los de Isabella, ella sintió un sobresalto en el pecho.

—Señorita Whitmore, qué sorpresa encontrarla aquí —dijo Sebastian con una inclinación de cabeza, su voz impregnada de un tono que mezclaba cortesía y una pizca de malicia—. Covent Garden no suele ser el lugar donde esperaba ver a una dama de su elegancia.

Isabella se esforzó por mantener la compostura, a pesar del repentino nerviosismo que le provocaba la cercanía de Sebastian. Sabía que su madre, Lady Penelope, estaba lo suficientemente cerca como para escuchar cada palabra, y la última cosa que deseaba era que su familia comenzara a sospechar de la creciente frecuencia de sus encuentros con Sebastian.

—Lord Ashbourne —respondió Isabella, forzando una sonrisa mientras sentía que sus

nervios se tensaban—. Este lugar siempre ha tenido un encanto especial, a pesar de su bullicio. Las flores, los artistas... todo tiene un aire de vida que a veces echo de menos en los salones de baile.

Sebastian la miró con esa intensidad que tanto la desestabilizaba, como si pudiera ver más allá de las palabras y directamente en su alma. Había algo en su presencia que la hacía sentirse vulnerable y segura al mismo tiempo, y cada vez que intentaba alejarse, él parecía dar un paso más cerca.

—Es cierto, hay una frescura aquí que no se encuentra en las reuniones formales —dijo él, sus palabras cargadas de un significado más profundo—. Pero creo que lo que más me atrae es la posibilidad de encontrarme con personas inesperadas.

Isabella sintió un leve rubor en sus mejillas, y aunque trató de mantenerse firme, la suave sonrisa que Sebastian le dirigió hizo que su determinación flaqueara. Se dio cuenta, en ese momento, de que sus esfuerzos por evitarlo no solo eran inútiles, sino también dolorosos. No era solo la atracción física lo que la inquietaba; era la conexión que sentía con él, una conexión que parecía desafiar todas las convenciones y barreras que la sociedad intentaba imponerles.

Esa noche, de vuelta en su casa, Isabella se sentó junto a la ventana de su habitación, mirando las luces de la ciudad parpadear en la distancia. Sentía una mezcla de frustración y deseo, consciente de que por mucho que intentara mantener la distancia, algo la empujaba invariablemente hacia Sebastian. Las palabras de su madre resonaban en su mente, advirtiéndole sobre los peligros de involucrarse con un hombre tan enigmático y marcado por rumores, pero sus sentimientos se negaban a obedecer.

Los días siguientes no fueron diferentes. En un evento benéfico organizado por una amiga de la familia, Isabella intentó mantenerse ocupada conversando con las demás damas, pero su atención siempre volvía a buscar a Sebastian entre la multitud. No sabía si él la seguía intencionalmente o si simplemente el destino jugaba con ellos, pero lo cierto era que, sin importar cuántos pasos diera en dirección contraria, él siempre estaba allí, a una distancia prudente, observándola con una mezcla de interés y afecto que hacía que su corazón latiera desbocado.

Finalmente, una tarde en los jardines de una mansión al norte de la ciudad, Sebastian encontró la oportunidad de acercarse a Isabella sin la presencia de miradas curiosas. Ella estaba de pie junto a un rosal, contemplando las flores con una expresión perdida, como si sus pensamientos estuvieran a millas de distancia. Sebastian se acercó lentamente, cuidando de no sobresaltarla, pero sin perder la oportunidad de estar cerca.

—Isabella —susurró él, su voz suave como la brisa que acariciaba las hojas—. ¿Por qué insistes en evitarme?

Isabella se giró hacia él, sorprendida, y por un instante no supo qué responder. La

sinceridad en los ojos de Sebastian, su genuino interés, la desarmaban por completo. Había intentado convencerse de que alejarse era lo correcto, que mantener la distancia protegería a ambos de un escándalo mayor, pero ahora, frente a él, todas esas razones se desvanecían como niebla.

—No es fácil estar cerca de ti, Sebastian —admitió finalmente, su voz temblorosa—. Cada vez que te veo, recuerdo lo que podría haber sido y lo que no debe ser. No quiero complicar más mi vida ni la tuya.

Sebastian dio un paso más cerca, su mirada fija en la de ella, y por un momento pareció que el tiempo se detenía. Isabella sintió su cercanía como un bálsamo y una tentación, y aunque sabía que lo correcto era alejarse, no pudo evitar el impulso de quedarse.

—No siempre podemos elegir lo que sentimos, Isabella —dijo Sebastian, su tono lleno de una ternura que no intentó ocultar—. Pero lo que sí podemos elegir es no ignorarlo. Cada vez que intento mantenerme lejos de ti, todo me lleva de vuelta. No te pido nada más que honestidad. Si quieres que me aleje, lo haré... pero no voy a pretender que no me importas.

Isabella lo miró, sus emociones a flor de piel. Sabía que su resistencia se estaba desmoronando, que no tenía la fortaleza para seguir fingiendo que Sebastian no significaba nada para ella. Sin poder evitarlo, alzó la mano y la posó suavemente sobre la de él, un gesto que decía más que cualquier palabra.

—No sé qué pasará, Sebastian —susurró Isabella, sintiendo el calor de su piel bajo sus dedos—. Pero sé que no quiero seguir evitándote.

Con ese simple gesto, ambos entendieron que la lucha por mantenerse alejados era una batalla perdida. Habían intentado resistirse, pero la atracción, la conexión y los sentimientos que compartían eran más fuertes que cualquier promesa de distancia. Mientras permanecían juntos, rodeados por el silencio del jardín, Isabella y Sebastian se dieron cuenta de que, a pesar de los riesgos, estaban dispuestos a enfrentar lo que viniera, siempre y cuando pudieran hacerlo juntos.

Capítulo 18

Un Encuentro Prohibido

La mañana amaneció despejada, con un sol cálido y amable que parecía prometer un día perfecto. Isabella Whitmore había recibido la invitación de Sebastian apenas unas horas antes, una nota sencilla y directa que la había dejado con el corazón en un puño. No era habitual recibir invitaciones a encuentros tan privados, y menos en un lugar tan apartado como los jardines escondidos del campo de Ashbourne, donde la mirada inquisitiva de la sociedad no llegaba y donde ambos podían permitirse, al menos por un instante, olvidar las normas que los ataban.

Isabella se encontró en el borde de la indecisión mientras se preparaba para el día. Sabía que aceptar la invitación de Sebastian no solo era imprudente, sino también peligroso. La reputación de ambos pendía de un hilo, y cualquier desliz podría desencadenar un escándalo que ninguno de los dos estaba preparado para enfrentar. Sin embargo, la idea de verlo de nuevo, de estar a solas con él, era una tentación a la que no podía resistirse. La promesa de un momento de libertad, de una conversación sin reservas, era algo que su corazón anhelaba, y por más que intentara ignorarlo, sabía que iba a acudir.

Cuando Isabella llegó al lugar acordado, encontró a Sebastian esperándola bajo la sombra de un roble centenario, junto a un mantel extendido sobre la hierba fresca. La escena era idílica, casi sacada de un sueño: una cesta de picnic repleta de manjares, una botella de vino, y el murmullo suave de un arroyo cercano que completaba la atmósfera de intimidad que parecía estar reservada solo para ellos. Sebastian, con su cabello negro ligeramente alborotado por la brisa y sus ojos grises reflejando la luz del sol, la observó con una mezcla de expectación y deseo contenido.

—Isabella, me alegra que hayas venido —dijo Sebastian, su voz suave y cargada de un tono que era imposible malinterpretar—. Sé que esto no es... apropiado, pero necesitaba verte sin las restricciones de los salones y las miradas ajenas.

Isabella se detuvo un instante, observándolo, y sintió que todos sus temores se desvanecían momentáneamente. Había algo en la forma en que él la miraba, en la sinceridad de sus palabras, que la hacía sentirse segura, y al mismo tiempo, completamente vulnerable. Sabía que debía ser cautelosa, que cada paso que daba hacia él la acercaba más al borde de algo que no podía controlar, pero en ese momento, no le importaba.

—No debería estar aquí —admitió Isabella, aunque sus pasos ya la llevaban hacia él—. Pero hay algo en ti, Sebastian, que me atrae como nada en este mundo. Por mucho que

intente resistirme, me encuentro volviendo una y otra vez.

Sebastian sonrió levemente, una sonrisa que revelaba más de lo que sus palabras podían expresar. La cercanía de Isabella era un bálsamo y una tortura, y mientras la observaba sentarse junto a él, sintió un torrente de emociones que le resultaba difícil contener. La delicada curva de su rostro, el brillo en sus ojos avellana, todo en ella lo hacía querer olvidar las reglas y simplemente dejarse llevar.

Se sentaron juntos en el mantel, compartiendo pequeños bocados y conversaciones que fluían con una naturalidad que solo se alcanzaba en la más pura de las intimidades. Hablaron de los viajes de Sebastian, de los paisajes exóticos que había visto en las Indias orientales, y de los libros que a ambos les apasionaban. Pero debajo de cada palabra, de cada risa compartida, existía una tensión latente, una atracción que los empujaba hacia un borde peligroso del que ninguno estaba dispuesto a apartarse.

Mientras el tiempo pasaba, la conversación se volvió más tranquila, y el silencio entre ellos se hizo cómodo y pesado a la vez. En un momento dado, Sebastian tomó una de las manos de Isabella, sin decir una palabra, y ella lo dejó hacer, sintiendo el calor de su contacto atravesarla como una corriente eléctrica. Había algo tan natural en ese gesto, algo que había estado esperando durante tanto tiempo que casi parecía un sueño.

—No puedo evitarlo, Isabella —confesó Sebastian, su voz ronca y llena de sinceridad—. Te deseo más de lo que he deseado nada en mi vida, y no sé cómo seguir pretendiendo que esto no me afecte.

Isabella sintió que el aire se volvía espeso a su alrededor. Sabía que no debía dejar que las palabras de Sebastian la afectaran tanto, pero la honestidad en su voz y la intensidad de su mirada la desarmaban. Sentía el mismo deseo, la misma lucha interna entre lo correcto y lo que su corazón anhelaba. Sus manos temblaron ligeramente cuando las colocó sobre las de él, un gesto sencillo que, sin embargo, lo decía todo.

—Sebastian... —comenzó, su voz apenas un susurro—. Esto no debería estar pasando, y sin embargo, aquí estamos.

Ambos se miraron, y en ese instante, la tensión que habían contenido durante tanto tiempo se rompió. Sebastian se inclinó hacia Isabella, y ella no se apartó. Sus labios se encontraron en un beso que no era solo de deseo, sino de necesidad, de un anhelo profundo y reprimido que finalmente se desbordaba. Fue un beso suave al principio, pero pronto se volvió más apasionado, cargado de todo lo que no se habían permitido decir.

El mundo pareció desvanecerse alrededor de ellos, y por un breve instante, todo lo que importaba era el calor de sus cuerpos y la conexión que habían estado evitando reconocer. Isabella sintió el peso de las emociones arremolinándose dentro de ella, y aunque sabía que cruzar esa línea era peligroso, no pudo evitar dejarse llevar por la intensidad del momento.

Sin embargo, justo cuando el beso alcanzó su punto más ardiente, ambos se detuvieron. Como si una barrera invisible los empujara a separarse, se apartaron lentamente, respirando con dificultad y con el corazón desbocado. Isabella llevó una mano a sus labios, sorprendida por lo que acababa de suceder, mientras Sebastian la miraba con una mezcla de deseo y remordimiento.

—No podemos seguir así —dijo Isabella, sus palabras entrecortadas por la emoción—. Esto está mal, por más que lo desee.

Sebastian asintió, luchando por calmar los latidos de su corazón. Sabía que tenía razón, que habían llegado demasiado lejos, y que cualquier paso adicional podría arrastrarlos a ambos a un escándalo irreversible. Pero el sabor de los labios de Isabella seguía en los suyos, y la idea de alejarse ahora le parecía una tortura.

—Lo sé —respondió él, con un tono que mezclaba dolor y ternura—. Pero eso no cambia lo que siento por ti. Solo prométeme que no te alejarás más. No quiero perderte.

Isabella lo miró, su interior dividido entre la razón y el sentimiento. No tenía las respuestas, ni siquiera sabía qué camino tomar, pero en ese momento, lo único que podía hacer era asentir, aceptando que, aunque no podían cruzar la línea, tampoco podían seguir fingiendo que nada había cambiado entre ellos.

Sol comenzaba a descender y el picnic llegaba a su fin. Sebastian e Isabella se dieron cuenta de que, aunque la pasión que compartían era peligrosa, no podían evitarla. Habían intentado resistirse, pero cada vez que estaban juntos, sus corazones les recordaban que había algo más grande que las normas y las expectativas sociales: un sentimiento que ninguno de los dos estaba dispuesto a dejar ir.

CAPÍTULO 19

Dudas y Declaraciones

La decisión de Sebastian Ashbourne de cortejar a Isabella Whitmore de manera oficial causó un revuelo silencioso entre la alta sociedad londinense. Aunque sus intenciones aún no se habían hecho públicas, los gestos cada vez más evidentes de Sebastian no pasaban desapercibidos para los ojos observadores de los círculos sociales que los rodeaban. Isabella, por su parte, se encontraba en una encrucijada emocional, atrapada entre el deseo creciente que sentía por Sebastian y los temores que la acechaban cada vez que recordaba su pasado con Sir Charles Standish.

Sebastian se mostraba atento y dedicado, enviando flores a la casa de los Whitmore y aprovechando cada oportunidad para compartir momentos con Isabella. Sus palabras eran siempre cálidas, llenas de un respeto y una ternura que contrastaban con la frialdad que Isabella había experimentado en su anterior compromiso. Sin embargo, por mucho que los gestos de Sebastian la conmovieran, Isabella no podía evitar sentir que un muro invisible se interponía entre ellos, un muro construido a base de sus propias inseguridades y de la desconfianza que aún habitaba en su corazón.

Esa tarde, mientras Isabella estaba sentada en el salón de su casa, observando con distracción las flores que Sebastian le había enviado esa misma mañana, su madre, Lady Penelope Whitmore, entró en la habitación. Llevaba una sonrisa contenida, claramente al tanto de los recientes avances de Sebastian, y se sentó junto a Isabella con un aire de complicidad maternal.

—Las rosas son preciosas, querida —comentó Lady Penelope, tomando una de las flores y acercándola a su nariz para aspirar su fragancia—. No puedo recordar la última vez que vi a un caballero ser tan atento. Lord Ashbourne parece bastante decidido.

Isabella esbozó una sonrisa, pero su mente estaba lejos de las palabras de su madre. Las rosas eran hermosas, sí, pero también eran un recordatorio constante de la confusión que la embargaba. Cada vez que recibía un gesto de afecto de Sebastian, su corazón se aceleraba con la esperanza, pero también con un miedo que no podía controlar. Temía que, al permitirse sentir de nuevo, al abrirse a la posibilidad de amar, estuviera caminando hacia una nueva humillación.

—No puedo evitar sentir que esto es demasiado, madre —respondió Isabella, con una voz cargada de una vulnerabilidad que raramente mostraba—. Sebastian es todo lo que una mujer podría desear, pero no puedo olvidar lo que sucedió con Charles. Me entregué por completo y

terminé pagando un precio muy alto. No sé si podría soportar otra traición.

Lady Penelope miró a su hija con ternura y comprensión. Sabía mejor que nadie cuánto había sufrido Isabella, cómo el escándalo había desgarrado no solo su reputación, sino también su espíritu. Se inclinó hacia adelante, tomando la mano de Isabella con suavidad.

—Entiendo tus miedos, hija mía —dijo Lady Penelope, su voz cálida y firme—. Pero también sé que no puedes vivir con el temor de lo que podría pasar. Sebastian no es Charles, y cada vez que te mira, veo algo en él que nunca vi en Standish. El amor, verdadero y sincero, siempre conlleva un riesgo, pero también es lo único que nos hace sentir verdaderamente vivos.

Isabella se quedó en silencio, absorbiendo las palabras de su madre. Quería creer que Sebastian era diferente, que sus intenciones eran puras, pero los ecos del pasado aún resonaban con fuerza, impidiéndole entregarse por completo. Cada vez que Sebastian la miraba con esos ojos grises, llenos de promesas no dichas, Isabella sentía cómo su corazón se estremecía, pero también recordaba las palabras dulces y engañosas de Charles, las mismas que la habían llevado a un precipicio del que apenas había logrado salir.

Esa misma tarde, mientras el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte, Sebastian la invitó a un paseo por los jardines de la mansión de los Whitmore, una propuesta que Isabella aceptó con cierta reticencia. Caminaban juntos, en un silencio cómodo pero cargado de emociones contenidas, observando cómo los últimos rayos de sol bañaban las flores y los arbustos con un tono dorado. Sebastian, consciente de las reservas de Isabella, se esforzaba en cada gesto, en cada palabra, para demostrarle que no era como Charles, que su interés en ella era genuino y desprovisto de cualquier motivación oculta.

—Isabella —dijo Sebastian finalmente, deteniéndose junto a un seto de rosas blancas—, sé que no ha sido fácil para ti. He visto cómo las dudas te atormentan y cómo te debates entre el deseo y el miedo. Pero quiero que sepas que todo lo que he hecho, cada gesto y cada palabra, ha sido porque me importas más de lo que podría expresar. No busco presionarte, solo quiero que confíes en mí lo suficiente para dejarme demostrarte que mis intenciones son sinceras.

Isabella lo miró, sus ojos llenos de un anhelo que no sabía cómo expresar. Quería creer en él, en la honestidad de sus palabras, pero una parte de ella seguía atrapada en el pasado, en la traición y la vergüenza que había experimentado. Sabía que Sebastian no merecía cargar con las culpas de otro, pero el temor a volver a caer en un abismo de desilusión la frenaba.

—No es fácil para mí, Sebastian —admitió ella, su voz temblorosa y llena de emociones encontradas—. Te veo y siento cosas que creí que nunca volvería a sentir, pero también recuerdo el dolor, la humillación. No quiero entregarme de nuevo solo para descubrir que he cometido el mismo error.

Sebastian se acercó un poco más, sus manos rozando suavemente las de Isabella. La cercanía de sus cuerpos, la intimidad del momento, lo llenaba de una mezcla de determinación y ternura. Sabía que las palabras no serían suficientes para convencerla, que necesitaba tiempo y paciencia para sanar las heridas que Charles había dejado en su alma.

—Nunca me permitiría hacerte daño, Isabella —dijo él, su voz firme pero llena de una suavidad que le rompió las defensas—. No te pido que te entregues a ciegas, solo te pido que me dejes estar a tu lado, que me des la oportunidad de mostrarte que lo nuestro puede ser diferente.

Isabella sintió cómo sus palabras atravesaban sus barreras, y aunque el miedo seguía ahí, algo dentro de ella se ablandó. Había visto en Sebastian una honestidad y un respeto que nunca había encontrado en Charles, y por primera vez, se permitió considerar la posibilidad de que, tal vez, su historia con él pudiera tener un final distinto.

—Quiero confiar en ti, Sebastian —susurró, casi para sí misma—. Solo espero que mi corazón no me esté engañando de nuevo.

Sebastian sonrió, apretando sus manos con delicadeza, como si temiera que un gesto demasiado brusco pudiera romper el frágil momento que compartían. Sabía que aún quedaba un largo camino por recorrer, que las inseguridades de Isabella no desaparecerían de la noche a la mañana, pero también sabía que, con cada día que pasaba, la distancia entre ellos se acortaba.

—Te prometo, Isabella, que nunca haré nada para que te arrepientas de darme una oportunidad —dijo él, su voz llena de una promesa silenciosa pero poderosa.

Ambos se quedaron allí, inmersos en la serenidad del jardín, sabiendo que, a pesar de los miedos y las dudas, estaban dispuestos a intentarlo. Porque a veces, arriesgarse a amar de nuevo era la única forma de descubrir si el dolor del pasado podía ser sanado por un nuevo comienzo.

CAPÍTULO 20

El Precio de la Proximidad

La mañana siguiente, el salón de los Whitmore estaba inundado de una luz suave que se filtraba a través de las cortinas de encaje. Isabella estaba sentada junto a la ventana, con un libro en las manos que no lograba captar su atención. Sus pensamientos estaban lejos de las páginas que tenía delante, y en su mente resonaban las imágenes del paseo en el jardín con Sebastian. Había algo en la serenidad de su cercanía, en la sinceridad de sus palabras, que había hecho que el temor comenzara a ceder, aunque solo un poco. Sin embargo, Isabella no podía ignorar la sombra que se cernía sobre su incipiente relación: los rumores.

Los rumores siempre habían sido una constante en la alta sociedad, una forma de entretenimiento malicioso que se nutría de la desgracia ajena y se expandía con la rapidez de un incendio descontrolado. La cercanía entre Isabella y Sebastian no había pasado desapercibida, y aunque ambos habían intentado mantener su relación en un discreto segundo plano, los susurros y miradas de desaprobación comenzaban a rodearlos.

Esa misma tarde, durante una visita a la modista, Isabella escuchó los primeros comentarios velados sobre ella y Sebastian. Un grupo de damas, elegantemente vestidas y rodeadas de telas lujosas, conversaban en voz baja pero lo suficientemente alto como para que Isabella captara el tono burlón de sus palabras.

—¿Has oído que Lord Ashbourne ha mostrado un interés inusitado por la señorita Whitmore? —susurró una de las damas, una mujer mayor con expresión altiva y un abanico que agitaba con desdén—. Es una verdadera lástima, un caballero de su estatus podría aspirar a mucho más.

Isabella sintió cómo la sangre se le agolpaba en las mejillas, pero mantuvo la cabeza en alto. No era la primera vez que escuchaba comentarios sobre su pasado, pero escuchar que ahora Sebastian también era objeto de juicio por su cercanía a ella era algo que la hería profundamente. Sabía que la sociedad nunca la perdonaría del todo, y ver a Sebastian arrastrado a su propio escándalo era algo que no había querido, ni pedido.

Cuando Isabella regresó a casa, se encontró con su madre en el salón, absorta en sus propios pensamientos mientras bordaba delicadamente un pañuelo. Lady Penelope levantó la vista al ver a su hija y notó de inmediato la tensión en su expresión. Sin necesidad de palabras, comprendió que los rumores habían llegado a sus oídos.

—Las lenguas viperinas no descansan, hija mía —dijo Lady Penelope, con una mezcla de resignación y preocupación—. Sé que no es fácil ignorarlas, pero debes recordar que siempre

habrá quienes se deleiten en arruinar la felicidad ajena.

Isabella se sentó junto a su madre, sus manos temblando ligeramente al apretar el borde de su falda. Por mucho que intentara mostrarse indiferente, cada comentario, cada mirada de desprecio, la empujaba un poco más hacia el abismo de sus antiguas inseguridades.

—No puedo soportar que lo involucren a él, madre —confesó Isabella, su voz quebrada por la angustia—. Sebastian no tiene la culpa de mi pasado, y no quiero que su reputación se vea manchada por estar cerca de mí. No quiero ser la causa de su desdicha.

Lady Penelope dejó el bordado a un lado y tomó las manos de Isabella entre las suyas. Sabía que su hija estaba viviendo un conflicto interno, atrapada entre el amor incipiente que sentía por Sebastian y el miedo de arrastrarlo a un destino similar al que ella había enfrentado.

—Lord Ashbourne es un hombre decidido, Isabella —le dijo con suavidad—. No parece ser del tipo que se deja influenciar por los comentarios de la sociedad. Lo que importa es lo que tú sientes, no lo que otros digan.

Pero las palabras de su madre, aunque reconfortantes, no lograban calmar del todo las dudas de Isabella. Esa misma noche, en un evento de caridad organizado por la familia Ashbourne, los susurros se intensificaron. Isabella había llegado acompañada por sus padres, y aunque intentaba mantenerse alejada de Sebastian para evitar alimentar las habladurías, no pudo escapar de las miradas inquisitivas que la seguían por cada rincón del salón.

Sebastian, por su parte, no tardó en notar la tensión en la postura de Isabella, cómo sus ojos evitaban encontrarse con los suyos, y la forma en que se aferraba al brazo de su madre como un ancla en medio de la tormenta. Se acercó a ella en un momento en que la sala se había llenado de conversación y risas, buscando un rincón más privado donde pudieran hablar sin ser el centro de atención.

—Isabella, he notado que algo te inquieta esta noche —dijo Sebastian, su voz baja y llena de preocupación—. Si hay algo que te perturba, por favor, dímelo. No soporto verte así.

Isabella lo miró, y por un instante quiso confesarle todo, contarle sobre los comentarios maliciosos y el temor que la consumía al pensar que su cercanía podía arruinarlo a él también. Pero se contuvo, sabiendo que lo último que quería era que Sebastian sintiera que debía elegir entre ella y su propia reputación.

—No es nada, Sebastian —respondió, intentando forzar una sonrisa—. Solo son los recuerdos, y las dificultades de enfrentar a la sociedad. Sé que estar cerca de mí te complica las cosas, y no quiero que pagues el precio de mi pasado.

Sebastian negó con la cabeza, su expresión cargada de una determinación que no admitía dudas. Se acercó un poco más, ignorando las posibles miradas y los juicios ajenos, y tomó la mano de Isabella con un gesto firme pero delicado.

—Lo que otros piensen no me importa, Isabella —dijo con una intensidad que la dejó sin

aliento—. No te elegí por lo que la sociedad espera de mí, te elegí porque veo en ti algo que nadie más ha sido capaz de ver. No puedo prometerte que los rumores cesarán, pero sí puedo prometerte que estaré a tu lado, sin importar lo que digan.

Isabella sintió cómo sus palabras penetraban las barreras que había erigido en su corazón. Quería creerle, quería aceptar que su amor podía resistir las tormentas que se avecinaban, pero los fantasmas de su pasado aún la acechaban.

—Es tan difícil, Sebastian —susurró, con un nudo en la garganta—. He visto lo rápido que una reputación puede ser destruida, y no quiero que pases por lo mismo por mi culpa.

Sebastian apretó suavemente su mano, sus ojos grises fijos en los de ella con una mezcla de ternura y resolución. Había tomado una decisión, y nada ni nadie lo haría retroceder.

—Déjame ser yo quien decida eso, Isabella —le dijo con un tono que no admitía réplica—. Estoy dispuesto a enfrentar lo que sea, siempre y cuando pueda hacerlo contigo.

Y en ese instante, entre las sombras de los rumores y las miradas indiscretas de la sociedad, Isabella se dio cuenta de que, aunque los temores seguían ahí, el amor que Sebastian le ofrecía era más fuerte que cualquier murmullo. A su lado, sentía que podía enfrentar las habladurías, y que, tal vez, después de todo, merecía una segunda oportunidad para ser feliz.

Mientras se alejaban del bullicio y los juicios, caminando juntos hacia un rincón más apartado del jardín, Isabella supo que su historia con Sebastian no sería fácil, pero sí valdría cada desafío. Y así, con la promesa de enfrentarlo todo unidos, sus corazones se encontraron en un punto donde ni los rumores ni el pasado podían separarlos.

CAPÍTULO 21

Confesiones en la Tormenta

El día amaneció con un sol radiante, y la salida al campo organizada por unos amigos mutuos prometía ser un respiro bienvenido para Isabella y Sebastian, alejándolos momentáneamente de los rumores y las miradas inquisitivas de la alta sociedad. Había algo liberador en la idea de pasar un día lejos de los estrictos salones londinenses, entre prados verdes y cielos abiertos, donde las reglas parecían relajarse, aunque solo fuera un poco. Isabella llegó acompañada de sus padres, intentando disimular la agitación interna que la acompañaba siempre que sabía que iba a ver a Sebastian.

La mañana transcurrió con la alegría y la ligereza propias de un día al aire libre. Los invitados paseaban entre risas, recogiendo flores silvestres y compartiendo anécdotas bajo la sombra de los robles. Sebastian se mantuvo cerca de Isabella durante toda la jornada, sin hacer nada que pudiera ser interpretado como inapropiado, pero dejando claro a través de sus miradas y pequeños gestos que sus sentimientos no habían cambiado. Isabella, aunque disfrutaba de su compañía, no podía dejar de lado la inquietud que la perseguía; se debatía entre el deseo de entregarse por completo a sus emociones y el temor constante de cometer un nuevo error.

Cuando el cielo comenzó a nublarse y las primeras gotas de lluvia cayeron, los invitados buscaron refugio apresuradamente. Sebastian tomó la mano de Isabella y la guió hacia una pequeña cabaña de caza que se encontraba a unos pocos minutos de distancia. Era un refugio sencillo, hecho de madera envejecida y con un interior apenas amueblado, pero lo suficiente para resguardarlos del aguacero que pronto se desató con furia. Las ventanas temblaban bajo el peso del viento, y el sonido de la lluvia golpeando el techo de la cabaña creaba una melodía que acompañaba el latir apresurado del corazón de Isabella.

Sebastian encendió una pequeña lámpara de aceite que encontró en una esquina, y su luz cálida llenó el espacio, creando una atmósfera íntima y envolvente. Ambos se quedaron en silencio por un momento, escuchando el rugir de la tormenta mientras se miraban a los ojos, conscientes de que estaban solos, sin testigos ni restricciones, y que esa frágil burbuja de intimidad era una oportunidad para abrir sus corazones.

—Es curioso cómo el destino siempre parece encontrarnos, incluso cuando trato de alejarme —confesó Isabella, su voz apenas un susurro, cargada de todas las emociones que había intentado reprimir durante tanto tiempo—. Es como si el mundo se empeñara en recordarme que no puedo escapar de ti.

Sebastian la observó, sus ojos grises reflejando la luz trémula de la lámpara, y dio un paso hacia ella. Cada vez que estaba cerca de Isabella, sentía una conexión que trascendía cualquier lógica, un vínculo que no podía ni quería romper. Sabía que sus sentimientos por ella eran mucho más profundos de lo que se había permitido admitir, y ahora, en la intimidad de ese refugio improvisado, no había razón para seguir fingiendo.

—No quiero que escapes de mí, Isabella —dijo Sebastian, su tono cargado de sinceridad y deseo contenido—. No busco forzarte a nada, pero no puedo seguir negando lo que siento. Estar contigo es lo más real que he experimentado en mucho tiempo.

Isabella sintió que sus defensas se desmoronaban con cada palabra que él pronunciaba. Estaba cansada de luchar contra sus propios deseos, cansada de intentar controlar lo incontrolable. Había algo en la forma en que Sebastian la miraba, como si ella fuera lo máspreciado en el mundo, que la hacía sentirse viva y completa de nuevo.

—Tengo miedo, Sebastian —admitió ella, su voz quebrada por la honestidad—. Miedo de entregarme y volver a perderlo todo. No quiero ser vulnerable otra vez, no quiero sentirme usada ni humillada. Pero contigo... contigo es diferente.

Sebastian alzó una mano y, con infinita suavidad, acarició el rostro de Isabella. Su piel se estremeció bajo el contacto cálido de sus dedos, y una oleada de emociones la invadió, recorriendo cada rincón de su ser. Había evitado esa cercanía por tanto tiempo, pero ahora que la sentía, no podía imaginar cómo había logrado vivir sin ella.

—No soy Charles, Isabella —murmuró Sebastian, acercándose aún más hasta que sus frentes casi se tocaban—. No soy perfecto, pero te juro que nunca te haría daño. No quiero poseerte, quiero que estés a mi lado, como mi igual, como la mujer maravillosa que eres.

Isabella cerró los ojos, dejándose llevar por la intensidad del momento. Las palabras de Sebastian eran un bálsamo para sus heridas, y cada caricia parecía borrar un poco del dolor que había llevado consigo durante tanto tiempo. Cuando él inclinó su rostro y rozó sus labios con los de ella, Isabella sintió una explosión de sensaciones que la abrumaron por completo. Fue un beso suave al principio, una exploración tímida y cargada de significado, pero pronto se volvió más profundo, lleno de una pasión que ambos habían contenido durante demasiado tiempo.

En un momento estaban vestidos y en otro acabaron con sus torsos desnudos. Movida por el instinto más puro, Isabella se colocó sobre el regazo de Sebastian, quedándose a horcajadas, sus bocas devorándose con pasión. De forma apresurada, él manipuló las faldas de su vestido, ayudado por ella, al mismo tiempo que se ocupaba de liberar su miembro. Con suma delicadeza, la guió hacia su erección palpitante. Liberó un profundo gruñido cuando la sintió descender sobre él. Isabella gimió en cuanto lo tuvo dentro de ella, quedándose inmóvil para permitirle a su cuerpo acostumbrarse a su grosor y tamaño. Instantes después, comenzó

a balancearse sobre él.

El calor del cuerpo de Sebastian contra el suyo, el suave roce de sus manos recorriendo su espalda, todo la hizo sentir deseada y amada de una manera que nunca antes había experimentado. Isabella se perdió en el momento, entregándose por completo a la sensación de ser adorada, de ser el centro del universo de alguien que la veía más allá de sus errores y sus cicatrices.

—Eres hermosa, Isabella —susurró Sebastian contra sus labios, y esas simples palabras desataron algo en ella, un deseo incontrolable de sentirse viva de nuevo.

Cada caricia, cada beso la llevaba a un lugar donde las inseguridades y los temores no tenían cabida. Isabella se dejó guiar por la ternura de Sebastian, sintiendo cómo sus manos recorrían su piel con una devoción que la hacía olvidar todo lo demás. No había juicio ni vergüenza, solo un amor puro y sincero que los envolvía a ambos.

En la penumbra de la cabaña, mientras la tormenta rugía afuera, Isabella y Sebastian se encontraron en un abrazo que no tenía nada de mundano. No era solo el encuentro de dos cuerpos, sino el de dos almas que habían estado buscando consuelo en medio de sus propios tormentos. Isabella se sintió libre, amada y completa, y por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo de lo que pudiera venir después.

Cuando todo finalizó, ambos se quedaron en silencio, respirando entrecortadamente, con los corazones aun latiendo al unísono. Isabella se recostó en el pecho de Sebastian, sintiendo el calor de su abrazo protector y sabiendo que, pase lo que pase, no se arrepentiría de haberse entregado a él.

—No me sueltes, Sebastian —susurró ella, con una mezcla de gratitud y vulnerabilidad—. No me dejes caer otra vez.

Aún dentro de ella, Sebastian la estrechó con más fuerza, besando suavemente su cabello. En ese momento, más allá de las palabras, ambos sabían que lo que compartían era más fuerte que cualquier tormenta, más profundo que cualquier duda. Habían encontrado en el otro un refugio, un amor que, aunque prohibido, los había salvado a ambos.

Y mientras la lluvia seguía cayendo con fuerza sobre el techo de la cabaña, Isabella se permitió soñar con un futuro en el que no tuviera que esconderse más, un futuro en el que podría ser feliz sin miedo, siempre que Sebastian estuviera a su lado.

CAPÍTULO 22

Las Sutilezas del Corazón

El sol brillaba nuevamente sobre Londres, como si la tormenta que había atrapado a Isabella y Sebastian en la cabaña fuera solo un lejano recuerdo. Sin embargo, en la mente de Isabella, aquella tarde inolvidable seguía viva, envolviendo sus pensamientos en un remolino de emociones intensas. Había entregado su corazón y su cuerpo a Sebastian, y aunque cada momento junto a él había sido perfecto, las dudas y miedos seguían acechando en la sombra, como un enemigo siempre presente.

Los días que siguieron estuvieron marcados por encuentros fugaces y miradas furtivas. Isabella y Sebastian mantenían las apariencias en los eventos sociales, cuidando cada gesto y palabra para evitar el escrutinio de la alta sociedad, que siempre parecía estar al acecho de cualquier desliz. Pero la cercanía entre ellos no pasaba desapercibida, y las miradas de complicidad que compartían no hacían más que alimentar los rumores que ya circulaban entre los círculos más críticos de Londres.

Fue durante una tarde en la casa de té de Lady Clarendon, una de las anfitrionas más influyentes de la ciudad, cuando Isabella sintió por primera vez la punzada del juicio ajeno. Había acudido acompañada de su madre, esperando disfrutar de una tarde tranquila en compañía de algunas conocidas. Pero desde el momento en que cruzó la puerta, notó que varias de las damas presentes la observaban con ojos que no disimulaban su curiosidad.

Isabella se sentó junto a su madre, tratando de ignorar las miradas y concentrarse en la conversación que Lady Clarendon mantenía sobre la última moda en París. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que los susurros comenzaran a resonar en el salón, arrastrando consigo el veneno de la maledicencia.

—Dicen que Lord Ashbourne ha puesto sus ojos en una señorita caída en desgracia —murmuró una de las damas, una mujer de mediana edad con un abanico de encaje que agitaba con exageración—. No entiendo qué puede ver en una joven con semejante reputación. Después de todo, ¿quién puede confiar en alguien que ya ha fracasado en un compromiso?

Las palabras penetraron como dagas en el corazón de Isabella, que intentó concentrarse en su té para evitar que su expresión delatara el dolor que sentía. Sabía que los comentarios no eran más que chismes malintencionados, pero escuchar a otras mujeres hablar de ella y de Sebastian con tanto desdén era un recordatorio cruel de la fragilidad de su posición.

—Es una lástima, realmente —añadió otra dama, una joven de mirada astuta y sonrisa

complaciente—. Lord Ashbourne podría aspirar a mucho más. Aseguran que no es más que un capricho pasajero, y que pronto se cansará de jugar al caballero salvador.

Isabella sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies. Cada palabra, cada insinuación, despertaba en ella la inseguridad que tanto había tratado de enterrar. Los comentarios maliciosos le recordaban que, para muchos, ella seguía siendo una mujer marcada, una joven cuya pureza había sido cuestionada y cuya reputación colgaba de un hilo.

—Isabella, querida, no prestes atención a lo que dicen —le susurró Lady Penelope, notando la turbación de su hija—. La gente siempre hablará, y pocas veces con la verdad. Lo importante es lo que tú sientes y lo que sabes de Lord Ashbourne.

Pero las palabras de consuelo de su madre no lograban apaciguar la tormenta interna de Isabella. Esa noche, al regresar a casa, se retiró a su habitación más temprano de lo habitual, buscando la soledad de su pequeño rincón junto a la ventana, donde podía dejar fluir sus pensamientos sin el peso de las miradas ajenas.

La mente de Isabella era un torbellino de dudas y emociones encontradas. Recordaba los momentos junto a Sebastian, la dulzura de sus caricias, la honestidad de sus palabras, y no podía evitar sentirse atrapada entre lo que había vivido con él y los oscuros murmullos que se cernían sobre su relación.

Una parte de ella se negaba a creer que Sebastian fuera como los demás, que sus intenciones pudieran ser tan frívolas como las damas sugerían. Había visto la sinceridad en sus ojos, había sentido la calidez de su abrazo y la ternura de sus besos, y todo eso contrastaba de manera abrumadora con la frialdad y el engaño que había experimentado con Charles.

—¿Y si están en lo cierto? —se preguntó en voz baja, su mirada perdida en el horizonte más allá de la ventana—. ¿Y si solo soy un capricho pasajero para él, una forma de desafiar las normas sin comprometerse realmente?

El miedo a repetir su error pasado, a entregarse de nuevo solo para ser rechazada, se apoderaba de ella con fuerza. Pero a pesar de todas las dudas, había algo que la mantenía atada a Sebastian: la certeza de que lo que había sentido junto a él no podía ser falso. Había en sus gestos, en su manera de mirarla, algo que la hacía sentir vista y valorada, más allá de su pasado y de los juicios de la sociedad.

A la mañana siguiente, Isabella decidió que necesitaba enfrentarse a sus propios miedos y buscar respuestas. Se dirigió a la casa de Sebastian, sus manos temblando ligeramente al llamar a la puerta. Cuando él apareció, con esa expresión de sorpresa y calidez que siempre lograba desarmarla, Isabella supo que no podía seguir permitiendo que las palabras de otros dictaran lo que sentía.

—Necesito saber la verdad, Sebastian —dijo ella, sin preámbulos, sus ojos buscando los de

él con una mezcla de vulnerabilidad y determinación—. He escuchado cosas... cosas sobre tus intenciones, sobre lo que otros creen que represento para ti. No puedo seguir así, atrapada entre lo que siento y lo que temo.

Sebastian la escuchó en silencio, y sus ojos grises se suavizaron con una mezcla de comprensión y dolor. Sabía que los rumores no habían sido amables con Isabella, y odiaba la idea de que su cercanía pudiera estar causando más daño que bien.

—Isabella, lamento que tengas que enfrentarte a esto —dijo él, acercándose y tomando sus manos con firmeza—. Pero te juro que nunca ha habido ninguna intención oculta en mi interés por ti. No eres un capricho ni una aventura pasajera para mí. Eres la mujer más valiente y auténtica que he conocido, y lo único que quiero es que podamos encontrar la felicidad juntos, sin importar lo que otros piensen.

Isabella sintió que sus palabras la envolvían como un bálsamo, calmando las heridas que los rumores habían abierto. La sinceridad en la voz de Sebastian era inconfundible, y en ese momento, decidió que debía confiar en él, no por las palabras que otros pudieran decir, sino por lo que sus propios sentimientos le dictaban.

—Quiero creer en ti, Sebastian —susurró ella, con los ojos brillantes por la emoción contenida—. Quiero creer que esto es real y que no voy a volver a caer.

Sebastian apretó sus manos con una ternura que le atravesó el alma. Sabía que Isabella había sufrido demasiado, y estaba dispuesto a demostrarle, día tras día, que su amor no era una ilusión ni un juego, sino algo genuino y profundo.

—Prometo que nunca haré nada para que dudes de lo que siento por ti —le dijo, su voz llena de convicción—. Estamos juntos en esto, y no dejaré que nada ni nadie nos aparte.

Isabella lo miró, y por primera vez en mucho tiempo, se permitió confiar plenamente en lo que su corazón le decía. A pesar de los rumores, a pesar de las dudas, supo que había encontrado en Sebastian algo verdadero, y que mientras él estuviera a su lado, nada ni nadie podría apagar la llama de lo que habían comenzado a construir juntos.

CAPÍTULO 23

Un Obsequio del Lejano Oriente

La mañana estaba envuelta en un aire de calma que contrastaba con la agitación de los días anteriores. Isabella se encontraba en el salón principal de la casa Whitmore, ocupada en su labor de costura junto a su madre. El sol entraba a raudales por las altas ventanas, iluminando el delicado bordado que tenía entre manos, aunque su mente estaba lejos de concentrarse en los finos hilos de seda que intentaba entrelazar. Sus pensamientos seguían atrapados en las palabras de Sebastian y en la promesa que ambos se habían hecho de confiar el uno en el otro, dejando atrás los juicios de la sociedad.

Lady Penelope observaba a su hija con discreta atención, notando la leve sonrisa que asomaba de vez en cuando en sus labios y el brillo sutil que se había instalado en sus ojos. Sabía que algo había cambiado en Isabella, que la incertidumbre que había dominado su corazón durante tanto tiempo parecía estar desvaneciéndose, reemplazada por una esperanza nueva y frágil.

—Isabella, querida, pareces más animada hoy —comentó Lady Penelope con suavidad, interrumpiendo el silencioso vaivén de la aguja—. Es agradable verte así, después de todo lo que has pasado.

Isabella levantó la vista y esbozó una sonrisa sincera hacia su madre. Había algo reconfortante en la calidez del hogar, en los pequeños gestos de cariño que su madre le brindaba día tras día, y aunque aún quedaba mucho por resolver, sentía que finalmente estaba encontrando su lugar.

—Estoy intentando dejar atrás todo lo malo, madre —respondió Isabella, sus palabras cargadas de una serenidad que la sorprendía incluso a ella—. Hay momentos en los que todavía siento miedo, pero quiero creer que las cosas pueden ser diferentes esta vez.

Lady Penelope asintió, consciente de la fuerza que su hija estaba demostrando. Pero antes de que pudiera responder, el sonido de la campanilla de la puerta principal interrumpió la conversación. Isabella se volvió, algo intrigada, mientras el mayordomo se apresuraba a abrir la puerta. Unos instantes después, Sebastian apareció en el umbral del salón, sosteniendo un pequeño paquete envuelto en finas telas de vivos colores.

—Lord Ashbourne —anunció el mayordomo con la formalidad acostumbrada, mientras Sebastian avanzaba con elegancia hacia el centro de la sala—. Ha venido a visitar a la señorita Whitmore.

Isabella sintió un leve rubor subir a sus mejillas, y se levantó para recibirlo con cortesía.

No esperaba verlo tan pronto, y menos en la intimidad de su hogar, pero su presencia siempre lograba desarmarla y llenarla de un cálido nerviosismo.

—Lord Ashbourne, qué grata sorpresa —dijo Lady Penelope, alzándose también para saludarlo con una sonrisa—. Nos honra con su visita.

Sebastian hizo una ligera reverencia, su mirada nunca apartándose de la de Isabella, quien se mantenía en pie junto a su madre, con el corazón latiendo aceleradamente. Había en sus ojos una mezcla de afecto y respeto que no necesitaba palabras para ser entendida.

—El honor es mío, Lady Penelope —respondió Sebastian, dirigiéndose primero a la madre de Isabella antes de volver su atención hacia ella—. Espero que no consideren esta visita inapropiada, pero sentí el impulso de traer un pequeño obsequio que me recordó a la señorita Whitmore.

Isabella lo miró con sorpresa y curiosidad mientras él extendía el paquete hacia ella. Sus manos temblaron ligeramente al tomarlo, y durante un instante, sus dedos rozaron los de Sebastian, provocando un leve escalofrío que recorrió su piel. Era un gesto simple, un contacto apenas perceptible, pero para Isabella significaba mucho más: una conexión silenciosa, un entendimiento que solo ellos compartían.

Con delicadeza, Isabella desató las cintas del envoltorio, revelando un hermoso abanico de marfil tallado, adornado con delicadas flores pintadas a mano y plumas exóticas que provenían de tierras lejanas. Era una pieza exquisita, claramente traída de las Indias orientales, y su belleza la dejó momentáneamente sin palabras.

—Es... es precioso —susurró Isabella, admirando el trabajo intrincado de la pieza—. No sé cómo agradecerle, Lord Ashbourne. Es un regalo demasiado generoso.

Sebastian sonrió, complacido por la reacción de Isabella. Había elegido el abanico no solo por su belleza, sino porque le recordaba la delicadeza y fortaleza que veía en ella, una combinación que lo fascinaba cada día más.

—Me alegra que le guste —respondió, sus ojos grises reflejando una sinceridad que no podía ocultar—. El abanico proviene de un mercado en Bombay. Los artesanos locales son verdaderos maestros, y al verlo, pensé que sería perfecto para usted.

Isabella lo miró, y en sus ojos encontró una calidez que la hizo sentir especial. No era solo el gesto, sino la atención al detalle, la intención detrás del regalo, lo que la conmovía profundamente. Sebastian no solo la veía como una joven caída en desgracia, sino como alguien digna de su tiempo, de sus pensamientos y, sobre todo, de su cariño.

La conversación continuó, fluida y cargada de una cortesía que no podía ocultar las emociones contenidas que ambos compartían. Lady Penelope, observando la interacción entre su hija y Sebastian, se excusó amablemente, dejando a los dos en la intimidad del salón, aunque sabía que era un espacio que pertenecía únicamente a ellos.

Sebastian y Isabella se sentaron uno frente al otro, y aunque las palabras que intercambiaban eran propias de la etiqueta y el decoro, sus miradas decían mucho más. Isabella no podía evitar notar la forma en que él la observaba, como si en cada gesto, en cada sonrisa, hubiera algo que la invitaba a confiar, a dejarse llevar por lo que sentía.

—Espero no haber causado incomodidad al venir sin previo aviso —dijo Sebastian, con un tono que mezclaba cortesía y un leve toque de vulnerabilidad—. Quería asegurarme de que el regalo llegara a sus manos personalmente.

Isabella negó con suavidad, sintiendo que sus palabras eran un bálsamo para sus miedos.

—No hay incomodidad alguna, Lord Ashbourne. Aprecio mucho su gesto, y valoro la amabilidad que ha tenido conmigo desde que nos conocimos.

Sebastian se inclinó ligeramente hacia adelante, sus ojos fijos en los de ella. Había tanto que quería decirle, tantas cosas que sentía y que las normas sociales le impedían expresar libremente. Pero sabía que Isabella entendía, que en la intimidad de esas miradas prolongadas compartían un lenguaje que iba más allá de las palabras.

—Isabella —dijo en voz baja, usando su nombre como un susurro íntimo—, todo lo que he hecho, todo lo que siento, lo hago porque usted ha traído luz a mi vida de una manera que no esperaba. No estoy aquí por cortesía, sino porque no puedo evitar querer estar cerca de usted.

El corazón de Isabella se aceleró ante la confesión, una mezcla de alegría y temor inundándola por igual. Sabía que lo que tenían era más que una simple atracción, pero sus inseguridades seguían acechándola, recordándole el dolor de su pasado y lo vulnerable que se sentía.

—Sebastian, no sé cómo manejar todo esto —admitió, sus palabras cargadas de honestidad—. Usted me hace sentir viva de nuevo, pero no quiero que mis miedos arruinen lo que podría ser algo hermoso.

Sebastian sonrió, sus manos temblando ligeramente al tomar las de Isabella, con una ternura que le arrancó el aliento.

—No hay prisa, Isabella. Lo único que quiero es demostrarte que mis intenciones son tan sinceras como mis sentimientos. No dejaré que nada ni nadie se interponga entre nosotros.

Entre miradas llenas de promesas y emociones contenidas, Isabella supo que, aunque los miedos seguían presentes, el amor que comenzaba a florecer entre ellos valía cada riesgo, cada susurro y cada paso incierto. Sebastian no solo era un hombre que le había devuelto la fe en sí misma, sino también la esperanza de que el futuro podía ser diferente.

CAPÍTULO 24

Sombras y Dudas

Los días que siguieron a la visita de Sebastian a la casa de los Whitmore fueron un torbellino de emociones para Isabella. El abanico que él le había regalado se había convertido en un objeto preciado que llevaba consigo a cada evento, como un recordatorio silencioso de la conexión que compartían. Sin embargo, junto con la dulzura de aquellos momentos, empezaron a surgir en su mente pequeñas dudas, fragmentos de conversaciones y miradas esquivas que la inquietaban más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Isabella no podía dejar de pensar en los rumores que habían circulado desde la llegada de Sebastian a Londres. Había escuchado susurros sobre su fortuna, sobre los negocios que había llevado a cabo en las Indias orientales, y aunque Sebastian nunca había ocultado la procedencia de su riqueza, había ciertos detalles que siempre esquivaba, ciertas preguntas que respondía con una sonrisa pero sin una verdadera explicación.

Fue durante una reunión en casa de Lady Bexley cuando Isabella comenzó a percibir con más fuerza esa sensación de que algo no cuadraba. Mientras las damas conversaban animadamente sobre los últimos eventos sociales, Isabella se encontraba sentada en un rincón, escuchando las palabras que llegaban a sus oídos como un murmullo lejano.

—Dicen que Lord Ashbourne tiene negocios en los que ningún caballero decente se atrevería a involucrarse —comentó una mujer con un tono confidencial, pero lo suficientemente alto para que todos la escucharan—. Comercio en las Indias, sí, pero ¿qué tipo de comercio? Nadie lo sabe con certeza.

Isabella sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. Había intentado ignorar esos comentarios en el pasado, pero ahora que su relación con Sebastian se volvía cada vez más cercana, no podía evitar preguntarse si había algo de verdad en aquellas insinuaciones. El misterio que envolvía a Sebastian, que tanto la había intrigado al principio, ahora comenzaba a transformarse en una sombra que se interponía entre ellos.

Esa misma tarde, al regresar a casa, Isabella no pudo contener sus pensamientos y se dirigió a su madre con una expresión que Lady Penelope no tardó en notar. Su hija estaba inquieta, y aunque había pasado por muchas emociones en los últimos meses, nunca la había visto tan afectada por algo que no pareciera tener nombre.

—Isabella, querida, ¿qué te preocupa? —preguntó Lady Penelope con suavidad, dejando a un lado su costura para dedicarle toda su atención.

Isabella suspiró, sentándose junto a su madre y tomando una de sus manos. Le costaba

expresar lo que sentía, pues ni siquiera ella misma sabía cómo poner en palabras la incertidumbre que la consumía.

—No puedo dejar de pensar en Sebastian —confesó finalmente—. He escuchado cosas, madre, cosas que no logro entender. Sé que lo que siento por él es real, pero no puedo evitar preguntarme si hay algo que no me está contando. ¿Y si tiene un motivo oculto para estar en Londres? ¿Y si...?

Lady Penelope la miró con ternura, acariciando su mano en un intento de consolarla. Sabía que las dudas eran naturales, especialmente después de todo lo que Isabella había vivido, pero también entendía que solo Sebastian podría darle las respuestas que necesitaba.

—Isabella, Lord Ashbourne siempre ha sido sincero contigo en lo que respecta a sus sentimientos —dijo Lady Penelope, tratando de apaciguar los temores de su hija—. Si hay algo más que necesita contarte, estoy segura de que lo hará cuando sea el momento adecuado. A veces, los hombres guardan secretos por temor a herirnos, no por malicia.

Las palabras de su madre le dieron algo de consuelo, pero la inquietud no desapareció del todo. Esa misma noche, Isabella decidió que no podía seguir viviendo con esas dudas y, con el corazón latiendo a un ritmo acelerado, se dirigió a la casa de Sebastian sin previo aviso. Al verla llegar, Sebastian se mostró sorprendido, pero no tardó en recibirla con esa sonrisa cálida que siempre lograba desarmarla.

—Isabella, no esperaba verte tan pronto —dijo él, intentando ocultar la preocupación que empezaba a dibujarse en su expresión—. ¿Ha ocurrido algo?

Isabella, sin rodeos, lo miró directamente a los ojos, su voz cargada de una mezcla de determinación y vulnerabilidad.

—Sebastian, necesito saber la verdad —dijo, con una firmeza que la sorprendió a sí misma—. No puedo seguir ignorando los comentarios que circulan sobre ti. Quiero confiar en ti, pero no puedo hacerlo si siento que me estás ocultando algo.

Sebastian suspiró profundamente, pasando una mano por su cabello negro con gesto frustrado. Sabía que este momento llegaría, pero no esperaba que lo enfrentaran tan pronto. Sentía una inmensa presión, no solo por los secretos que guardaba, sino porque sabía que la honestidad podía alejarlos justo cuando más necesitaban estar juntos.

—Isabella, nunca he querido ocultarte nada —respondió él, sus palabras medidas y cargadas de una sinceridad palpable—. Lo que he hecho en las Indias orientales no siempre ha sido sencillo, ni siempre ha seguido las normas más estrictas de la moral. La fortuna que poseo es fruto de años de esfuerzo, pero también de decisiones difíciles. No soy un hombre perfecto, y mucho de lo que se dice sobre mí está distorsionado o exagerado.

Isabella escuchó atentamente, sus ojos fijos en él, intentando descifrar cada matiz de su expresión. Sentía que Sebastian le decía la verdad, pero también percibía que había partes de

la historia que seguía ocultando, detalles que aún no estaba dispuesto a revelar.

—¿Entonces, por qué no me cuentas todo? —preguntó ella, con una mezcla de dolor y esperanza en su voz—. Si de verdad quieres que confíe en ti, necesito entender qué es lo que te trajo de vuelta a Londres y qué es lo que buscas realmente.

Sebastian se acercó a ella, tomando sus manos entre las suyas con una ternura que contrastaba con la tensión del momento.

—Porque no quiero que pienses que he venido aquí con intenciones oscuras —dijo, sus ojos grises llenos de un sentimiento que Isabella no pudo ignorar—. He vuelto a Londres porque quiero dejar atrás lo que fui, lo que tuve que hacer para sobrevivir y prosperar. Y contigo, Isabella, he encontrado una razón para quedarme, para construir algo verdadero.

Isabella sintió un nudo en la garganta. No podía ignorar la honestidad en sus palabras, pero tampoco podía evitar sentirse atrapada entre la necesidad de confiar y el miedo a que Sebastian le ocultara algo que podría cambiarlo todo.

—Solo te pido tiempo, Isabella —añadió él, apretando suavemente sus manos—. Dame la oportunidad de mostrarte que no soy como los demás, que lo que siento por ti es genuino y que no hay nada que quiera más que ser el hombre que mereces.

Isabella asintió lentamente, dejando que las palabras de Sebastian calmaran, al menos por el momento, la tormenta de dudas que la asediaba. Sabía que confiar en él implicaba aceptar que no todas las respuestas llegarían de inmediato, y que quizás tendría que enfrentarse a más incertidumbres en el camino. Pero mientras Sebastian la mirara de esa manera, con una mezcla de deseo y devoción, Isabella supo que estaba dispuesta a correr el riesgo, confiando en que el tiempo terminaría por revelar toda la verdad.

CAPÍTULO 25

El Valor de una Confesión

Los días se sucedieron lentamente, cada uno cargado con el peso de las dudas y las emociones no resueltas que atormentaban a Isabella. Las palabras de Sebastian, aunque reconfortantes, no habían disipado por completo sus temores. Era como si un velo de incertidumbre se interpusiera constantemente entre ellos, impidiéndole entregarse sin reservas a lo que sentía. Isabella sabía que sus inseguridades no eran culpa de Sebastian, pero también comprendía que las heridas del pasado no sanaban con facilidad.

Fue una tarde nublada cuando Isabella decidió que ya no podía continuar guardando para sí misma lo que sentía. Había pasado la mañana en su habitación, inquieta y perdida en sus pensamientos. La lluvia fina que golpeaba las ventanas le recordaba el día en que ella y Sebastian se habían refugiado juntos, cuando por un breve momento, todo había parecido tan claro y sencillo.

Después de mucho debatir consigo misma, Isabella se dirigió a la casa de Sebastian sin anunciarse. Al llegar, fue recibida con la misma cordialidad de siempre, pero notó de inmediato la sorpresa en los ojos de Sebastian al verla entrar en su estudio. Había algo en su mirada que la conmovió, una mezcla de preocupación y un cariño que no podía ocultar.

—Isabella, esto es... inesperado —dijo Sebastian, dejando a un lado los papeles que revisaba y levantándose para recibirla—. ¿Ha sucedido algo?

Isabella cerró la puerta detrás de ella, su corazón latiendo con fuerza mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas. Había llegado hasta allí sin un plan claro, impulsada únicamente por la necesidad de sincerarse, de liberar los sentimientos que había mantenido reprimidos por tanto tiempo.

—Sebastian, hay algo que necesito decirte —comenzó, su voz temblando ligeramente—. No puedo seguir ocultando lo que siento, ni a ti ni a mí misma.

Sebastian la miró con atención, su expresión suavizándose a medida que comprendía la seriedad de las palabras de Isabella. Había esperado este momento, pero no estaba preparado para lo que estaba a punto de escuchar. Se acercó lentamente, como si temiera romper la delicada frágil atmósfera que los rodeaba.

—Isabella, sabes que siempre puedes hablar conmigo con total sinceridad —respondió, su tono cargado de una ternura que Isabella no pudo ignorar—. No hay nada que puedas decir que cambie lo que siento por ti.

Isabella respiró hondo, intentando calmar el nudo de nervios que sentía en el estómago.

Había soñado con esta conversación muchas veces, pero ahora que la tenía frente a ella, la vulnerabilidad la invadía por completo.

—Te amo, Sebastian —confesó finalmente, sus palabras saliendo en un susurro cargado de emoción—. Te amo de una forma que no puedo controlar, que me asusta y que al mismo tiempo me da fuerzas. Pero también tengo miedo, miedo de que todo esto no sea más que una ilusión, de que termine lastimada y usada de nuevo, como lo fui antes.

Sebastian sintió que su corazón se detenía por un instante. Las palabras de Isabella eran todo lo que había esperado escuchar, pero el dolor en su voz lo golpeó con una fuerza inesperada. Verla tan frágil, luchando contra sus propios demonios, lo llenó de una mezcla de amor y rabia hacia todo lo que ella había tenido que soportar.

—Isabella... —dijo, acercándose un poco más, sus manos deseando tomar las de ella, pero deteniéndose a medio camino, como si temiera que un solo movimiento pudiera asustarla—. No sabes cuánto significa para mí escuchar esas palabras. Pero también sé cuánto te ha costado pronunciarlas, y no quiero que pienses, ni por un segundo, que no comprendo tus miedos.

Isabella lo miró, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas. Sebastian estaba tan cerca, y sin embargo, las barreras que ambos habían construido para protegerse seguían alzándose entre ellos.

—Todo en mí quiere confiar en ti, Sebastian —continuó ella, su voz quebrándose levemente—. Pero a veces no puedo evitar sentir que no soy lo suficientemente buena, que mi pasado es una carga demasiado pesada para que alguien la lleve conmigo. No quiero ser la mujer que vuelve a confiar ciegamente, solo para ser traicionada.

Sebastian sintió un nudo en la garganta. Ver a Isabella tan expuesta, tan honesta en su vulnerabilidad, lo hizo darse cuenta de la magnitud de lo que estaba en juego. No era solo una cuestión de amor, sino de redención para ambos. Se acercó un paso más y, con una delicadeza que casi lo desarmó, tomó las manos de Isabella entre las suyas.

—Isabella, lo último que quiero es que te sientas utilizada o menospreciada —dijo, sus palabras cargadas de una intensidad que no podía contener—. Mi amor por ti no es un capricho, no es una manera de llenar un vacío. Es real, tan real como todo lo que hemos vivido juntos. Nunca podría verte como algo menos que lo que eres: una mujer increíblemente fuerte y digna de todo lo bueno que la vida tiene para ofrecer.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por el rostro de Isabella, y Sebastian sintió cómo su propio corazón se estremecía. Sabía que debía ser cuidadoso, que debía encontrar la manera de demostrarle que sus sentimientos no eran fugaces, pero sobre todo, que ella no era un simple refugio temporal para sus propios miedos.

—No te prometo que todo será fácil —continuó Sebastian, con la voz quebrada por la

emoción—. Pero te prometo que nunca, nunca, te haré sentir menos de lo que mereces. No soy un hombre perfecto, y mi pasado está lleno de errores, pero contigo quiero construir algo verdadero, algo que dure más allá de los rumores y los juicios de los demás.

Isabella se dejó llevar por las palabras de Sebastian, permitiéndose sentir la profundidad de lo que él le ofrecía. No era una promesa vacía, ni una oferta de perfección, sino una declaración de amor sincera, libre de las pretensiones y las falsas esperanzas que tanto la habían herido en el pasado.

—Te creo, Sebastian —dijo finalmente, sus palabras resonando en la quietud de la habitación—. Quiero creer en nosotros, quiero confiar en que esto es más que un simple deseo. Pero necesito que me des tiempo, que me permitas sanar y aprender a confiar de nuevo.

Sebastian asintió, sus manos aun firmemente entrelazadas con las de Isabella. No había nada que deseara más que verla libre de los fantasmas que la atormentaban, y sabía que el camino sería largo, pero también que valdría cada paso.

—Tendrás todo el tiempo que necesites —prometió él, acercándose lo suficiente para besar suavemente su frente, un gesto lleno de amor y respeto—. No tienes que enfrentarlo todo sola, Isabella. Estoy aquí, y no pienso irme.

En la intimidad del estudio de Sebastian, bajo la tenue luz de la tarde que comenzaba a decaer, Isabella y Sebastian sellaron una promesa silenciosa. Un pacto de amor y confianza que los unía más allá de sus temores y que les daba la fuerza para seguir adelante, sabiendo que, juntos, podían enfrentar cualquier cosa que el destino les pusiera en el camino.

CAPÍTULO 26

Revelaciones Amargas

La tarde avanzaba con una lentitud asfixiante, envolviendo la casa de los Whitmore en un manto de inquietud que reflejaba a la perfección el estado de ánimo de Isabella. Había pasado días atrapada en una maraña de emociones, tratando de hallar consuelo en los pequeños momentos de ternura que compartía con Sebastian. Pero cuando apareció de improviso en su casa, con una expresión grave y un peso palpable en sus ojos, Isabella sintió que el frágil equilibrio que había construido se derrumbaba a sus pies.

—Isabella, hay algo que debo decirte —empezó Sebastian, sus palabras tensas y su mirada fija en ella, como si buscaran una manera de atravesar las barreras que estaban a punto de levantarse entre ambos—. No puedo seguir ocultándotelo, pero temo que lo que estoy a punto de confesarlo cambie todo entre nosotros.

Isabella lo miró, sus ojos brillando con una mezcla de sorpresa y temor. Había algo en el tono de Sebastian que le advertía que lo que estaba a punto de escuchar no solo afectaría su relación, sino también todo lo que creía saber sobre él. Con el corazón en la garganta, se sentó en uno de los sillones del salón, incapaz de anticipar lo que estaba por venir.

—¿Qué sucede, Sebastian? —preguntó, su voz apenas un susurro mientras sus dedos se entrelazaban nerviosamente—. Habla, por favor.

Sebastian se sentó frente a ella, su expresión cargada de una mezcla de culpa y determinación. Sabía que lo que estaba a punto de revelar podría destruir la confianza que Isabella había depositado en él, pero no podía seguir escondiéndole la verdad, no cuando su misión en Londres se entrelazaba peligrosamente con su historia personal.

—Volví a Londres no solo para rehacer mi vida —comenzó, con una voz que delataba la lucha interna que libraba—. Estoy aquí para investigar negocios turbios en los que Sir Charles está involucrado. Él ha estado operando en las sombras, aprovechándose de su influencia y de sus contactos para amasar una fortuna de maneras deshonestas.

El nombre de Sir Charles resonó en la mente de Isabella como un golpe contundente. Su antiguo prometido, el hombre que había destruido su reputación y su dignidad, volvía a irrumpir en su vida, pero esta vez a través de la persona en la que más confiaba. Isabella sintió un vértigo repentino, una oleada de confusión y dolor que la dejó paralizada.

—¿Sir Charles? —repitió, sin poder procesar completamente lo que Sebastian le estaba diciendo—. ¿Quieres decir que tu regreso a Londres tiene que ver con él? ¿Que todo este tiempo has estado investigándolo?

Sebastian asintió, el remordimiento evidente en su mirada. Quería acercarse a ella, tocarla, pero sabía que cualquier gesto ahora podía parecer vacío y calculado. Isabella se levantó del sillón, retrocediendo un paso, como si necesitara poner distancia entre ellos para protegerse.

—¿Entonces esto no ha sido más que un juego para ti? —preguntó Isabella, su voz temblando de indignación y desamparo—. ¿Te has acercado a mí porque formo parte de todo esto? ¿Porque pensaste que podría ser útil?

Las palabras de Isabella lo atravesaron como un cuchillo. Nunca había querido que ella se sintiera utilizada, y verla así, rota y llena de dolor, era la peor consecuencia de su verdad.

—No, Isabella, no es así —replicó, acercándose con cautela—. Te lo juro, mi interés por ti es real, mi amor es verdadero. Pero mi deber de detener a Charles no podía esperar, y pensé que mantenerte al margen de todo te protegería.

Isabella negó con la cabeza, incapaz de contener las lágrimas que comenzaban a brotar de sus ojos. Su pecho se llenaba de una mezcla de rabia, decepción y una tristeza profunda que la dejaba sin aliento. Sebastian, el hombre en quien había comenzado a confiar de nuevo, había ocultado una parte de sí mismo que la involucraba en su oscuro propósito.

—No puedo creerlo —susurró, su voz quebrada por la emoción—. Todo este tiempo, pensé que podía confiar en ti, que lo que sentíamos era real, pero ahora no puedo evitar sentir que he sido engañada de nuevo. Eres igual que él, como Charles. Me has usado como un trozo de carne, como alguien que puedes manipular para tus propios fines.

Sebastian sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies. Quería gritar que no era cierto, que nunca había querido lastimarla, pero sabía que sus palabras no serían suficientes para calmar la tormenta que había desatado. Isabella lo miraba con una mezcla de dolor y asco, como si todo lo que habían compartido se hubiera convertido en una mentira amarga.

—No es así, Isabella. No es así —insistió Sebastian, su voz desesperada mientras intentaba acercarse a ella una vez más—. Lo que sentimos, lo que vivimos juntos, ha sido lo único auténtico en todo esto. Nunca, nunca quise hacerte daño.

Pero Isabella ya no podía escuchar. Su mente volvía una y otra vez al recuerdo de su encuentro en la cabaña, de cómo se había entregado a él con la creencia de que había encontrado a alguien que la valoraba, que la veía como algo más que un cuerpo y un pasado manchado. Ahora, ese recuerdo se sentía contaminado, y cada caricia, cada beso, se convertía en un recordatorio de su vulnerabilidad.

Sebastian, viendo que sus palabras no lograban alcanzarla, sintió que lo único que podía hacer era alejarse, dejarla procesar la verdad por sí misma. Se despidió con una disculpa silenciosa y salió del salón, con el peso de la culpa hundiéndolo más con cada paso que daba hacia la puerta.

Cuando Isabella escuchó el sonido de la puerta cerrándose tras él, la contención que había

mantenido se desmoronó por completo. Se dejó caer en el sillón, sus sollozos resonando en la habitación vacía mientras las lágrimas corrían sin control. El dolor de la traición la envolvía, oprimiéndole el pecho como una garra que no la dejaba respirar.

Isabella apretó los puños contra su pecho, recordando la calidez de Sebastian en aquella tormentosa tarde, cuando sus cuerpos se habían encontrado en una conexión que ella había creído pura y sincera. Pero ahora, todo lo que sentía era una mezcla amarga de engaño y vergüenza. Se sentía sucia, utilizada, como si su cuerpo no fuera más que un peón en un juego que nunca quiso jugar.

Los recuerdos se arremolinaban en su mente, invadiéndola con imágenes de las manos de Sebastian sobre su piel, de sus labios susurrando promesas de amor y devoción que ahora parecían vacías. Cada pensamiento la hería más profundamente, y se odiaba a sí misma por haber permitido que su corazón se abriera una vez más, solo para ser destrozado.

—¿Cómo pude ser tan ingenua? —murmuró entre lágrimas, su voz ahogada por el llanto—. ¿Cómo pude creer que esta vez sería diferente?

Isabella se abrazó a sí misma, temblando de dolor y rabia, deseando borrar cada momento de intimidad que había compartido con Sebastian. Se sentía traicionada no solo por él, sino por su propia debilidad, por haber permitido que su corazón se expusiera una vez más a alguien que la había engañado, igual que Charles.

El salón, que había sido testigo de sus confesiones y esperanzas, ahora se convertía en una prisión de recuerdos amargos, y cada rincón parecía recordarle lo ingenua que había sido al confiar en otro hombre. Isabella cerró los ojos, dejando que el llanto la consumiera por completo, incapaz de encontrar consuelo en nada más que su propia angustia.

Isabella se quedó sola con su dolor, sintiendo que todo lo que había construido con Sebastian se desvanecía en la oscuridad, dejando tras de sí un vacío insoportable que la hacía temer que jamás volvería a confiar en el amor.

Capítulo 27

Un Encuentro de Voluntades

Los días que siguieron a la desgarradora confesión de Sebastian fueron un suplicio interminable para Isabella. Cada rincón de la casa, cada objeto familiar, le recordaba el dolor y la traición que había sentido al escuchar las palabras de Sebastian, mezclando su amor con una verdad que la desgarraba. Se encerró en sí misma, evitando cualquier contacto con el exterior, incapaz de enfrentarse a las miradas de quienes la rodeaban y, sobre todo, incapaz de enfrentar a Sebastian.

Lady Penelope intentó en vano consolar a su hija, pero Isabella estaba sumida en un mar de emociones que no sabía cómo manejar. Sentía que, de nuevo, su corazón había sido manipulado y su confianza quebrada, y aunque una parte de ella seguía amando a Sebastian, el miedo a ser utilizada era un peso que la mantenía prisionera. Cada vez que pensaba en él, la vergüenza la invadía, recordándole el amargo error de haberse entregado a alguien que no había sido completamente honesto.

En medio de este tormento, Isabella volvió a la librería donde había encontrado a Sebastian por primera vez. Era un refugio silencioso, un lugar donde podía perderse entre las palabras de otros y apartarse de su propia realidad, aunque fuera solo por un momento. Pero incluso allí, entre las estanterías llenas de volúmenes polvorientos, la figura de Sebastian parecía seguirla, inquebrantable, como un fantasma que no podía desterrar.

Mientras hojeaba un libro sin prestar verdadera atención a sus palabras, Isabella escuchó el sonido familiar de la campanilla de la puerta al abrirse. Miró instintivamente y, para su sorpresa y pesar, allí estaba Sebastian, con la misma intensidad en su mirada que la había cautivado desde el primer día. Había una determinación en su expresión que la hizo sentir una mezcla de rabia y vulnerabilidad, emociones que había tratado de mantener a raya.

—Isabella —saludó Sebastian, su voz firme pero cargada de una suavidad que contrastaba con la tensión del momento—. No esperaba encontrarte aquí, pero me alegro de verte.

Isabella cerró el libro de golpe, sus manos temblando ligeramente mientras intentaba mantener la compostura. No estaba preparada para enfrentarlo, no después de todo lo que había pasado, pero tampoco podía ignorar la realidad de su presencia, tan imponente y desconcertante.

—¿Qué haces aquí, Sebastian? —preguntó, su tono distante, tratando de ocultar la mezcla de dolor y añoranza que sentía al verlo—. Pensé que habíamos dicho todo lo que había que decir.

Sebastian avanzó hacia ella, su figura alta y resuelta destacando entre las sombras de la librería. No había nada de arrogancia en su postura, solo una urgencia evidente por aclarar lo que había quedado pendiente entre ellos.

—No he venido a obligarte a nada, Isabella —comenzó, deteniéndose a una distancia prudente, como si temiera que un movimiento en falso pudiera hacerla huir—. Solo quiero que me escuches. Sé que te lastimé, y lamento profundamente haberte hecho sentir como si fueras un peón en algo más grande. Esa nunca fue mi intención.

Isabella lo miró, sus ojos llenos de lágrimas contenidas. Había tantas cosas que quería decirle, tantas acusaciones y preguntas que se agolpaban en su mente, pero se sentía demasiado agotada, demasiado rota como para enfrentarlo de la manera en que hubiera querido.

—Todo esto me ha hecho sentir que no soy más que un trofeo para los hombres —confesó finalmente, su voz quebrándose mientras hablaba—. Charles me usó y me abandonó. Ahora, todo lo que has dicho me hace sentir que he caído en la misma trampa, otra vez. ¿Cómo puedo creer que no soy solo una conquista más para ti, Sebastian?

Sebastian dio un paso más, acortando la distancia entre ellos con una mirada que revelaba tanto dolor como determinación.

—Porque tú no eres una conquista, Isabella. Nunca lo fuiste y nunca lo serás —respondió, su voz cargada de una intensidad que casi la desarmó—. Tú eres la única persona que me ha visto por lo que soy, más allá de las riquezas, de los rumores, de las mentiras. Y lo que siento por ti no tiene nada que ver con juegos o estrategias. Te quiero a mi lado, no como una pieza de una venganza, sino como mi igual, mi compañera.

Isabella lo escuchaba, sus emociones oscilando entre la incredulidad y una esperanza que no se atrevía a admitir. La sinceridad en la voz de Sebastian era innegable, pero la herida aún estaba fresca, y su corazón, tan castigado por las traiciones del pasado, no podía simplemente borrar el dolor.

—Todo lo que he hecho desde que volví a Londres ha sido para desenmascarar a Charles, no solo por los negocios oscuros, sino porque sabía que su influencia aún se extendía sobre ti —continuó Sebastian, su voz casi suplicante—. Ver lo que te hizo y saber que, de alguna manera, aún te mantiene encadenada a esa vergüenza me ha impulsado más que cualquier otra cosa. Pero mi amor por ti ha sido lo único que me ha dado fuerza. No quiero que pienses, ni por un segundo, que he usado eso en tu contra.

Isabella sintió que su coraza se resquebrajaba lentamente, cada palabra de Sebastian perforando las defensas que había levantado para protegerse. Sus ojos se llenaron de lágrimas que esta vez no pudo contener, y se giró, intentando ocultar su vulnerabilidad, pero Sebastian no se movió, permaneciendo a su lado como un faro en medio de la tormenta.

—No puedo soportar la idea de ser solo una más, Sebastian —admitió Isabella, sus lágrimas cayendo libremente ahora, liberando todo el dolor y la frustración que había acumulado—. Quiero creer en lo que dices, pero tengo tanto miedo. Miedo de entregarme de nuevo y ser destrozada. Miedo de no ser suficiente.

Sebastian, sin pensarlo dos veces, la tomó suavemente por los hombros, obligándola a mirarlo a los ojos, esos ojos grises que siempre habían encontrado una manera de calmarla y encenderla al mismo tiempo.

—Isabella, eres más que suficiente. Eres todo lo que he estado buscando, incluso cuando no sabía que lo necesitaba —dijo, con una intensidad que la envolvía—. No te quiero por lo que fuiste o por lo que otros dicen de ti. Te quiero por quién eres, por la mujer fuerte, inteligente y valiente que no teme enfrentarse a su propio dolor. Quiero estar a tu lado, no para salvarte, sino para caminar contigo, como iguales.

Las palabras de Sebastian atravesaron el miedo de Isabella, y por un momento, todo lo que la había frenado pareció desvanecerse. Sintió la verdad en su voz, la honestidad cruda y sin adornos que tanto había anhelado, y aunque las cicatrices aún estaban ahí, algo en su interior comenzó a sanar.

Isabella rompió a llorar, esta vez sin contenerse, dejando salir todas las emociones que había reprimido por tanto tiempo. Sebastian la sostuvo, firme pero gentil, y en ese abrazo, Isabella sintió que tal vez, solo tal vez, este hombre que la miraba con devoción y respeto era diferente. Quizás, después de todo, su amor no era un juego, sino la oportunidad de construir algo verdadero y libre de las sombras del pasado.

CAPÍTULO 28

La Confrontación Ineludible

Los días pasaban con una mezcla de tensión y esperanza en la vida de Isabella. La sinceridad de Sebastian y sus promesas seguían resonando en su mente, como un bálsamo que suavizaba las heridas de su pasado, pero la sombra de Sir Charles Standish aún se cernía sobre ellos, amenazando con arrebatarse la paz que tanto ansiaban. Isabella se esforzaba por mantener la calma, sabiendo que Sebastian estaba decidido a desentrañar los oscuros negocios de Charles, pero una parte de ella no podía evitar sentir miedo de lo que podría desencadenarse.

La noticia de que Sir Charles había sido visto nuevamente en los círculos sociales de Londres no tardó en llegar a los oídos de Isabella. Aunque había intentado mantenerse al margen, Charles seguía siendo un nombre que resonaba en cada conversación, un hombre cuya influencia había comenzado a tambalearse con los recientes rumores sobre su ruina y sus inversiones sospechosas.

Una tarde, mientras Isabella paseaba con su madre en los jardines de una casa señorial, la figura inconfundible de Sir Charles apareció entre la multitud, con una sonrisa que todavía conservaba ese aire de superioridad que tanto la había atormentado. Isabella sintió un escalofrío recorrer su espalda al verlo, pero decidió mantener la compostura. Sabía que, tarde o temprano, tendría que enfrentarlo.

—Isabella, qué sorpresa encontrarte aquí —dijo Charles, acercándose con la familiaridad de quien no conoce límites ni arrepentimiento—. Hace tiempo que no conversamos, ¿no te parece?

Isabella se quedó en silencio por un instante, luchando contra el impulso de huir. Charles, con su cabello dorado y sus ojos azules, aún conservaba esa apariencia pulida y encantadora, pero Isabella ya no era la misma joven ingenua que se había dejado engañar por sus promesas vacías.

—Sir Charles —respondió finalmente, su voz firme y controlada—. No esperaba verte, pero entiendo que siempre encuentras la manera de aparecer donde menos se te necesita.

Charles sonrió, aunque la tensión en sus ojos delataba que no estaba tan cómodo como aparentaba. Era evidente que las cosas no estaban saliendo como él había planeado, y su presencia allí solo confirmaba que buscaba algo más que una simple charla.

—He oído muchos rumores últimamente —continuó él, sin perder ese tono condescendiente—. Cosas sobre ti, sobre tus... nuevos conocidos. Parece que has encontrado un protector dispuesto a todo, ¿no es así?

Isabella sintió cómo la rabia y la frustración comenzaban a burbujear dentro de ella. Charles seguía intentando manipular la narrativa a su favor, insinuando que su cercanía con Sebastian no era más que otra relación ventajosa, una oportunidad para salvar su maltrecha reputación. Pero esta vez, Isabella no se dejó amedrentar.

—No necesito un protector, Charles, y mucho menos de alguien como tú —replicó, sus palabras afiladas como dagas—. Y si lo que quieres es convencerme de que vuelva a confiar en ti, te aseguro que es una batalla perdida.

Charles pareció tambalearse ante la firmeza de Isabella. La joven que había manipulado y abandonado ahora se le enfrentaba con una fuerza que no había previsto, y por primera vez, su sonrisa se desvaneció, dejando a la vista la verdadera intención detrás de su acercamiento: el miedo.

—Isabella, no pretendo lastimarte —dijo, intentando suavizar su tono—. Solo quiero... hablar. Me he dado cuenta de que cometí errores, pero estoy dispuesto a corregirlos. Tú y yo, podríamos...

Antes de que pudiera terminar la frase, Sebastian apareció entre la multitud, su figura alta y segura atrayendo la atención de todos los presentes. Sus ojos grises se clavaron en Charles con una mezcla de desafío y desdén, y el ambiente se tensó de inmediato, como si el aire mismo se hubiera vuelto más denso.

—Sir Charles, creo que ya has dicho suficiente —interrumpió Sebastian, su voz firme y resonante—. Isabella no necesita tus disculpas, y mucho menos tus excusas. Ella ha superado todo lo que tú le has hecho, y no permitiré que sigas intentando manipularla.

Charles retrocedió un paso, su rostro palideciendo al ver a Sebastian interponerse entre él e Isabella. Por un momento, la arrogancia que tanto lo había caracterizado pareció desvanecerse, reemplazada por una expresión de nerviosismo que no pudo ocultar.

—Ashbourne, no tienes idea de lo que hablas —replicó Charles, tratando de mantener la compostura—. Esto no te concierne. Isabella y yo...

—Esto me concierne más de lo que crees —lo cortó Sebastian, su voz cada vez más dura—. Porque no se trata solo de lo que le hiciste a Isabella, sino de todo lo que has estado haciendo a espaldas de los demás. Tus negocios turbios, tus mentiras, tu constante intento de arruinar a quienes se interponen en tu camino. Ya no puedes seguir escondiéndote, Charles.

Un murmullo de sorpresa recorrió a los presentes. Los invitados, que hasta entonces habían fingido no escuchar, comenzaron a prestar atención, fascinados y horrorizados por la confrontación pública que se desarrollaba ante sus ojos. Charles intentó replicar, pero Sebastian no le dio oportunidad.

—He investigado cada uno de tus movimientos —continuó Sebastian, con la mirada clavada en Charles—. Sabes perfectamente que tus inversiones no son más que un fraude, que

tus socios están huyendo de ti porque has llevado todo al borde de la ruina. Y no me hagas hablar de tus tratos ilegales, de las vidas que has destruido con tu avaricia. Isabella merece saber la verdad, y todos aquí merecen saber quién eres realmente.

El rostro de Charles se contorsionó en una mueca de rabia contenida, pero también de miedo. No había esperado que Sebastian lo desenmascarara de manera tan pública, y ahora no solo su posición, sino también su reputación, se tambaleaban peligrosamente.

—Todo lo que dices no son más que calumnias —espetó Charles, intentando sin éxito recuperar su aplomo—. Nadie te creerá, Ashbourne. No eres más que un extranjero con una fortuna sospechosa. ¿Por qué iban a tomar en serio tus palabras?

Sebastian no se inmutó, sus ojos manteniéndose fijos en los de Charles, sin dejar lugar a dudas sobre su determinación.

—Porque yo no necesito mentir, Charles —respondió, su voz baja pero llena de convicción—. Todo lo que he dicho puedo probarlo, y tú lo sabes. Este juego de engaños ha terminado, y ya no tienes a dónde escapar.

Isabella observó la escena con una mezcla de asombro y alivio. Sebastian había hecho lo que ella nunca se había atrevido a soñar: enfrentarse a Charles con una firmeza y valentía que lo despojaba de todo poder. Ver al hombre que la había lastimado quedar expuesto y vulnerable le dio una sensación de justicia que jamás pensó experimentar.

Cuando Charles, humillado y sin argumentos, se dio la vuelta y abandonó el jardín, el murmullo de los invitados se convirtió en una muralla de rumores que no dejarían de perseguirlo. Isabella sintió que un peso se levantaba de sus hombros, pero también que el verdadero impacto de la confrontación apenas comenzaba a calar en su ser.

Sebastian se volvió hacia ella, sus ojos buscando los de Isabella con una mezcla de orgullo y un silencioso pedido de perdón. Había defendido su honor, pero también había revelado su propio compromiso con la verdad, y ahora, más que nunca, Isabella entendía que este hombre estaba dispuesto a luchar a su lado, no solo por ella, sino por todo lo que representaba.

—Esto no ha terminado, Isabella —dijo Sebastian, acercándose con cautela—. Pero prometo que seguiré aquí, enfrentando lo que venga, contigo.

Isabella asintió, sintiendo que, aunque el camino seguía siendo incierto, la verdad finalmente había salido a la luz. Y con esa verdad, quizá, también la posibilidad de un nuevo comienzo, más allá de las sombras que Charles había intentado imponer sobre ellos. Una posibilidad que ahora, junto a Sebastian, estaba dispuesta a explorar, sin miedo y con la fuerza que él le había enseñado a recuperar.

CAPÍTULO 29

Una Propuesta Inesperada

Las semanas que siguieron a la confrontación pública con Sir Charles fueron un remanso de paz y liberación para Isabella. Aunque la sociedad londinense, siempre ávida de rumores, no dejó de comentar el escándalo, Isabella se sintió por primera vez en mucho tiempo libre de la carga que Charles había impuesto sobre su vida. Sebastian había expuesto las mentiras y traiciones que Charles había tejido, y aunque el costo de esa revelación había sido alto, también había traído consigo la claridad que ambos necesitaban para seguir adelante.

Isabella pasaba sus días reflexionando sobre todo lo que había sucedido. El coraje de Sebastian, su inquebrantable lealtad y la manera en que había defendido su honor frente a toda la alta sociedad la habían conmovido profundamente. Poco a poco, los muros que había levantado en torno a su corazón comenzaron a desmoronarse, y el miedo que la había mantenido distante se fue disipando, dejando lugar a una nueva y creciente certeza.

Una tarde, mientras Isabella se encontraba en los jardines de su casa, absorta en sus pensamientos, vio a Sebastian acercarse con paso decidido. Sus ojos grises, siempre tan penetrantes, la observaban con una intensidad que hacía que su corazón latiera con fuerza. Había algo diferente en él, una mezcla de emoción y nerviosismo que no había visto antes, y que solo contribuyó a aumentar su propia ansiedad.

—Isabella, ¿puedo hablar contigo? —preguntó Sebastian, su voz suave pero cargada de una urgencia que no pasó desapercibida.

Isabella asintió, dejando el libro que tenía en las manos a un lado y levantándose para recibirlo. La cercanía de Sebastian siempre la había inquietado y atraído al mismo tiempo, y ahora, más que nunca, se sentía vulnerable y a la vez dispuesta a enfrentar lo que él tuviera que decir.

—Por supuesto, Sebastian. Siempre tienes un lugar a mi lado —respondió ella, sus palabras sinceras, aunque su corazón latía desbocado.

Sebastian sonrió, aunque la tensión seguía presente en sus rasgos. Dio un paso más, acortando la distancia entre ellos, y tomó la mano de Isabella con una delicadeza que la hizo estremecer.

—Desde el momento en que te conocí, supe que había algo especial en ti, Isabella —comenzó, sus palabras cargadas de una honestidad que hizo que los ojos de Isabella se llenaran de emoción—. Has sido mi fortaleza, incluso cuando no me di cuenta de cuánto necesitaba alguien que me viera más allá de lo que aparento ser. Me has dado más de lo que

puedo expresar, y me has hecho entender que no quiero enfrentar lo que venga sin ti a mi lado.

Isabella lo miró, sus ojos avellana brillando con una mezcla de sorpresa y ternura. Cada palabra de Sebastian llegaba directamente a su corazón, resonando con una verdad que había estado negándose a admitir.

—Sebastian... —susurró, pero él la interrumpió suavemente, apretando su mano con un afecto palpable.

—Déjame terminar, por favor —pidió él, y ella asintió, su aliento contenido mientras esperaba sus próximas palabras—. Lo que quiero decir, Isabella, es que te amo. Te amo más de lo que creí posible, y no quiero pasar un solo día más sin poder llamarte mi esposa. Quiero que seas mi compañera, mi igual, y la mujer con la que comparta cada triunfo y cada desafío.

El tiempo pareció detenerse para Isabella. Las palabras de Sebastian eran un bálsamo para su alma, pero también traían consigo una oleada de recuerdos y dudas. Había soñado con este momento, pero nunca se había atrevido a imaginar que llegaría de esta manera, tan auténtica y sincera.

—Sebastian... no sé qué decir —respondió, sus palabras llenas de emoción—. Siempre he soñado con encontrar un amor verdadero, uno que no esté condicionado por lo que la sociedad dicta, sino por lo que los corazones sienten. Pero aún me aterra la idea de entregarme por completo y ser lastimada otra vez.

Sebastian la miró con una ternura infinita, entendiendo cada una de sus preocupaciones. Sabía que el camino hasta aquí no había sido fácil para ninguno de los dos, pero también sabía que juntos podían enfrentar cualquier obstáculo.

—No te pido que olvides el pasado, Isabella —dijo, acercándose un poco más, sus manos ahora sosteniendo suavemente las mejillas de ella—. Solo te pido que me des la oportunidad de demostrarte que lo nuestro puede ser diferente. No soy un hombre perfecto, pero prometo dedicar cada día de mi vida a amarte y respetarte como te mereces.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de Isabella. No eran lágrimas de tristeza, sino de alivio y felicidad. Por primera vez, se sentía vista, amada y valorada por lo que era, sin la necesidad de esconderse ni disculparse por su pasado.

—Sí, Sebastian, sí quiero ser tu esposa —dijo finalmente, su voz llena de una seguridad que la sorprendió incluso a ella misma—. Quiero compartir mi vida contigo, con todos nuestros miedos, pero también con todas nuestras esperanzas.

Sebastian sonrió, su corazón desbordante de alegría al escuchar su respuesta. La abrazó con fuerza, sellando la promesa que acababan de hacerse con un beso cargado de amor y devoción. En ese momento, todas las dudas y temores parecieron desvanecerse, y lo único que importaba era el futuro que estaban a punto de construir juntos.

La boda se celebró pocos días después, en una ceremonia íntima y sencilla, justo como Isabella lo había deseado. No hubo grandes salones ni multitudes de invitados, solo los amigos y familiares más cercanos, reunidos en la pequeña capilla que había sido testigo de tantos momentos importantes en la vida de Isabella.

Isabella caminó hacia el altar del brazo de su madre, sus ojos fijos en Sebastian, que la esperaba con una expresión de amor y admiración que la llenó de una calidez indescriptible. El vestido de novia, simple pero elegante, resaltaba su belleza natural, y cada paso que daba parecía acercarla más a la vida que siempre había soñado, pero que nunca se había atrevido a creer posible.

—Estás preciosa —murmuró Sebastian cuando Isabella llegó a su lado, sus ojos grises brillando con una emoción contenida—. No puedo creer que seas mía.

Isabella sonrió, sus lágrimas de felicidad mezclándose con la risa suave que escapó de sus labios. La ceremonia transcurrió en un susurro de promesas y votos, y cuando finalmente fueron declarados marido y mujer, Isabella sintió que su corazón estallaba de alegría.

La recepción se llevó a cabo en un jardín adornado con flores y luces tenues que creaban un ambiente íntimo y mágico. Sebastian y Isabella abrieron el baile con un vals lento, envueltos en un momento que parecía solo de ellos, mientras los invitados los miraban con cariño y admiración.

Para Isabella, aquel día marcó no solo el comienzo de una nueva etapa, sino también el final de un ciclo de dolor y autodescubrimiento. Estaba decidida a vivir plenamente, a disfrutar de cada instante junto a Sebastian, sabiendo que ambos habían luchado por llegar hasta allí y que, pase lo que pase, su amor era lo suficientemente fuerte para resistir cualquier tormenta.

Mientras bailaban, Isabella apoyó su cabeza en el hombro de Sebastian, sintiéndose segura y amada, y supo con absoluta certeza que había tomado la decisión correcta. Había encontrado a su igual, a su compañero, y juntos, estaban listos para enfrentar el futuro que se desplegaba ante ellos.

CAPÍTULO 30

Un Nuevo Comienzo

Con la boda ya convertida en un hermoso recuerdo, Isabella y Sebastian comenzaron a planear su vida juntos, deseosos de explorar las posibilidades que el futuro les ofrecía. Londres, con su bullicio constante y la sociedad siempre al acecho de rumores, se había vuelto un lugar de intrigas agotadoras. Ambos deseaban dejar atrás la ciudad que había sido testigo de sus luchas y buscar un respiro en un lugar donde pudieran ser ellos mismos, lejos de las miradas inquisitivas y los juicios implacables.

Sebastian, sabiendo lo mucho que le debía a las tierras donde había forjado su fortuna, propuso una idea que encendió la curiosidad de Isabella: viajar a las Indias orientales, donde él poseía varias propiedades que había adquirido a lo largo de los años. La idea de un viaje tan lejano y exótico, lleno de promesas de paisajes desconocidos y nuevas experiencias, emocionó a Isabella, quien no había tenido muchas oportunidades de salir del rígido marco de la alta sociedad londinense.

—Será una aventura —dijo Sebastian, su tono cargado de entusiasmo mientras revisaban juntos los mapas y documentos de las propiedades—. Quiero mostrarte todo lo que he construido allá, cada plantación, cada rincón de esas tierras que me enseñaron tanto. Es un mundo completamente diferente al que conocemos aquí.

Isabella lo observó, viendo en sus ojos una luz que rara vez había visto antes. No solo era el deseo de mostrarle sus logros, sino también la oportunidad de compartir una parte de su vida que había mantenido distante, como un capítulo inexplorado de su historia.

—Me encantaría verlo todo —respondió Isabella con una sonrisa, dejando que la emoción se deslizara en su voz—. Siempre he soñado con viajar y conocer otros lugares, pero nunca pensé que tendría la oportunidad de hacerlo de esta manera, contigo.

Los preparativos para el viaje se llevaron a cabo con una mezcla de prisa y expectativa. Aunque había ciertas preocupaciones por parte de sus familias, especialmente de Lady Penelope, que temía por la seguridad de su hija en tierras tan lejanas, Isabella estaba decidida a seguir adelante. Sentía que este viaje no solo sería una forma de conocer el pasado de Sebastian, sino también de escribir su propia historia lejos de los confines que Londres les había impuesto.

El día de la partida llegó con una fresca brisa marina que envolvía el puerto de Londres. Isabella y Sebastian, rodeados de baúles y maletas, se subieron al majestuoso barco que los llevaría a través del océano hacia las tierras de las especias y los tesoros exóticos. El barco

zarpó con un suave balanceo, y mientras Londres se desvanecía en el horizonte, Isabella sintió una mezcla de nerviosismo y libertad.

—Esto es solo el comienzo, Isabella —le susurró Sebastian al oído mientras observaban cómo las costas inglesas desaparecían lentamente—. Allá encontraremos nuevas oportunidades y, quién sabe, quizás una vida diferente a la que jamás imaginamos.

El viaje fue largo, pero cada día a bordo del barco los acercaba más a su destino y a una vida llena de promesas. Isabella, con la curiosidad que siempre la había caracterizado, pasó horas explorando el navío, aprendiendo sobre las rutas marítimas y las culturas que pronto conocería. Sebastian, por su parte, la observaba con una mezcla de admiración y orgullo, encantado de ver cómo su esposa se desenvolvía con una gracia que pocos podían igualar.

Cuando finalmente avistaron la costa de las Indias orientales, Isabella sintió que su corazón se aceleraba al contemplar el paisaje que se desplegaba ante ellos. A lo lejos, las tierras se extendían en un vibrante mosaico de verdes intensos y colores desconocidos, con colinas y montañas que parecían emerger del mar como antiguas guardianas de secretos milenarios.

El puerto estaba lleno de vida y actividad, con mercaderes y comerciantes que se movían de un lado a otro, cargando y descargando mercancías, y un sinfín de aromas especiados que llenaban el aire con una mezcla embriagadora de canela, clavo y cardamomo. Isabella no podía evitar maravillarse ante la riqueza de colores y sonidos, todo tan diferente de los salones formales y las calles ordenadas de Londres.

—Bienvenida a las Indias orientales —dijo Sebastian, extendiendo su mano hacia ella mientras descendían del barco—. Este es un lugar que nunca deja de sorprender, incluso después de todos estos años.

Isabella tomó su mano, dejando que el calor de su toque la reconfortara mientras se adentraban en este nuevo y vibrante mundo. Cada paso que daban era un descubrimiento, desde las plantaciones que Sebastian había cuidado con tanto esmero hasta las imponentes mansiones coloniales que se alzaban como testimonios de un pasado de riquezas y desafíos.

Uno de los primeros lugares que visitaron fue una de las plantaciones de especias más grandes de Sebastian. Isabella quedó fascinada por la manera en que él la guiaba a través de los campos, explicándole cada detalle con una pasión que la conmovía profundamente. Era evidente que Sebastian no solo veía estas tierras como una fuente de ingresos, sino como un legado que había construido con esfuerzo y dedicación.

—Aquí pasé muchos años de mi vida —le confesó, su voz teñida de nostalgia mientras observaban a los trabajadores cosechar las especias con habilidad y precisión—. Estas tierras me enseñaron tanto, me dieron un propósito cuando pensaba que lo había perdido todo. Y ahora, tenerte aquí, compartiendo esto conmigo, lo hace aún más especial.

Isabella sintió una oleada de orgullo al escuchar las palabras de Sebastian. Había mucho más en él de lo que la alta sociedad londinense jamás entendería; más allá de la fortuna, más allá del misterio, había un hombre con un profundo sentido de pertenencia y un deseo incansable de forjar su propio camino.

Los días que pasaron en las Indias orientales fueron una mezcla de descubrimientos y nuevas aventuras. Isabella se sumergió en la cultura local, fascinada por los mercados llenos de textiles brillantes, los templos antiguos y la gente amable que siempre recibía a los recién llegados con una sonrisa. Era un mundo que la atrapaba con cada detalle, y cada jornada se convertía en una historia para recordar.

Pero no todo eran momentos de ensueño. También enfrentaron desafíos, desde las diferencias culturales hasta las dificultades de adaptarse a un clima y ritmo de vida tan distintos. Sin embargo, esos obstáculos solo sirvieron para fortalecer su relación, obligándolos a confiar el uno en el otro y a trabajar juntos para superar cualquier inconveniente.

—Cada día aquí se siente como una nueva promesa —dijo Isabella una noche, mientras contemplaban juntos la puesta de sol desde la terraza de una de las casas de Sebastian—. No sé qué nos deparará el futuro, pero estoy feliz de enfrentarlo contigo, sin importar dónde estemos.

Sebastian la rodeó con su brazo, besándola suavemente en la frente, su mirada fija en el horizonte que se teñía de tonos anaranjados y dorados. Sabía que este viaje era solo el comienzo de una vida llena de desafíos, pero también de infinitas posibilidades. Y con Isabella a su lado, sentía que no había rincón del mundo que no pudieran explorar juntos.

Decididos a aprovechar al máximo esta nueva etapa, Isabella y Sebastian se entregaron a la promesa de un futuro en el que podían ser completamente ellos mismos, lejos de las intrigas y restricciones de Londres. Y mientras el sol se hundía en el mar, ambos sabían que, sin importar lo que viniera, su amor y su mutua confianza serían el motor que los impulsaría siempre hacia adelante.

CAPÍTULO 31

Nuevos Horizontes y Sueños Compartidos

Las semanas que siguieron a su llegada a las Indias orientales se convirtieron en un período de aprendizaje y redescubrimiento para Isabella y Sebastian. En este nuevo escenario, lejos de las presiones y miradas críticas de la alta sociedad londinense, su relación floreció con una naturalidad y autenticidad que antes solo podían soñar. Cada día traía consigo una nueva oportunidad para explorar no solo las tierras que los rodeaban, sino también las profundidades de sus propios corazones.

Isabella, siempre curiosa y deseosa de comprender, comenzó a involucrarse activamente en los negocios de Sebastian. Pasaba horas en su despacho, revisando documentos, escuchando atentamente las explicaciones de su esposo sobre los intrincados detalles de las plantaciones, las exportaciones y los acuerdos comerciales que había establecido durante años. Lo admiraba más que nunca, no solo por su astucia como hombre de negocios, sino también por la forma en que había construido su vida desde cero en un lugar tan lejano y desafiante.

—Nunca imaginé que detrás de cada caja de especias y cada contrato hubiera tanto trabajo, tanto esfuerzo —comentó Isabella una tarde, mientras repasaban los registros financieros de una de las plantaciones.

Sebastian sonrió, complacido por el interés genuino de su esposa. Le encantaba verla tan involucrada, no como una espectadora pasiva, sino como una compañera con ideas y opiniones propias, alguien en quien podía confiar para guiarlo en sus decisiones.

—Hay mucho más de lo que cualquiera en Londres podría entender —respondió él, acariciando suavemente la mano de Isabella sobre los papeles—. No solo es cuestión de ganancias, sino de la gente que trabaja aquí, de las familias que dependen de cada cosecha. Y tenerte a mi lado hace que todo esto cobre un nuevo sentido.

Isabella lo miró, sus ojos avellana llenos de amor y gratitud. Cada día a su lado era una lección de humildad y fortaleza, y se sentía afortunada de poder compartir esos momentos con él. Pero también notaba que, a pesar de su éxito y su aparente seguridad, Sebastian seguía cargando con ciertos fantasmas del pasado, sombras de decisiones difíciles y sacrificios que aún lo atormentaban.

—A veces siento que aún llevas el peso de todo lo que ocurrió en estos años lejos de casa —dijo Isabella con suavidad, dispuesta a tocar un tema que sabía era delicado—. No tienes que cargar con ello solo, Sebastian. Estoy aquí para ti, en cada aspecto de tu vida.

Sebastian suspiró, bajando la mirada por un momento antes de volver a encontrarse con los ojos de Isabella. En su pecho, la mezcla de amor y culpa que siempre lo había acompañado parecía encontrar por fin una vía de escape.

—He cometido errores, Isabella. He tomado decisiones difíciles, algunas por necesidad y otras por ambición. He visto cosas que desearía no haber visto y he hecho tratos con personas en las que no se puede confiar. Pero desde que estás conmigo, siento que puedo dejar todo eso atrás, que puedo ser un hombre nuevo.

Las palabras de Sebastian conmovieron profundamente a Isabella, quien se inclinó hacia él y lo abrazó con fuerza, como si quisiera absorber parte de ese dolor y transformarlo en algo hermoso y liberador. Habían recorrido un largo camino juntos, y aunque ambos habían tenido que enfrentar sus propios miedos y dudas, sabían que su amor era lo suficientemente fuerte como para sanar cualquier herida.

En las noches, su intimidad se convirtió en un refugio inquebrantable. Se amaban con una intensidad que solo podía nacer de la libertad y la confianza mutua, de la certeza de que habían encontrado en el otro todo lo que habían buscado en vano en otros tiempos y lugares. Cada caricia, cada beso era una reafirmación de su conexión, y en la penumbra de su habitación, se susurraban promesas de un futuro lleno de posibilidades.

—No importa cuánto haya luchado en mi vida —le decía Sebastian a Isabella, su voz susurrante en la oscuridad, sus cuerpos entrelazados bajo las sábanas—. Todo cobra sentido contigo a mi lado. Nunca he sido más feliz que en estos momentos, y eso es algo que nunca creí posible.

Isabella lo miraba, su corazón desbordante de amor. No necesitaban grandes palabras ni gestos exagerados; en la sencillez de su intimidad, encontraban todo lo que necesitaban. Y en esos momentos, Isabella sentía que su vida estaba completa, que todo el dolor y las dudas que habían sufrido los habían llevado exactamente a donde necesitaban estar.

—También quiero formar una familia contigo, Sebastian —confesó Isabella una noche, acurrucada contra él, con la mirada perdida en el techo mientras sus pensamientos vagaban hacia el futuro—. Quiero que tengamos hijos y que crezcan en un hogar lleno de amor y respeto, lejos de las expectativas sofocantes que nos impusieron a nosotros.

Sebastian se quedó en silencio por un momento, sus ojos grises brillando en la oscuridad mientras absorbía las palabras de Isabella. La idea de tener hijos, de ver a Isabella como madre, era un sueño que apenas se había permitido contemplar, pero que ahora se sentía tan real y alcanzable.

—Me encantaría tener una familia contigo, Isabella —respondió con una sonrisa suave, sus dedos trazando pequeños círculos en la piel de su espalda—. Quiero que nuestros hijos conozcan un mundo diferente, uno donde puedan ser quienes quieran ser sin los juicios de la

sociedad. Y si se parecen un poco a ti, no puedo imaginarme nada más perfecto.

Las palabras de Sebastian llenaron a Isabella de una calidez indescriptible. Habían superado tanto para llegar a este punto, y aunque sabían que todavía enfrentaban desafíos, ambos estaban dispuestos a construir una vida juntos, llena de amor, aventuras y nuevas promesas.

Mientras las noches pasaban y las estrellas brillaban sobre ellos, Isabella y Sebastian se permitieron soñar en grande. Hablaron de los posibles nombres para sus futuros hijos, de los lugares que querían visitar y de las lecciones que deseaban enseñarles. Cada conversación era un paso más hacia ese futuro compartido, un futuro que construían con cada mirada, con cada risa y con cada noche que pasaban en los brazos del otro.

En la tranquilidad de las Indias orientales, lejos de las presiones y las expectativas de Londres, Isabella y Sebastian descubrieron que el amor verdadero no solo se encuentra, sino que se cultiva día a día, con paciencia, comprensión y la valentía de enfrentarse a los propios miedos. Y mientras se amaban en la intimidad de su habitación, se dieron cuenta de que no había lugar en el mundo en el que prefirieran estar que allí, juntos, escribiendo la historia de su vida con cada caricia y cada susurro compartido en la oscuridad.

CAPÍTULO 32

Un Lugar Entre Iguales

Desde su llegada a las Indias orientales, Isabella había encontrado no solo un refugio en su vida con Sebastian, sino también una nueva identidad que se alejaba de las expectativas que la sociedad londinense le había impuesto durante tanto tiempo. Se había convertido en algo más que la esposa de un hombre influyente; era su igual, su confidente y su compañera en todos los sentidos. Sebastian, reconociendo el valor y la inteligencia de Isabella, se aseguró de que todo el mundo viera en ella no solo a su esposa, sino a una mujer de carácter y determinación.

Una tarde, mientras recorrían juntos los jardines de su residencia, Sebastian le comunicó su intención de organizar una cena íntima con algunos socios y amigos cercanos. Quería presentarla formalmente como su socia y compañera de vida, una decisión que significaba mucho para él y que, de alguna manera, sellaba el lugar que Isabella había comenzado a ocupar en este nuevo mundo.

—Quiero que todos te vean como yo te veo, Isabella —dijo Sebastian, deteniéndose junto a un árbol de mangos cuyo aroma embriagaba el ambiente—. No solo como mi esposa, sino como mi igual, alguien a quien admiro y respeto. Eres mucho más de lo que cualquiera en Londres pudo imaginar.

Isabella se sintió profundamente conmovida por las palabras de Sebastian. Había pasado tanto tiempo sintiéndose disminuida y avergonzada, que ahora, frente a este hombre que la miraba con una devoción tan sincera, sentía que todas las partes rotas de sí misma estaban finalmente sanando.

—No sé si merezco tanto, Sebastian —respondió con humildad, sus mejillas sonrojadas—. Pero estoy dispuesta a demostrar que puedo ser todo lo que tú ves en mí.

La noche de la cena llegó con la promesa de un nuevo comienzo. Isabella, vestida con un elegante sari que reflejaba los colores de las flores del jardín, caminó junto a Sebastian, sintiéndose radiante y llena de una confianza que nunca había conocido. La residencia, iluminada por cientos de lámparas de aceite, estaba impregnada de aromas a especias y flores frescas, creando un ambiente íntimo y acogedor.

Los invitados, un grupo selecto de socios comerciales de Sebastian y algunos amigos cercanos que había hecho en los años de su estancia en las Indias, se congregaron en la amplia sala principal. Había una mezcla de culturas y lenguas, un recordatorio de la diversidad y la riqueza del lugar al que habían llegado. Cuando Sebastian tomó la palabra para dirigirse a sus invitados, el silencio se extendió por la sala, y todos los ojos se posaron sobre él.

y sobre Isabella.

—Queridos amigos, esta noche no es solo para celebrar nuestra amistad y nuestros negocios, sino para presentarles a la persona que me ha cambiado la vida de una manera que nunca creí posible —comenzó Sebastian, tomando la mano de Isabella y apretándola suavemente—. Mi esposa, Isabella, no solo es la mujer que amo, sino también mi socia y mi igual en todo lo que hacemos. Ella ha traído a mi vida una luz y una fuerza que me inspiran cada día.

Las palabras de Sebastian resonaron con sinceridad y orgullo, y los invitados recibieron a Isabella con cálidos aplausos y sonrisas de aprobación. Isabella, emocionada por el reconocimiento, se sintió más segura que nunca de su lugar al lado de Sebastian. Era un momento de validación que le hacía recordar que, lejos de los prejuicios y los juicios de Londres, podía ser quien siempre había querido ser.

A lo largo de la velada, Isabella se movió entre los invitados con una gracia natural. Conversó sobre los negocios, compartió ideas y se mostró interesada en las diferentes culturas y experiencias que cada uno de los presentes aportaba a la mesa. No solo estaba encantando a los socios de Sebastian, sino que también comenzaba a descubrir una nueva faceta de sí misma: una mujer capaz de influir y conectar con los demás, no solo desde la posición de una esposa, sino como una líder en su propia medida.

Pero más allá de los negocios, Isabella también encontró un propósito en ayudar a la comunidad que rodeaba sus propiedades. Había notado desde su llegada que muchos de los trabajadores de las plantaciones vivían en condiciones difíciles, y con el tiempo, había comenzado a involucrarse en proyectos para mejorar su calidad de vida. Desde la educación de los niños hasta la atención sanitaria básica, Isabella dedicaba parte de su tiempo a coordinar esfuerzos y recursos para hacer una diferencia tangible.

Una de las mujeres de la comunidad, Asha, se había acercado a Isabella para agradecerle por su apoyo. Asha, madre de tres hijos, había recibido asistencia médica gracias a una de las iniciativas de Isabella, y las lágrimas en sus ojos cuando expresó su gratitud hicieron que Isabella se diera cuenta de la verdadera dimensión de lo que estaban logrando.

—Gracias, señora Isabella —dijo Asha, sosteniendo las manos de Isabella con una calidez que trascendía cualquier barrera del idioma—. Usted no solo ha traído ayuda, ha traído esperanza a nuestras vidas.

Esas palabras resonaron profundamente en Isabella. Por primera vez, sentía que su vida tenía un impacto real en los demás, algo que iba más allá de las trivialidades de los bailes y los vestidos elegantes de Londres. Este lugar, estas personas, le habían enseñado que había mucho más que podía hacer, mucho más que podía dar.

Esa noche, mientras la cena llegaba a su fin y los invitados se despedían, Isabella y

Sebastian se encontraron de nuevo solos en su hogar, rodeados del silencio y la paz de su entorno. Se sentaron juntos en la terraza, contemplando las estrellas que brillaban sobre ellos, y conversaron sobre todo lo que habían logrado y lo que aún soñaban alcanzar.

—Estoy tan orgulloso de ti, mi amor —murmuró Sebastian, rodeándola con un brazo y atrayéndola hacia sí—. No solo has encontrado tu lugar aquí, sino que lo has hecho tuyo de una manera que inspira a todos a tu alrededor.

Isabella sonrió, recostándose en el hombro de Sebastian mientras miraba las luces titilantes de la noche.

—Tú me diste la libertad de ser quien soy, Sebastian, y por eso siempre te estaré agradecida —respondió con ternura—. Pero ahora veo que hay mucho más que puedo hacer, y quiero seguir explorando este camino contigo, ayudando a los demás y encontrando propósito en cada día que pasamos juntos.

Sebastian la besó suavemente en la frente, sintiendo una oleada de amor y gratitud que parecía no tener fin. Habían llegado a las Indias orientales buscando un respiro de sus vidas anteriores, y lo que habían encontrado era mucho más que eso: habían encontrado un hogar en el otro, un lugar donde podían crecer, aprender y amar sin restricciones.

Esa noche, mientras se abrazaban bajo el manto estrellado, Isabella y Sebastian supieron que estaban exactamente donde debían estar. Y aunque el futuro seguía siendo incierto, lo enfrentaban con la certeza de que, juntos, podían superar cualquier desafío y construir una vida que no solo los llenara a ellos, sino también a quienes los rodeaban.

Habían encontrado en las Indias orientales un nuevo comienzo, un lugar donde podían ser verdaderamente libres, y no había nada más hermoso que compartir ese viaje como iguales, como compañeros y, sobre todo, como amantes que se amaban con una intensidad que el tiempo y la distancia solo podían fortalecer.

CAPÍTULO 33

El Regreso Triunfal

Después de varios meses en las Indias orientales, Isabella y Sebastian habían encontrado en aquellas tierras un refugio para sanar sus almas y forjar su relación con una profundidad que nunca hubieran imaginado posible. Las experiencias compartidas, el trabajo en las plantaciones y los proyectos comunitarios habían hecho de su amor algo inquebrantable, sólido y lleno de propósito. Sin embargo, aunque las Indias se habían convertido en un lugar querido para ambos, una parte de ellos sabía que era hora de regresar a Londres, a ese otro mundo del que habían intentado escapar.

El día de su partida fue un momento agri dulce. Isabella, observando el puerto donde tantas aventuras habían comenzado, sintió un nudo en la garganta al despedirse de las personas y los paisajes que tanto habían llegado a significar para ella. Habían dejado atrás mucho más que una simple residencia; se llevaban consigo la certeza de que, sin importar dónde estuvieran, siempre tendrían un hogar en esos recuerdos y en los lazos que habían forjado.

—Este lugar siempre será una parte de nosotros —dijo Sebastian mientras el barco se deslizaba suavemente lejos de la costa, sus ojos grises fijos en el horizonte que poco a poco se desvanecía—. Aquí encontramos una nueva vida, y por eso siempre estaremos agradecidos.

Isabella, apoyada en el brazo de su esposo, asintió con una sonrisa melancólica. Las Indias orientales les habían dado tanto, pero ahora sentía que estaban listos para regresar a Londres con un nuevo sentido de fortaleza y propósito.

El viaje de regreso fue sereno, con la brisa del mar envolviéndolos mientras pasaban las horas juntos en cubierta, conversando sobre el futuro y los planes que habían comenzado a trazar. Isabella no dejaba de acariciar con ternura su vientre, aún plano pero que ya albergaba el secreto más precioso que ambos compartían: estaban esperando su primer hijo. La noticia había sido recibida con sorpresa y alegría, un milagro que confirmaba que su vida juntos no solo estaba llena de amor, sino también de nuevas promesas.

Cuando finalmente arribaron a Londres, los muelles estaban tan llenos de vida como siempre. Sin embargo, esta vez, Isabella y Sebastian se sentían diferentes, ya no como dos personas luchando por encajar en una sociedad que los había juzgado y rechazado, sino como una pareja consolidada, segura de su lugar en el mundo y de su futuro juntos.

La casa familiar de los Whitmore los recibió con la calidez de los abrazos de Lady Penelope y Lord Whitmore. Habían estado esperando ansiosamente el regreso de Isabella y

Sebastian, y aunque la correspondencia había mantenido a las familias en contacto, nada podía compararse con el alivio y la felicidad de tenerlos de vuelta.

—¡Isabella, querida! —exclamó Lady Penelope, envolviendo a su hija en un abrazo largo y apretado, sus ojos avellana brillando con lágrimas de alegría—. Estás radiante, mi niña. Londres no ha sido lo mismo sin ti.

Isabella se dejó envolver en el abrazo de su madre, sintiendo una mezcla de emociones al volver a estar en los brazos de la mujer que siempre la había apoyado, incluso en sus momentos más oscuros. A su lado, Sebastian estrechaba la mano de Lord Whitmore, intercambiando un saludo que hablaba de respeto mutuo y un aprecio creciente entre los dos hombres.

—Es bueno estar en casa —dijo Isabella, sonriendo con sinceridad mientras observaba el salón familiar que tantas veces había sido su refugio—. Aunque debo admitir que regresar tiene un sabor diferente ahora.

Lady Penelope la observó con una mirada curiosa, notando algo en los gestos de su hija que no había visto antes: una tranquilidad y una seguridad que solo podían nacer de un corazón en paz. Sebastian y Isabella se miraron con una complicidad tácita antes de tomar asiento junto a la familia. La casa estaba llena del aroma a flores frescas y del té que Lady Penelope había preparado especialmente para la ocasión.

—Tenemos algo importante que compartir con todos ustedes —dijo Sebastian, tomando la mano de Isabella y apretándola suavemente. Sus ojos se encontraron, y en ese instante, el mundo pareció reducirse a los dos y al milagro que estaban a punto de anunciar.

Isabella se armó de valor, aunque la felicidad que la embargaba hacía que las palabras fluyeran con facilidad.

—Sebastian y yo estamos esperando nuestro primer hijo —anunció, su voz entrecortada por la emoción—. Vamos a ser padres.

Un silencio lleno de sorpresa se apoderó de la habitación, seguido por una explosión de exclamaciones y abrazos. Lady Penelope, incapaz de contener las lágrimas, abrazó a Isabella con fuerza, besando su frente con un cariño que solo una madre puede ofrecer. Lord Whitmore, conmovido, se acercó a Sebastian y le dio una palmada en el hombro, sonriendo con orgullo.

—Esto es maravilloso, querida —dijo Lady Penelope, sus ojos brillando de pura felicidad—. No puedo esperar para conocer a ese pequeño o pequeña que traerá tanta alegría a nuestra familia. ¡Vas a ser una madre maravillosa, Isabella!

Isabella sonrió, emocionada y agradecida por el apoyo de su familia. La idea de convertirse en madre la llenaba de una dicha que apenas podía describir, y saber que tanto ella como Sebastian estaban rodeados de amor y aceptación hacía que todo pareciera aún más perfecto.

Sebastian, viendo a Isabella rodeada de su familia, sintió que su corazón se llenaba de una paz indescriptible. Había encontrado en ella no solo a su esposa, sino a su compañera de vida y ahora, a la madre de su futuro hijo. El viaje que habían emprendido juntos había sido uno de redención, amor y fortaleza, y ahora, de regreso en Londres, se sentían listos para enfrentar cualquier cosa que viniera.

—Nunca pensé que encontraría tanta felicidad —confesó Sebastian en voz baja, mientras tomaba la mano de Isabella y la llevaba a sus labios—. Pero aquí estamos, construyendo una vida juntos que es más de lo que jamás imaginé.

Isabella lo miró, sus ojos llenos de amor y gratitud.

—Esto es solo el comienzo, Sebastian —respondió, apoyando su cabeza en su hombro, sintiendo el calor de su cercanía—. Nuestro hogar no es un lugar, sino lo que hemos creado juntos, y no hay nada que no podamos enfrentar mientras estemos uno al lado del otro.

Esa noche, mientras Londres se llenaba de luces y vida más allá de las ventanas de la casa familiar, Isabella y Sebastian supieron que, aunque habían recorrido un largo camino para llegar hasta allí, su verdadero viaje apenas comenzaba.

Iban a ser padres, y esa nueva promesa era el lazo más fuerte que sellaba su amor y su compromiso con el futuro que estaban construyendo juntos, lejos de los juicios y las expectativas, en la libertad de ser quienes realmente eran.

CAPÍTULO 34

El Regreso de Isabella

El regreso de Isabella a Londres no pasó desapercibido. La joven que una vez había sido el centro de los chismes más crueles y las miradas reprobatorias de la alta sociedad, ahora volvía a los salones y reuniones con una presencia que deslumbraba a todos. Había algo diferente en ella; una seguridad y una serenidad que solo podían nacer de la confianza en uno mismo y del amor sincero que compartía con Sebastian.

Desde el primer día que pisaron las calles empedradas de la ciudad, quedó claro que Isabella Whitmore ya no era la misma mujer que había dejado Londres meses atrás. El tiempo lejos, en las Indias orientales, le había dado no solo la libertad de encontrarse a sí misma, sino también de reconstruir su reputación, que tanto había sufrido bajo el peso de las difamaciones y los rumores malintencionados. Ahora, a su lado, caminaba su esposo, Lord Sebastian Ashbourne, un hombre cuya presencia imponía respeto y admiración a partes iguales.

Los rumores que una vez habían circulado sin piedad sobre Isabella habían cesado, como si el aire mismo de la ciudad se hubiera purificado con su ausencia y regreso triunfal. Los mismos que antes la habían evitado ahora no podían evitar dirigirle miradas de respeto, y algunas de envidia, al ver cómo, contra todo pronóstico, Isabella no solo había sobrevivido a la desgracia, sino que había emergido más fuerte y resplandeciente que nunca.

La primera gran aparición de la pareja tuvo lugar en una recepción organizada por Lady Beatrice Lytton, una de las anfitrionas más influyentes de la sociedad londinense. Lady Lytton, siempre atenta a las corrientes de opinión, no había dudado en invitar a los Ashbourne a su reunión, ansiosa por mostrarse cerca de la pareja que ahora encarnaba todo lo que la sociedad admiraba: éxito, elegancia y una historia de redención que fascinaba a todos.

Cuando Isabella y Sebastian entraron al salón, la atención se centró inmediatamente en ellos. Isabella, vestida con un delicado vestido azul que realzaba el brillo de sus ojos avellana, caminó con la gracia y la seguridad de alguien que conocía su lugar en el mundo. Cada paso que daba estaba cargado de una confianza silenciosa, una declaración implícita de que ya no se dejaría definir por el juicio de los demás.

—Isabella, querida, ¡qué alegría verte! —exclamó Lady Lytton, acercándose con una sonrisa amplia y una mirada calculadora, como si quisiera medir hasta qué punto la joven había cambiado desde la última vez que la vio—. Has vuelto tan radiante. Londres ha estado tan vacío sin ti.

Isabella sonrió, inclinando ligeramente la cabeza en un gesto de cortesía que no dejaba de tener un matiz de firmeza.

—Gracias, Lady Lytton. Es un placer estar de vuelta, aunque debo decir que nuestro tiempo fuera ha sido precisamente lo que necesitábamos —respondió Isabella con una calma que sorprendió incluso a aquellos que la conocían bien.

Los demás invitados, que habían estado observando la interacción con curiosidad, se apresuraron a saludar a Isabella y a Sebastian. Las miradas que una vez habían estado cargadas de prejuicio ahora eran de admiración y, en algunos casos, de arrepentimiento por haber participado en los juicios precipitados de tiempos pasados.

Una de las mujeres presentes, Lady Henrietta, se acercó a Isabella con un tono amable, aunque no carente de cierta cautela. Había sido una de las muchas que habían dado la espalda a Isabella en su momento de mayor vulnerabilidad, y ahora, al verla de regreso y con una reputación restaurada, no podía evitar sentirse incómoda.

—Debe ser tan reconfortante estar de vuelta —comentó Lady Henrietta, sus palabras cuidadosamente medidas—. Londres ha cambiado bastante, pero veo que tú también lo has hecho, Isabella.

Isabella sostuvo la mirada de la mujer, sin rastro de rencor, pero con la dignidad de quien ha superado las pruebas más duras.

—Así es, Lady Henrietta. A veces, alejarse de todo es la mejor manera de encontrar lo que uno realmente es. Y me alegra decir que hoy me siento más segura y en paz que nunca antes.

Las palabras de Isabella, pronunciadas con serenidad y sin acritud, resonaron en el salón. Los murmullos de aprobación no tardaron en surgir, y en ese momento, quedó claro que la mujer que todos creían conocer había dejado atrás cualquier sombra de su pasado.

Sebastian, observando a su esposa con orgullo, sintió una oleada de gratitud al ver cómo Isabella se desenvolvía con una gracia y una confianza que pocas mujeres podían igualar. Había visto de cerca el dolor y las luchas que ella había enfrentado, y ahora, verla de pie, segura y resplandeciente, era un recordatorio de la fortaleza que la caracterizaba.

—Eres maravillosa, mi amor —murmuró Sebastian cuando encontraron un momento a solas, su tono cargado de admiración—. Has logrado lo que pocos en esta ciudad pueden: transformar tu pasado en una historia de triunfo.

Isabella sonrió, sintiendo que las palabras de su esposo eran más que un cumplido; eran la verdad que ambos habían construido juntos.

—Nada de esto habría sido posible sin ti a mi lado, Sebastian. Eres mi refugio y mi mayor apoyo, y no hay nada que temer mientras estemos juntos.

El resto de la velada transcurrió entre conversaciones animadas y momentos de camaradería que confirmaban lo que ya era evidente: Isabella Whitmore, ahora Lady

Ashbourne, había reclamado su lugar en la sociedad londinense con una dignidad que nadie podía cuestionar.

Más tarde, mientras Sebastian e Isabella abandonaban la recepción, caminando por las calles iluminadas de la ciudad, se tomaron un momento para contemplar el camino que los había llevado hasta allí. Habían regresado a Londres como una pareja consolidada, pero sobre todo, como dos individuos que habían encontrado en el otro la fuerza para ser quienes realmente eran.

—Londres parece diferente esta vez —dijo Isabella, sus dedos entrelazados con los de Sebastian mientras avanzaban lentamente, disfrutando de la fresca brisa nocturna—. Ya no se siente como una ciudad que me juzga, sino como un lugar donde podemos escribir nuestra propia historia.

Sebastian la miró, su sonrisa llena de afecto y complicidad.

—Así es, mi amor. Hemos superado tanto y nos queda mucho por vivir. Y ahora, con nuestro hijo en camino, solo puedo imaginar lo maravillosa que será nuestra vida juntos.

Isabella apretó la mano de Sebastian, su corazón lleno de gratitud y amor. Habían regresado a Londres, pero no como las mismas personas que una vez se habían visto atrapadas en los enredos de una sociedad implacable. Eran más fuertes, más unidos y más decididos que nunca a construir un futuro lleno de esperanza y nuevas oportunidades.

El regreso de Isabella no solo marcaba el final de una era de incertidumbres y juicios, sino también el comienzo de una vida en la que ella y Sebastian podían ser, finalmente, dueños de su propio destino. Y mientras avanzaban juntos por las calles de Londres, sabían que, pase lo que pase, siempre tendrían el uno al otro, y esa certeza era todo lo que necesitaban para enfrentar lo que viniera.

CAPÍTULO 35

Un Enfrentamiento Final

El regreso de Isabella a la vida social londinense no solo trajo consigo la restauración de su reputación, sino también el reconocimiento de que ella ya no era la joven insegura y vulnerable que una vez había sido. Había pasado por pruebas que la habían forjado en una mujer segura y decidida, y esa transformación no pasó desapercibida para nadie, mucho menos para aquellos que habían intentado socavar su valor.

Entre esos rostros familiares que habían sido testigos de su caída, ninguno destacaba más que el de Sir Charles Standish. Su antigua figura de prometido, tan altivo y orgulloso, había perdido parte de su lustre desde que los rumores sobre sus propios negocios turbios y la exposición pública de sus engaños lo habían dejado en una posición comprometida. Sin embargo, su vanidad y su arrogancia seguían intactas, y, al ver a Isabella brillando una vez más en sociedad, sintió un impulso incontrolable de recuperar lo que había perdido.

Una tarde, durante un evento en los jardines de la casa de los Lytton, Sir Charles se acercó a Isabella, quien conversaba animadamente con un grupo de damas. Isabella lo vio venir desde lejos, su andar decidido y su expresión de falsa cortesía. Las damas a su alrededor se dispersaron discretamente, conscientes de la tensión que flotaba en el aire, dejándola sola frente a aquel hombre que una vez había sido el epicentro de su desgracia.

—Lady Ashbourne —dijo Sir Charles, inclinando la cabeza en un saludo que pretendía ser respetuoso, pero que no ocultaba del todo la condescendencia que lo caracterizaba—. Qué grato es verte de nuevo. Londres no sería lo mismo sin ti.

Isabella lo observó con una calma imperturbable, su postura erguida y su expresión firme. A su lado, Sebastian permanecía como una figura silenciosa pero presente, sus ojos grises fijos en la escena, listo para apoyar a su esposa sin interferir. Sabía que este era un momento crucial para Isabella, un enfrentamiento que ella debía liderar y ganar por sí misma.

—Sir Charles —respondió Isabella con voz serena, pero cargada de una determinación que no dejaba lugar a dudas—. No esperaba verte aquí. Imagino que los eventos sociales aún son un refugio para quienes buscan distraerse de sus propios problemas.

Charles sonrió, aunque la mordacidad en las palabras de Isabella no pasó desapercibida para él.

—Veo que el tiempo lejos te ha hecho aún más encantadora y mordaz —replicó, intentando mantener la compostura—. No vine a pelear, Isabella. Vine a felicitarte por tu nuevo matrimonio y... a ver si podemos dejar atrás los malentendidos del pasado.

Isabella lo miró fijamente, sus ojos avellana sin un rastro de la antigua vulnerabilidad que una vez había sentido ante él. Había sido víctima de las mentiras y manipulaciones de Charles, y aunque el dolor de aquel engaño aún residía en su memoria, ya no lo definía. Ahora era una mujer libre, y ninguna palabra de Charles podía afectarla de la misma manera.

—No hay malentendidos, Sir Charles —dijo Isabella, su voz clara y sin temblor—. Sé exactamente quién eres y lo que hiciste. Y quiero que sepas que, aunque pueda perdonarte por el daño que causaste, nunca te daré el poder de hacerme sentir menos de lo que soy.

Charles, sorprendido por la fuerza y la franqueza de Isabella, retrocedió ligeramente, incómodo ante la mirada firme de la mujer que una vez creyó controlar. No había en ella ningún rastro de duda o arrepentimiento, solo una convicción inquebrantable que lo hizo sentirse pequeño y ridículo.

—No tienes por qué ser tan dura —intentó suavizar Charles, cambiando de tono en un esfuerzo desesperado por recuperar su compostura—. Todos cometemos errores. Lo que teníamos fue un malentendido, y lamento que las cosas no hayan salido como esperábamos.

Isabella no dejó que las palabras vacías de Charles penetraran su resolución. Había crecido mucho desde su ruptura, y ahora veía claramente el verdadero rostro del hombre que había intentado destruirla para salvarse a sí mismo.

—Esto no es sobre dureza, Charles. Es sobre la verdad —continuó Isabella, su tono firme—. Y la verdad es que yo he cambiado, he encontrado mi lugar y mi felicidad lejos de ti. No necesito tus disculpas, ni tu aprobación, ni tu presencia en mi vida. Y quiero que entiendas algo: nunca volverás a tener control sobre mí.

Sebastian, que había permanecido a un lado, observando la escena con una mezcla de orgullo y respeto, sintió una oleada de satisfacción al escuchar a Isabella enfrentarse a su antiguo prometido con tanta fuerza. Había sido testigo de su lucha interna, de sus miedos y dudas, y verla ahora, tan segura de sí misma, lo llenaba de un amor aún más profundo.

Charles, sin nada más que ofrecer y con su orgullo herido, balbuceó unas palabras incomprensibles antes de hacer una reverencia apresurada y retirarse. Su figura, antaño imponente, se desvaneció entre la multitud, dejando a Isabella con la victoria de una batalla que había estado librando durante mucho tiempo.

Isabella se giró hacia Sebastian, quien la miró con una expresión de orgullo inquebrantable. Sin necesidad de palabras, entendieron que este momento marcaba el cierre definitivo de un capítulo doloroso de su pasado. Sebastian tomó la mano de Isabella y la llevó a sus labios, un gesto de ternura y reconocimiento por la valentía que acababa de mostrar.

—Estoy increíblemente orgulloso de ti —dijo Sebastian en voz baja, sus ojos llenos de admiración—. No sabes cuánto me conmueve verte así, fuerte y libre de todo lo que alguna vez te lastimó.

Isabella sonrió, sintiendo que, por primera vez, todo estaba en su lugar. Había enfrentado a sus demonios, se había liberado de las cadenas del pasado y ahora, con Sebastian a su lado, se sentía invencible.

—Gracias, Sebastian. Por estar siempre a mi lado, por no intervenir y dejarme enfrentar esto por mí misma —respondió, apretando suavemente la mano de su esposo—. Ahora sé que no hay nada que temer, porque mi fuerza no depende de lo que otros piensen de mí, sino de lo que soy y de lo que hemos construido juntos.

Mientras paseaban por los jardines, Isabella y Sebastian supieron que habían llegado al final de un largo camino. Habían superado las pruebas más duras y, con cada paso, habían reafirmado el amor y la fortaleza que los unía. Isabella, finalmente en paz consigo misma, se sentía lista para todo lo que el futuro les deparara, sabiendo que ya no había nada que la sociedad, ni Charles, ni nadie pudiera quitarle.

Había encontrado su voz, su lugar y, sobre todo, su libertad. Y con Sebastian a su lado, sabía que podían enfrentar cualquier cosa, porque lo más importante, lo más valioso, ya lo tenían: la certeza de que, juntos, eran imparables.

EPÍLOGO

Un Nuevo Comienzo

El sol se alzaba lentamente sobre los verdes campos que rodeaban la nueva propiedad de los Ashbourne, situada en las apacibles afueras de Londres. La casa, una majestuosa mansión de estilo georgiano, se alzaba elegante y serena, rodeada de jardines meticulosamente cuidados y bosqucillos que ofrecían un refugio tranquilo y privado para la joven pareja. Tras su regreso de las Indias orientales, Sebastian e Isabella habían decidido establecer su hogar en un lugar alejado del bullicio de la ciudad, pero lo suficientemente cercano para mantener los lazos con su círculo social y familiar.

El día de su gran celebración había llegado. Habían organizado una recepción íntima para sus amigos más cercanos y la familia, una ocasión para mostrar su nueva casa y, sobre todo, para celebrar su triunfo sobre los desafíos del pasado. Los carruajes comenzaron a llegar al mediodía, y la propiedad pronto se llenó de vida y risas, un reflejo del renacimiento que tanto Isabella como Sebastian habían experimentado.

Isabella, radiante en un vestido de muselina verde suave que realzaba el resplandor de su embarazo, se movía con gracia entre los invitados. Con una mano descansando suavemente sobre su vientre abultado, saludaba a cada uno con calidez y familiaridad, su rostro iluminado por una felicidad serena y auténtica. Su vientre, aún no demasiado prominente, era sin embargo un símbolo constante de la nueva etapa que estaba a punto de comenzar para ambos.

Sebastian, siempre atento, la observaba desde una distancia prudente, conversando con algunos socios y amigos, pero sin dejar de dirigirle miradas cargadas de orgullo y amor. Sabía que este momento significaba mucho para Isabella, una mujer que había pasado por tanto y que ahora resplandecía con una fuerza que inspiraba a todos a su alrededor.

—Mi querida Isabella, la casa es verdaderamente encantadora —exclamó Lady Penelope, su madre, con los ojos brillantes mientras recorría las habitaciones amplias y luminosas de la residencia—. No puedo imaginar un lugar más perfecto para comenzar esta nueva etapa de tu vida.

Isabella sonrió, acariciando distraídamente su vientre mientras miraba a su madre con ternura. Había sido un camino largo y lleno de obstáculos, pero, por primera vez, sentía que todo había valido la pena.

—Gracias, madre. Quería que este lugar fuera más que un hogar. Un refugio, un lugar donde podamos construir recuerdos sin las sombras del pasado —respondió Isabella, su voz

suave pero firme.

El jardín trasero, preparado con mesas decoradas con flores frescas y guirnaldas de luces, era el centro de la celebración. Bajo el cielo despejado, los invitados disfrutaban de una comida al aire libre, mientras el aire se llenaba del sonido de risas y conversaciones alegres. La atmósfera era cálida y acogedora, una verdadera celebración de la vida que Isabella y Sebastian estaban construyendo juntos.

Lady Beatrice Lytton, una de las más influyentes en la alta sociedad, se acercó a Isabella con una sonrisa afectuosa. Había sido una de las primeras en extenderle la mano tras su regreso y ahora no ocultaba su admiración por la transformación de la joven.

—Mi querida Isabella, has conseguido lo que muchas mujeres solo pueden soñar: superar tus circunstancias y hacerlo con tanta gracia —comentó Lady Lytton, mientras observaba con aprecio a Isabella—. Este lugar, esta celebración, todo habla de tu nueva vida y de lo lejos que has llegado.

Isabella asintió, su mirada viajando hasta donde Sebastian estaba, riendo con unos amigos. Sabía que sin él, nada de esto habría sido posible. Sebastian había sido su pilar, su compañero y el hombre que le devolvió la fe en sí misma.

—No ha sido un camino fácil, pero tener a Sebastian a mi lado lo ha hecho todo posible —respondió Isabella, sintiendo que cada palabra era una declaración de amor y gratitud hacia su esposo—. Y ahora, con nuestro hijo en camino, siento que estamos preparados para cualquier cosa.

El ambiente festivo no solo celebraba la nueva propiedad o el regreso de la pareja a Londres, sino que simbolizaba mucho más: la victoria sobre los miedos, la superación de los prejuicios y el comienzo de una vida llena de promesas. Isabella y Sebastian eran ahora una pareja consolidada, segura de su lugar en el mundo y de su futuro juntos.

Cuando la tarde comenzó a caer, y el cielo se tiñó de tonos rosados y dorados, Sebastian se acercó a Isabella, tomándola de la mano con una sonrisa que contenía toda la felicidad del mundo.

—¿Disfrutando de la fiesta, mi amor? —preguntó él, sus ojos grises llenos de una ternura que solo Isabella conocía tan bien.

Isabella asintió, sintiendo cómo la emoción la inundaba.

—Mucho. Es más de lo que hubiera imaginado. Ver a todos aquí, en nuestra casa, celebrando con nosotros, me llena de alegría. No puedo pedir nada más.

Sebastian la miró fijamente, consciente de todo lo que habían superado y de lo que aún les esperaba.

—Todo lo que hemos vivido nos ha llevado a este momento. Y no podría estar más orgulloso de nosotros, Isabella. Has sido más fuerte de lo que jamás imaginé, y ahora, con

nuestro hijo en camino, sé que estamos preparados para cualquier cosa.

Las palabras de Sebastian resonaron con la certeza de un hombre que había encontrado su lugar al lado de la mujer que amaba. Isabella lo miró, sintiendo una oleada de amor y gratitud que casi la abrumaba. En esos ojos grises que tanto la habían cautivado desde el principio, veía no solo a su esposo, sino a su mejor amigo, su confidente y el padre de su hijo.

—Y yo estoy preparada para vivir esta vida contigo, Sebastian —respondió Isabella, apoyando su cabeza en el hombro de su esposo mientras contemplaban juntos el jardín lleno de vida—. Lo que tenemos es más de lo que jamás podría haber soñado.

La noche cayó suavemente sobre la propiedad, y mientras las estrellas comenzaban a brillar en el cielo, Isabella y Sebastian se tomaron un momento para ellos mismos, alejándose del bullicio de los invitados y caminando hacia un rincón tranquilo del jardín.

—Este es solo el comienzo, mi amor —dijo Sebastian, su voz baja y llena de promesas—. Tenemos toda una vida por delante, y no hay nada que no podamos lograr juntos.

Isabella, con una mano descansando sobre su vientre y la otra entrelazada con la de Sebastian, sintió que el mundo se abría ante ellos. Habían superado los escándalos, las dudas y los desafíos, y ahora, juntos, estaban listos para enfrentar lo que viniera. Y mientras miraban hacia el futuro, supieron que lo más importante ya lo tenían: un amor que los había transformado y que los guiaría siempre, más allá de cualquier adversidad.

La celebración continuó bajo el cielo estrellado, un recordatorio de que, a veces, la vida ofrece segundas oportunidades y que, con la persona adecuada a tu lado, todo es posible. Isabella y Sebastian, unidos por un amor que había sobrevivido a todas las pruebas, se miraron y sonrieron, sabiendo que estaban exactamente donde debían estar: juntos, en su nuevo hogar, listos para escribir el siguiente capítulo de su vida.

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, te doy mis más sinceras gracias por darle una oportunidad de mis historias. Espero que hayas disfrutado de este viaje al pasado y que sigas confiando en mí para futuras lecturas.

Gracias a todos los que han estado ahí para apoyarme y guiarme en este camino, que para mí es del todo novedoso. Deseo hacerlo cada vez mejor para que leer mis historias sean un viaje inolvidable.



Jane Anne Campbell es un seudónimo que oculta a una joven escritora muy tímida y que prefiere mantenerse en el anonimato.

OTROS LIBROS DE LA SERIE DAMAS REGENTES



[Una herencia inesperada](#)

Eleanor Ashford, una joven dama de una familia noble pero empobrecida, vive modestamente en el campo con su madre viuda y su hermanastro, Oliver. La vida de Eleanor cambia drásticamente cuando recibe noticias de un abogado londinense: ha heredado una gran fortuna y una mansión en Londres de un misterioso pariente lejano. Con la esperanza de mejor suerte, Eleanor y su madre se trasladan a Londres, dejando atrás a Oliver, quien expresa su descontento y envidia de manera abierta.

Al llegar a Londres, Eleanor se encuentra inmersa en la alta sociedad, con sus complicadas etiquetas y sus numerosos pretendientes interesados más en su fortuna que en su persona. Entre ellos destaca Lord Nathaniel Grayson, un enigmático lord con mirada gris y cabello negro, conocido por su inteligencia y misterioso pasado. Nathaniel, un espía del rey, se interesa por Eleanor no solo por su belleza y encanto sino también porque sospecha que su herencia podría estar vinculada a una trama contra la corona.

Nathaniel se acerca a Eleanor, inicialmente con la intención de investigarla, pero pronto se encuentra genuinamente cautivado por su ingenio y fortaleza. Eleanor, por su parte, siente una atracción por él, pero teme que su interés no sea verdadero y esconda algún tipo de interés oscuro.

Una novela que combina misterio, romance y crítica social, al más puro estilo de Jane Austen.



[El escándalo del baile](#)

Una novela que combina intriga, romance y crítica social, al más puro estilo de Jane Austen.

En el Londres de la Regencia, Amelia SinClaire, una joven de buena familia, está comprometida con Sir Edwin Hartley, un caballero respetado entre la alta sociedad. Pero durante un deslumbrante baile de máscaras, un comentario inesperado siembra dudas sobre su prometido y desata una oleada de rumores que amenaza con arruinar su reputación.

A medida que los murmullos en los salones londinenses crecen, Amelia se encuentra atrapada en una red de miradas inquisitivas y juicios silenciosos. Con la presión social aumentando y sus propios sentimientos en conflicto, Amelia se siente más sola que nunca. Es en este momento cuando aparece Lord Henry Ravenswood, un hombre recién llegado a Londres con un pasado envuelto en misterio.

Mientras los secretos de la alta sociedad se despliegan a su alrededor, Amelia deberá enfrentar las intrigas y traiciones que acechan en los rincones más inesperados. ¿Puede confiar en aquellos que la rodean? Y, lo más importante, ¿es el compromiso que ha aceptado realmente lo que desea para su futuro?

"El escándalo del baile" es una historia de amor, poder y lealtad, donde una joven debe navegar los peligros de una sociedad implacable mientras busca su verdadero camino. Con la ayuda de un enigmático aliado, Amelia aprenderá que el amor verdadero y la independencia a menudo están más allá de lo que la sociedad dicta. Pero, ¿hasta dónde estará dispuesta a llegar para defender su corazón y su futuro?